



# revista

LITERARIA  
INTERNACIONAL

de la Asociación de Escritores Noveles

número 3 • diciembre 2007

precio 3 €

Monográfico sobre la Novela  
Negra por **Jose Antonio  
Espelt** - Asociación  
Brigada 21

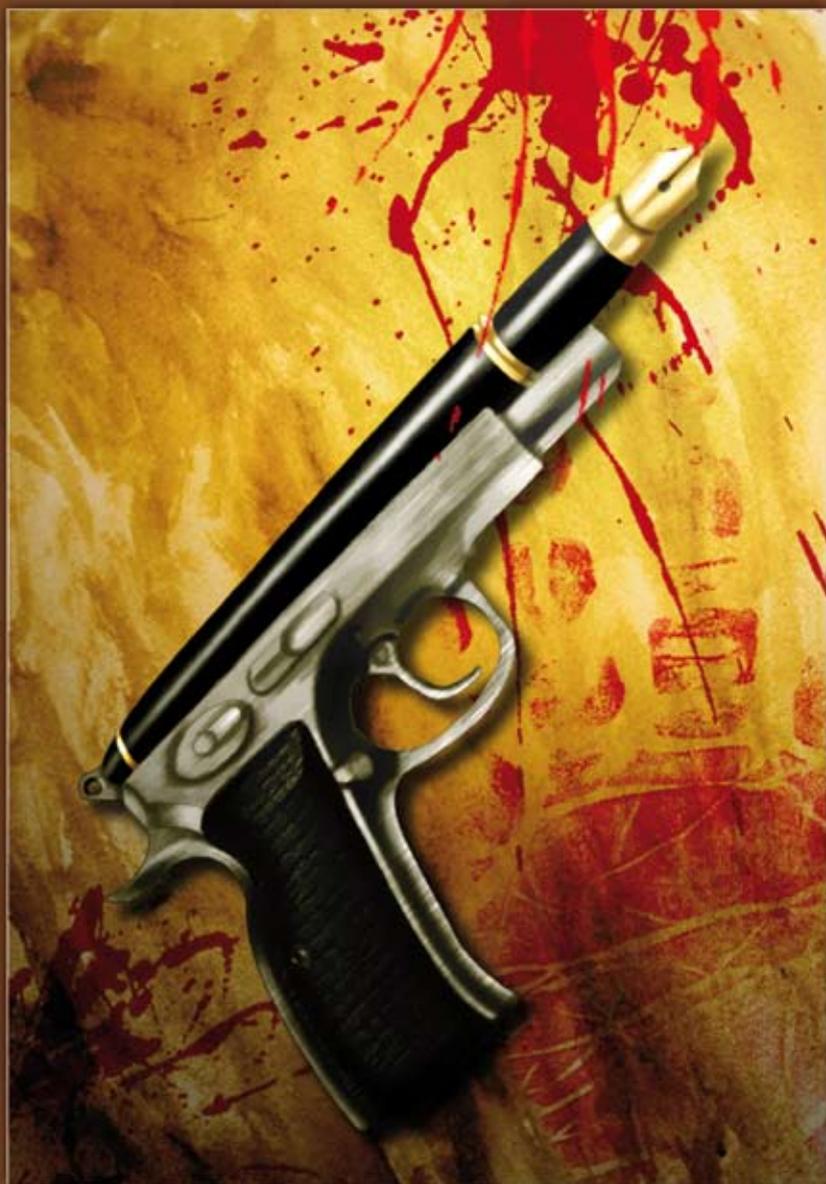
Entrevista al conocido **Psi-  
quiatra Forense**, Dr. Jose  
Antonio García-Andrade

"Silencio" Primer caso inédito  
de Martina do Santos por  
**Juan Bolea**

Y muchas cosas más...



Ayuntamiento  
de **Gijón**



## Edita:

ASOCIACIÓN ESCRITORES NOVELES

C/ Zoila, 28, 5ª Izda

33209 GUJÓN

(Principado de Asturias)

Tf: +34 692158889

E-mail: revista@asociacionescritoresnoveles.es

<http://www.asociacionescritoresnoveles.es>

*Directora Editorial:*

Coví Sánchez

*Coordinador Editorial:*

Francisco J. Picón

*Redactor Jefe:*

César Noragueda

*Equipo de Redacción:*

Luis Luna

Francisco Cenamor

Beatriz Abeleira Carrasco

*Patrocina:*

BUSF Editorial

Tf.: 976 50 60 60

*Diseño y Maquetación:*

BUSF Editorial

Tf.: 976 50 60 60

*Imprime:*

Isaac Artes Gráficas

*Ilustración Portada:*

Guillermo Prestegui

*Ilustración Relato 'Silencio'*

Abraham Pérez Pérez

*Ilustración 'Imágenes en blanco y negro'*

Belmonte & Zoografic Studio

ISSN: 1887-5831

Depósito Legal: AS-01096-2007

• Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización expresa de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. El Centro Español de Derechos Reprográficos (<http://www.cedro.org>) vela por el respeto de los citados derechos.



## Indice

Editorial	4
Almas de Mariposa	6
Alma Esclava	12
Desheredados	14
Entrevista a José Antonio García - Andrade	19
La Letra Chica	24
Enajenación	27
¿Literatura?	28
Nuestra Montaña	30
Peligrosidad Social Pre-Delectiva	36
Imágenes en Blanco y Negro	38
De brisas y aliento	39
La elección	40
Sol y Luna	42
El indiscutible testimonio de Javier Tomeo	43
El viaje májico	45
Que difícil es ser guapa	48
Animales del año 3000	51
Tu Madre ha Muerto	52
BCNegra 2007 Encuentro de Novela Negra	54
Silencio	57
El Delincuente Enfermo	63
Dibujos Animados	66
La Estudiante	72
Poema	76
Recursos III	78
Aisblod, Pingüino Sangriento	86
Libre y Millonario	87
Para mi Amor Virtu@l	90

# Editorial

Querido lector:

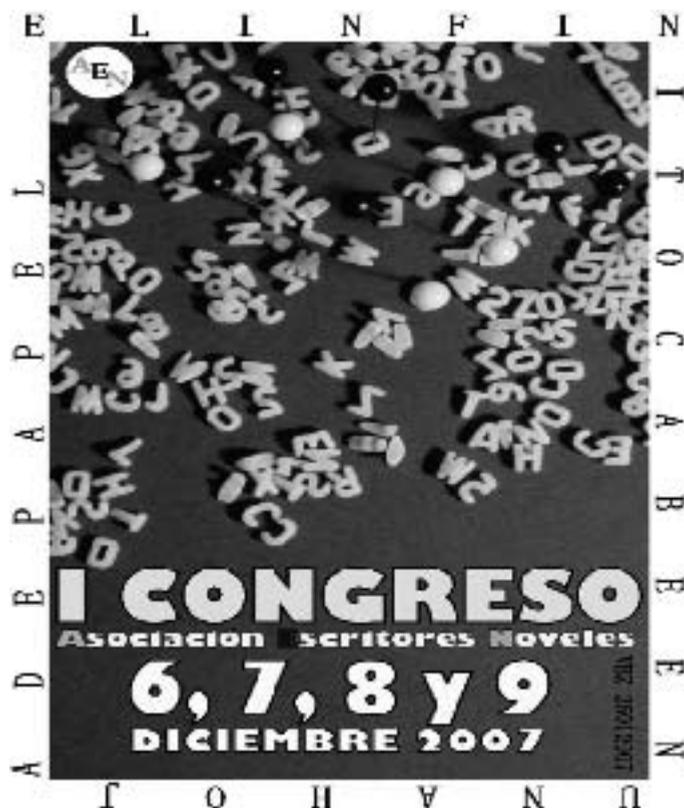
A través de la entrevista podrás descubrir al doctor José Antonio García-Andrade, médico forense reconocido a nivel nacional que ha llevado casos tan mediáticos como el de los Marqueses de Urquijo, Anabel Segura y otros muchos. A continuación, te adentrarás en un mundo de suspense e intriga con el monográfico dedicado a la novela negra; para seguir, nada mejor que el primer caso de la subinspectora Martina do Santos, del autor Juan Bolea; luego te sumergirás en otros mundos con una serie de nuevos relatos, poesías, artículos y cómic. Recuerda que todo lo que leerás en estas páginas es totalmente inédito y, por tanto, no ha sido editado con anterioridad.

Si no nos conocías antes, tan sólo queremos decirte que descubrirás una cantera de nuevos talentos que te harán sentir, reflexionar, soñar, reír o, simplemente, pasar un rato entretenido. Si nos has ido siguiendo desde el primer número, esperamos que sigas encontrando todo aquello que te gusta y disfrutes de nuevo con su lectura.

Pero, ante todo, queremos darte las gracias por leernos; sin ti no podríamos continuar. Por ello, queremos que nos escribas, tanto si es a favor como si es en contra; queremos saber tu opinión sobre nosotros. Sólo tienes que enviarnos un correo a la siguiente dirección: [revista@asociacionescritoresnoveles.es](mailto:revista@asociacionescritoresnoveles.es).

Publicaremos todos los correos recibidos.

*Equipo de redacción de Y Latina.*



## I CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES NOVELES

La AEN: "el infinito cabe en una hoja de papel" (Lu-Chi)

Días 6,7, 8, y 9 de Diciembre de 2007.  
Auditorio Príncipe Felipe. Oviedo.

Más información:

Tf: +34 692158899

[congreso@asociacionescritoresnoveles.es](mailto:congreso@asociacionescritoresnoveles.es)  
<http://www.asociacionescritoresnoveles.es>

# Almas de Mariposa

Jordi Bonet

—Vamos, vamos, cuénteme, ¿qué ocurrió? Quiero saberlo todo porque le voy a decir algo: todos apostamos por usted, ¿me entiende? Todos. Así que ya puede ir vomitando cada frase que dijo, cada gesto que hizo, todo lo que vio y pensó en las últimas horas.

—Está bien. Empezaré por el principio, aunque no entiendo qué quiere decir con eso de "apostar".

—Nosotros ya nos entendemos y usted también nos entenderá, no le quepa duda, pero venga, dígame. ¿Qué sucedió?

—Parecen increíbles pero en ocasiones ocurren, así, sin más. Le estoy hablando de las casualidades. Sí, ésas que de repente acontecen delante de los ojos y a uno le dejan perplejo, con la boca abierta. No me diga que no le ha ocurrido nunca. Quieres gritar de alegría, de sorpresa; la euforia te invade hasta que, finalmente, acabas tartamudeando como si fueras un loco. Quieres hablar con tus amigos, con tus familiares, con alguien, aunque sea un extraño, para compartir esa casualidad. Puedes estar en la calle, en el cine o en casa y siempre buscas a alguien para decirle: "¿Ha visto eso?", o: "¿Se ha dado cuenta de aquello?". Estoy seguro que a usted también le ha ocurrido alguna vez. Haga memoria.

•Yo no creo en el destino, o al menos no creía en él, ¿sabe? Es algo así como la religión: crees o no crees. Pero luego están esas condenadas casualidades. Nunca les he dado demasiada

importancia hasta el día que empecé a descubrir que muchos de los grandes descubrimientos de la ciencia fueron sencillas casualidades. Ahí puede ver a Fleming y su penicilina. Fue una simple y llana casualidad.

—Sí, cierto, fue una casualidad que lamentamos profundamente, pero continúe.

—Casualidades. Quién lo hubiera dicho, que yo sería una víctima más de esa ruleta de la fortuna, o mejor dicho, de la desventura. La ciencia, la verdadera ciencia, no puede estar bajo el jugo de los caprichos, y una casualidad no es más que eso: un capricho del destino. Pero antes, déjeme que le cuente un poco más de mí. Seguramente lo tiene todo en esos papeles.

•Echo una mirada atrás y me veo con dieciocho años, ansioso por entrar en la facultad para especializarme en Ingeniería Molecular. Era una época de retos, de ambiciones. Una época donde buscaba más y más conocimiento. El conocimiento es poder. Seguro que usted ha escuchado esa frase cien veces. Yo andaba así, con la bombilla de la mesa de mi habitación de estudiante achicharrándome las cejas de tanto leer, aunque tampoco me olvidaba de granjearme amistades influyentes gracias a mis excelentes calificaciones. Luego vinieron los posgrados, seminarios, máster, todo con un único objetivo: ser el mejor en Ingeniería Molecular del mundo.

•¿Sabe una cosa? El liderazgo implica mucha soledad. Más aun cuando se mezcla con una

juventud impropia para los cargos que se me ofrecieron. Es difícil tratar con las personas. Muy difícil. La soledad me acompañó como una sombra agarrada a mi figura, como si ella misma ahuyentara a todos con quienes intentaba trabar amistad. Reconozco que por aquel entonces me importaba más bien poco. Yo buscaba el reconocimiento, el prestigio. Uno puede tenerlo todo si posee dinero. Todo a excepción del poder. Bueno, el poder como yo lo entiendo, claro. A golpe de talonario no se tiene poder sino sumisión, que es algo muy distinto. El verdadero poder nace del conocimiento de la naturaleza humana y del carisma. Y si no, ahí está Hitler.

»Veo que asiente. Él convenció a una nación para exterminar a otra, tenía ese don que lo capacitaba con el extraordinario poder de hipnotizar a las masas, de arrastrarlas a cometer crímenes horribles. Así empezó la Segunda Guerra Mundial y los campos de exterminio. Todo por la voluntad de un hombre. Un hombre que conocía la naturaleza humana. Al igual que yo. Tenía veintidós años.

»Sé que a partir de entonces me convertí en un ser despreciable para muchos. Escuché calificativos como 'mezquino' o 'manipulador'. A los veinticinco años gestionaba un presupuesto de mil doscientos millones de dólares aunque ni un sólo centavo era mío, sino de la gente que había decidido colaborar en mis proyectos con sus aportaciones. Ya sabe, como Hitler, aunque en el terreno más económico.

»Me rodeé de gente con la entereza requerida para mi empresa, hombres y mujeres capaces de sobrepasar determinados obstáculos, ya me entiende, como rebasar a algunas empresas competidoras. —El hombre hizo un guiño de complicidad.

—Sí, me consta pero siga, siga.

—Ya, siga. —Y se arrellanó en la silla en vista de la poca interacción con su interlocutor—. El único

inconveniente importante para mis planes eran las leyes. Ya sabe cómo son estas cosas. ¿Ha

estudiado usted a Darwin? Dedicó toda una vida en busca de las claves que controlaban la evolución de las especies

frente al entorno. Todo en este mundo evoluciona, cambia, se transforma para ajustarse a su nicho ecológico y, ¿sabe qué le espera si no lo consigue? La muerte. Las leyes de los seres humanos están exentas de respetar estas reglas. ¿Y quién hace las leyes? Los políticos, por supuesto. Resulta increíble lo terriblemente retrógrados que pueden llegar a ser. Afortunadamente, hay otros más listos. A esos los capté y pronto los tuve comiendo en mi mano con tan sólo unas reuniones privadas y la promesa de resultados capaces de cambiar la Historia de la humanidad. Logré cambiar algunas directrices. Sabe a cuáles me refiero, ¿verdad?: la experimentación genética humana para fines no terapéuticos. Cuando se mencionan esas dos palabras, "no terapéuticos", el horizonte de posibilidades se extiende hasta el infinito.

»El día de la aprobación no celebré ninguna fiesta. Hubiese sido una provocación. Además tenía demasiado trabajo por delante, demasiada experimentación por corroborar.

Y digo corroborar porque clandestinamente ya habíamos realizado experimentos. Muchos, sí, pero con pocos individuos. Conseguir gente sana para la experimentación "no oficial" resultaba de lo más costoso.

Por supuesto, no utilizábamos indigentes. La policía nos vigilaba de cerca. La solución era mucho más simple: pobres, gentes sin recursos y claro está, en África. Ese continente es una mina para la experimentación clandestina. Sin leyes ni ojos indiscretos. Llegábamos a cualquier pueblo de la sabana y cientos de voluntarios nos esperaban ansiosos con sus brazos desnudos y a merced de las jeringuillas de mis científicos. Sólo había un inconveniente: el elevado coste para comprar el silencio de aquellos gobiernos cuando las cosas "se torcían". Supongo que eso también sale ahí

reflejado, ¿verdad?

—Sí, lo tengo todo aquí: veinticinco muertos en Congo, ciento veinticuatro en Guinea Ecuatorial, doce en Argelia y doscientos cuarenta y siete en Tanzania.

—No recordaba las cifras con exactitud. Sabía que rondaban los cuatrocientos. Conseguir condiciones asépticas en un país que parece constantes cortes de electricidad y el acoso de milicias armadas incontroladas resulta del todo imposible. Tras estos incidentes en la investigación, me vi obligado a tomar serias medidas para cambiar las leyes de mi país y así experimentar legalmente, utilizando todos los avances tecnológicos de mis laboratorios, cosa que en África quedaba completamente fuera del alcance. Una vez superadas las trabas legales, la investigación avanzó muy rápido y los experimentos con seres humanos sanos verificaban una tras otra nuestras teorías. Logramos gestar niños con coeficientes intelectuales muy superiores a la media, hombres adultos cuya masa muscular rivalizaba con la de Mister

Olimpia y tan sólo con tres meses de gimnasio. ¿Ha visto la película Gattaca?

—No.

—Ya lo suponía. La cuestión es que yo me sentía como el creador material de la fantasía de Andrew Nicoll, sólo que Uma Thurman no estaba a mi lado. —El hombre se rascó la barba a la vez que esbozaba una tímida sonrisa, tanteando al monstruo de enormes cuernos que le interrogaba. Éste rió, asintió:

—Sí, a ésa sí la conozco.

—Por fin tenemos algo en común, ¿lo ve?

—Prosiga —espetó a la vez que lanzaba una vaharada pestilente.

—Ya. Prosigo. Lo cierto es que estaba orgulloso de mis trabajos, debía estarlo y, aunque contaba con unos cuantos detractores que me tachaban de iluminado o dios frustrado, yo buscaba algo más, algo que el hombre siem-

pre ha codiciado: la vida eterna. Sabía que estaba ahí, en ese mapa genético que se me resistía, escabulléndose, logrando que en cada experimento aumentara mi frustración. No era prudente poner a trabajar a todos mis laboratorios en la búsqueda de esas bases nitrogenadas. Tenía que llevarlo en secreto; seleccioné a los mejores y más fieles científicos. Al principio hubo progresos pero pronto nos estancamos. Lo peor de todo es que me pasaba horas y horas redactando informes justificando las muertes de los experimentos fallidos. Alergias, reacciones imprevistas, no sufrió, murió durmiendo... Mil tonterías para tranquilizar sus conciencias que me alejaban de mi verdadero puesto: el laboratorio.

—Aquí tengo sesenta y siete. Todos ellos con alguna enfermedad crónica incurable.

—No recuerdo cuántos fueron, sólo que odiaba profundamente esta última tarea cuando terminaba el procedimiento de experimentación con el paciente. Incluso, en ocasiones, me veía obligado a dar explicaciones de los hechos frente a frente con los familiares.

—Siempre ha demostrado sus dotes de imaginación en cuanto a mentir se refiere.

—Sí. —El hombre se mostró un tanto extraño—. ¿Eso también lo pone en esos papeles?

Una risotada profunda estremeció el aire. El hombre echó la cabeza hacia atrás, conmocionado ante el gutural sonido. El monstruo con cuernos hizo un ademán para que continuara.

—Un día me levanté. Era domingo.

—Ayer.

—¿Ayer? ¡Vaya! —El hombre se volvió a rascar la barba, levantando los ojos en busca de sus recuerdos, hecho que desestimó con prontitud—. Ayer me levanté y, a pesar de estar el laboratorio cerrado, decidí acercarme para comprobar los últimos resultados y hacer alguna que otra prueba. Vivo muy cerca de él, a tan sólo siete manzanas.

»Los experimentos científicos tienen varias fases en el proceso, ¿sabe? Sobre todo cuando se trata de investigación genética, y el primero de ellos es cultivar las células en medios adecuados una vez éstas ya han sido sometidas al experimento en sí mismo. Es decir, les inyectamos un intercambiador genético y luego vemos si consiguen reproducirse normalmente. Comprobamos si las células viven o mueren. Como ya me temía, los tubos de ensayo estaban negros como el carbón. En esa ocasión ni siquiera habían tomado cierta coloración que pudiera hacer pensar que íbamos por el buen camino. Y, para colmo, parte de los tubos habían caído al suelo, junto con otros elementos de laboratorio. Me agaché para recoger los cristales, pensando que ya tenía suficientes problemas como para que alguno de mis científicos pudiera lesionarse y coger la baja al tropezar estúpidamente con aquel estropicio.

»Poco a poco fui recolectando los trocitos de cristal, maldiciendo a la persona responsable de semejante estropicio, me levanté y de repente me quedé helado. ¡Helado! —El hombre representó por unos instantes la cara de asombro de aquel momento, con los ojos abiertos como platos, sin mover un solo músculo—. Le aseguro que si me hubieran pinchado, no me habrían sacado una sola gota de sangre —continuó—: Sentí como si de repente hubieran congelado el tiempo, como si aquella escena fuera solamente una fotografía. Lo único que se movían eran mis ojos inyectados en sangre, absorbiendo vorazmente aquellas imágenes, engulléndolas.

¿Recuerda lo que le he dicho al principio de esta conversación? Esas malditas casualidades: uno de los tubos había caído dentro de un vaso de precipitados, rompiéndose éste primero pero no el vaso. ¿Sabe que encontré más dentro del vaso? —El entusiasmo del hombre en su conversación crecía en cada frase, levantado el tono—. Un trozo de jamón. Sí, un miserable trocito de jamón con una miga de pan pegado a él, procedente, muy probablemente, del servicio de limpieza. Un servicio de limpieza que conoce perfectamente las normas estrictas de asepsia en un laboratorio, que acceden a él vestidos con trajes especiales descontaminados, que saben que tan sólo pueden respirar

y limpiar con elementos especiales carísimos y que en ningún caso se puede comer! Pero esa indignación inicial duró tal solo un milisegundo, el tiempo que tarda el transmisor neuronal en reconocer que el medio de cultivo desparado por el vaso de precipitados era de un color completamente distinto a todo lo anterior, radicalmente. Aquel insignificante trocito de jamón debía contener algún tipo de catalizador o enzima biológica responsable de la peculiar circunstancia.

»Ni tan siquiera respiraba. Me aterrorizaba respirar por miedo a contaminar la muestra. Como si hubieran dado el pistoletazo de salida de una carrera, me puse a trabajar con toda la sangre fría que pude reunir. Recogí un poco de muestra y la sometí al poder del microscopio electrónico. Las células, extraídas de un anciano e incapaces de dividirse por viejas, habían sido inoculadas con el modificador genético y ahora, gracias a no sé qué sustancia procedente de un simple y miserable cachito de jamón, se estaban dividiendo al ritmo de las células de un muchacho de dieciséis años en plena pubertad.

»Mis científicos debían volver a trabajar, lo necesitaba, ¡tenían que presenciar aquello! ¡Analizarlo! Estuvieran donde estuvieran, lo necesitaba allí de inmediato. Confieso que contemplar un acontecimiento capaz de cambiar el transcurso de la historia del hombre resulta de lo más aterrador. Me refugié en mi despacho para calmar los nervios, acariciando la superficie de los muebles de riquísima marquetería, acercando la mejilla a ellos y contemplando cómo mi aliento se deslizaba sobre ellos como una ráfaga de viento sobre un campo de trigo para luego desaparecer. Un poco más tranquilo, repasé paso a paso el protocolo que había esquematizado mil y una veces en mi cerebro si tal acontecimiento sucedía. Recuerdo que me acaloré, así que fui a la ventana y la abrí, buscando aire fresco cuando, de repente, entró una mariposa.

El monstruo golpeó la mesa con el puño pero el hombre continuó hablando, absorto en sus propias palabras, imaginando mentalmente sus últimos recuerdos.

—Me quedé quieto por unos instantes, mirando cómo volaba por mi amplio despacho, pasando por

delante de los libros, mi busto tallado en mármol y junto a las paredes forradas de madera. Era preciosa, de colores que parecían cambiar con las distintas iluminaciones de las lámparas.

En ocasiones naranja, rojo y negro, en otras verde y azul. Me volví a la mesa, sin quitarle el ojo, agarré el teléfono para descolgar el auricular y, de pronto, la mariposa se posó sobre mi mano, abriendo y cerrando las alas muy lentamente. Apenas la notaba, lo suficiente como para experimentar una sensación extraña, mágica, como cuando uno tiene la seguridad de estar ante algo que no va a volver a repetirse. De nuevo contuve la respiración, sentía mi corazón latiendo en su sitio y no en mis sienes. A medida que las alas danzaban suavemente, me pareció ver algo especial en ellas, como si fuera polen dorado rodeándolas, ingrátido hasta que... no sabría expresarlo con palabras.

—Se vio envuelto en imágenes.

—Exacto, ¡sí! No sé de donde procedían pero no eran fruto de mi imaginación, de eso estoy seguro. Al principio eran como fotogramas, luego secuencias emborronadas, más tarde escenas tan reales como los sueños donde uno puede oler, masticar y hasta incluso palpar la humedad en la piel. Me sentí como el buceador que abandona su mundo para sumergirse en otro, con otras reglas, con otros protagonistas, y de repente me encontré sólo, delante del mundo real: en África, aunque no en el África de los experimentos sino en el continente rojo, sediento y salvaje. Contemplé a un guepardo agazapado entre la alta hierba, avanzando con paso calculado hacia sus presas, sin quitarles nunca los ojos de encima. Yo corría entre las infinitas filas de ñus que, zigzagueando, se perdían en un horizonte roto por los filos de una cordillera abrupta. Podía oler la sabana, pegada a mí, llenando mis pulmones con cientos de esencias que jamás había olido. El aire era caliente, ardiente y, a su vez, cautivador. Levanté la mirada hacia el cielo para contemplar el sol, el verdadero coloso en esa parte

del mundo, capaz de aplastar el paisaje con su energía y domeñar a las bestias reclusas dentro de la escasa sombra de un árbol. Pero todo desapareció en un estallido, igual que una piedra arrojada contra un espejo, rompiéndose en miles de esquirlas que quedaron flotando en el aire para luego volverse a recomponer.

—Entonces ya no estaba en África si no en la selva, rodeado de árboles gigantescos y animales que ni siquiera había visto jamás. Todos ellos se detuvieron para mirarme, como transeúntes de cualquier calle al oír el frenazo de un vehículo, para luego volver a la rutina de sus quehaceres. Me sentí empequeñecer en aquel universo de verdor y sonidos de insectos. Allí donde mirara, veía algo agitándose, creciendo, pariendo. Verde, marrón, más verde. Y de nuevo sucedió, todo estalló, se congeló en una fotografía y se recompuso. Sentí como mis pies se enterraban en la nieve y un viento helado acuchillaba mis mejillas sin compasión. Delante de mí, dos oseznos polares jugueteaban mientras su madre, enorme, los observaba sobre un montículo de nieve. Yo apenas estaba a diez pasos. Me olfateó y, muy tranquilamente, me miró con sus ojos profundamente negros. Me pareció ver en ellos algo más que un instinto natural. Oí de ellos una pregunta, una...

—Una llamada.

—Exacto, ¡sí! Pero...

—No me cuente más, ¿qué sucedió después de esas imágenes?

—No lo recuerdo bien, resulta curioso. En cambio soy capaz de rememorar esas escenas con toda lucidez de detalles, incluso las emociones que me invadieron en aquellos momentos siguen intactas. Sé que luego acudí al departamento de mantenimiento. Estaba como borracho, daba tumbos por las paredes. Cogí unas latas de gasolina, que se usaban para los compresores, y me manché las manos aunque no me importó. No me importaba nada en ese momento. Luego recuerdo llamas, unas llamas enormes recorriendo mi laboratorio, arrasándolo todo a medida que los frascos de disolventes estallaban y lo alimentaban. Pero yo no huí. —El

hombre se quedó meditabundo, acariciándose la perilla.

—Usted está muerto. Lo sabe, ¿verdad?

El monstruo echó su grandioso corpachón hacia delante, tanto que rebasó la mesa y su hocico tocó prácticamente la cara del hombre.

—Apostábamos por usted, ¿sabe? Estaba todo preparado. Aquí, en el Infierno, lo teníamos todo dispuesto para la mayor entrada de almas que se recuerda. La Segunda Guerra Mundial hubiera sido cosa de risa si su descubrimiento hubiera visto la luz. Ya en esa misma guerra se buscó el grail para lograr la vida eterna. Qué oportunidad, ¡qué oportunidad desaprovechada! La envidia, ese pecado sublime, —El monstruo babeaba, parecía soñar con sus palabras— hubiera sido la reina absoluta y la guerra su compañera

inseparable. Las guerras son el alimento predilecto del Infierno, son como un festín donde van sacando platos y platos. Se cometen verdaderas atrocidades, los sentimientos más irracionales del hombre afloran como único mecanismo de supervivencia y aquí, a todos esos desdichados, los recibimos con los brazos abiertos. ¿Qué hubiera hecho con su descubrimiento aparte de inocularse a usted mismo?

—Exponerlo ante toda la comunidad científica y ser aclamado como el mayor científico de todos los tiempos, más grande que Newton, más grande que Einstein.

—Perfecto, era el hombre perfecto. Todos los países desarrollados hubiesen querido beneficiarse de semejante descubrimiento.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—¿Acaso cree que Estados Unidos permitiría que los ciudadanos de Rusia gozaran de una vida eterna y viceversa? O peor aún, ¿que los países desarrollados tolerarían que África vacunara a todos sus habitantes con el gen de la inmortalidad y así convertirse con un potencial rival para sus economías?

•La codicia humana no tiene límites, es infinita, se lo aseguro. La Tercera Guerra Mundial era el siguiente paso y, gracias al ingente material bélico nuclear, el mundo tal y como lo conocemos habría quedado reducido a un amasijo de muerte radioactiva.

•No esperábamos eso, no esperábamos que ocurriera esa indeseable "casualidad". Nadie controla a las casualidades y le puedo asegurar que son un fastidio. Al parecer El Aguafiestas también estaba tras de usted e intervino en el último momento, enviando a uno de sus emisarios en forma de mariposa. Ese truco, ofreciendo imágenes de un mundo maravilloso, que según él fue de su creación, ya lo ha utilizado en varias ocasiones y los resultados son impecables. Todos quienes han visto esas escenas han sucumbido al poder de la mariposa aunque su corazón estuviera lleno de maldad, cosa que en su caso era notable. Nos despitamos, creíamos que ya lo teníamos todo controlado y nos centramos en los preparativos. Incluso ampliamos La Puerta del Infierno. ¡Imagínese!

—¿El Aguafiestas? —interrumpió el hombre sin apenas resuello.

—Sí, claro, ya sabe, yo soy el de abajo y el otro, El Aguafiestas, es el de arriba. Se lo explico así para que me entienda porque en realidad ni hay arriba ni tampoco abajo. ¿Qué se le va hacer? Deberemos esperar a otra mente privilegiada como la suya.

El demonio hizo una pausa, se acomodó en el trono de bronce y clavó sus ojos ardientes como brasas en aquel hombre.

—Por cierto, necesito a alguien que se encargue de que incidentes como el suyo no vuelvan a repetirse. No sé si me entiende.

—Por supuesto: un camaleón o un cuervo "atrapamariposas" puede ser una solución eficaz —respondió el hombre, en un acto de resolución reflejo, profesional, aguantando la mirada al mismísimo Lucifer.

—Brillante.

# Alma Eslava

Simonida

Había una vez, en los tiempos remotos, una mujer joven, curiosa, lista y dinámica. Vivía en un pueblo eslavo de las montañas del Cáucaso, y cuidaba de su familia numerosa, padres viejos y muchos hermanos y hermanas.

Un día se fue al bosque a recoger setas. Mientras las recogía, empezó a llover bruscamente. Se quitó la ropa, la dobló y la dejó debajo de un árbol. Todo el mundo se escondía de la lluvia, pero la mujer joven seguía recogiendo setas porque sabía que su familia tenía hambre y que la estaban esperando.

Cuando la lluvia paró, la joven se puso su ropa seca y, como había recogido las setas que quería, se dirigió hacia su casa. De repente, apareció delante de ella una imagen extraña, un hombre grande con una barba larga, y ella le reconoció inmediatamente como el Dios del Bosque. El Dios le dijo:

—Estoy muy sorprendido de verte con la ropa seca cuando yo, personalmente, lancé enormes cantidades de lluvia sobre el bosque. Mi curiosidad no tiene límites y no podré dormir tranquilamente si no me descubres el secreto. ¿Cómo te quedaste tan seca a pesar de tanta agua caída del cielo? Te ofrezco lo que quieras, solamente dime lo que has hecho. Como un dios, no puedo tener secretos en mis bosques y tampoco podré aguantar sin saberlo ahora mismo”.

La joven no se asustó, tampoco había razón para ello; el Dios habló muy amablemente; así que, bravamente, le pidió:

—Quiero saber todo sobre la magia y también poder hacer cosas mágicas.

El Dios no vaciló ni un momento, pues tal era el deseo de conocer su secreto que inmediatamente aceptó el trato y, con un movimiento de su mano, le transmitió el saber de la magia.

La mujer se sentía de repente más fuerte, como si un poder hasta entonces desconocido llenara su corazón y su cerebro. Mirando a una planta abatida, casi inundada, tuvo el deseo de secarla y devolverle la fuerza. En el mismo instante, la planta se irguió y volvió a la vida. La mujer entendió que el Dios había cumplido su parte, así que, sinceramente, le dijo su secreto:

—No hay nada extraño y tampoco trucos en lo que hice. El árbol era grande y fuerte y yo sabía que iba a salvar mi ropa de la lluvia, así que recogí las setas sin la ropa puesta.

El rostro del Dios cambió en ese instante; se sentía engañado porque había esperado un gran misterio. Se notaba su ira, pero los dioses no retiran sus promesas. La mujer empezó a dirigirse hacia la salida del bosque cuando le alcanzó la voz del Dios enfurecido:

—Todo lo que te di será para siempre el conocimiento de ciertas mujeres, palabra de Dios. Pero tengo que castigarte por tu manera de engañarme: a partir de ahora, todas las mujeres listas y espabiladas se llamarán “brujas”, y los hombres temblarán ante ellas. Y desapareció.

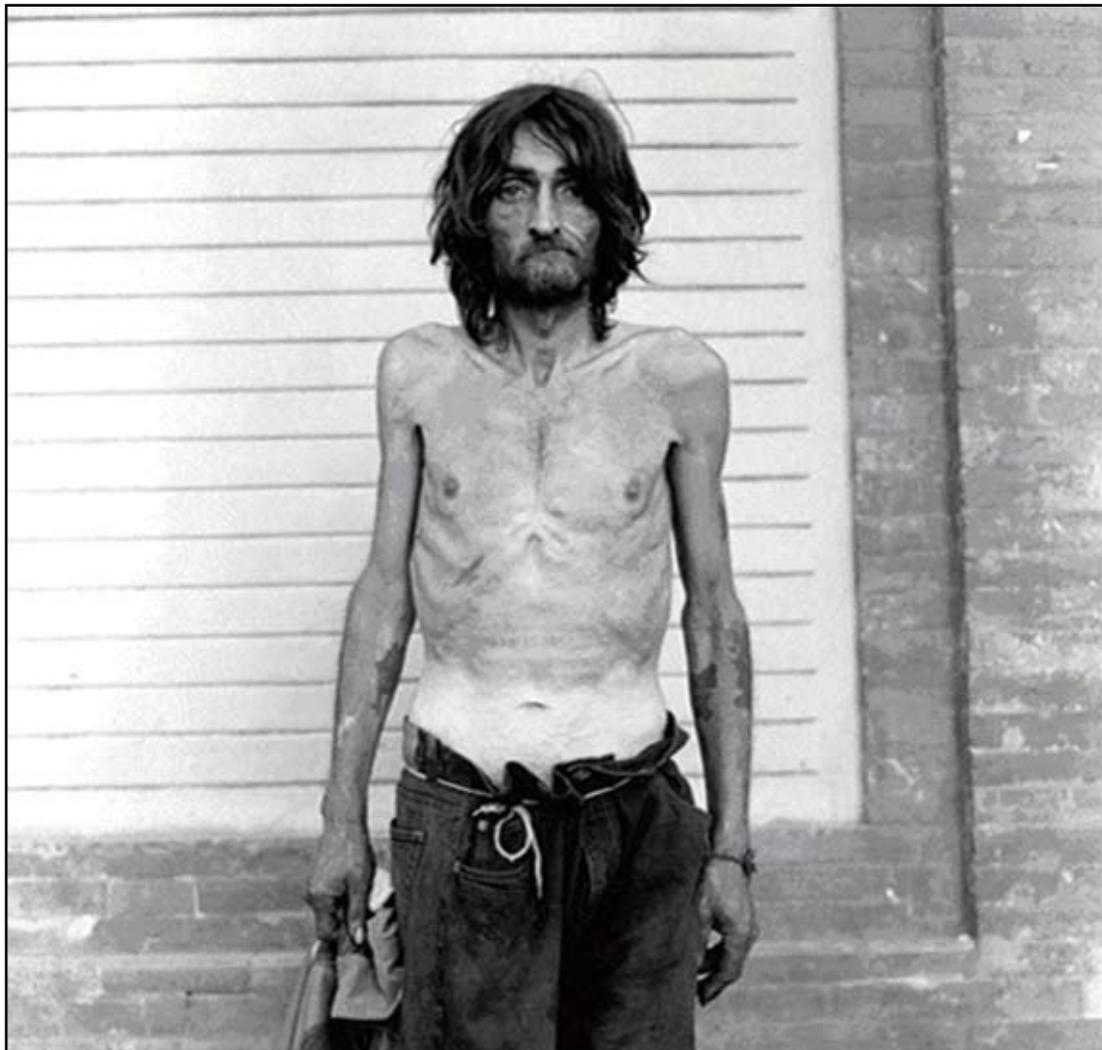


# Desheredados

Juan Liaño Liaño  
(fotografías de Tato Olivas)



Desheredados, tahúres, emigrantes, locos, perseguidos, alcohólicos, mendigos, vividores, drogadictos, ganapanes, currantes, mirones, paranoicos... Hombres y mujeres. No todos viven en la calle, ni siquiera los sucios e inadaptados. Mujeres y hombres que desconfían, gozan, trabajan, rien, buscan, engañan, enloquecen, huyen, mienten, viven, hablan, se reproducen y mueren. No se cita en este apartado a los que resucitan; ellos pertenecen a otro reino.

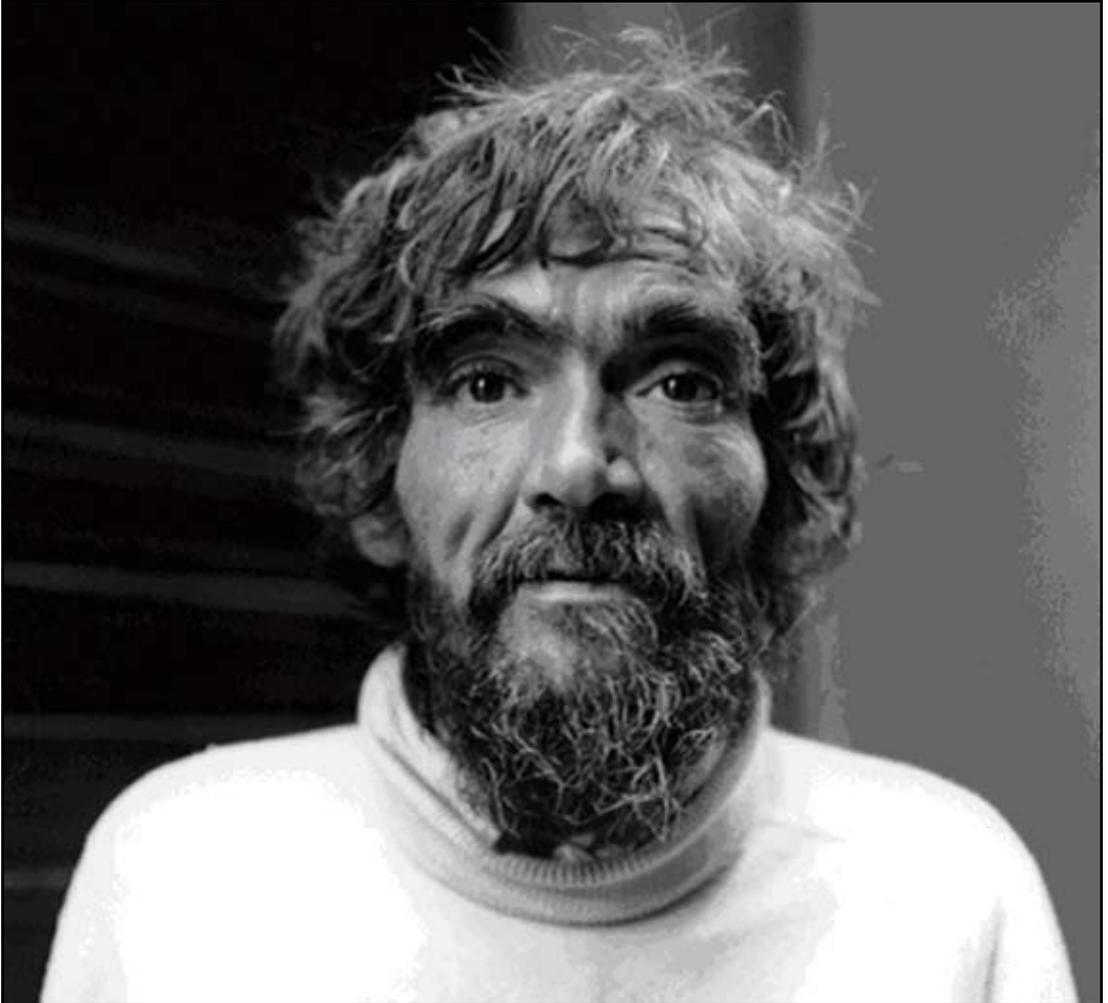


Un rayito de sol alcanza la arboleda en la plaza, se rompe al atravesar la malla que forman sus ramas y se fija a los zócalos de las fachadas orientadas al mediodía.

El frío no levanta, se agarra a los pies. Las orejas arden.

Un niño bromea: se lleva un imaginario pitillo a la boca y exhala una bocanada de vaho. El padre le suelta una cariñosa colleja. Rien. De pronto, el pequeño sale corriendo, busca la espalda del padre y se agarra a sus piernas para ocultar el rostro entre ellas.

—¿Qué te ocurre? —le pregunta el padre. “Siempre le pasa igual”, piensa, “Dice que los pobres le dan miedo”.

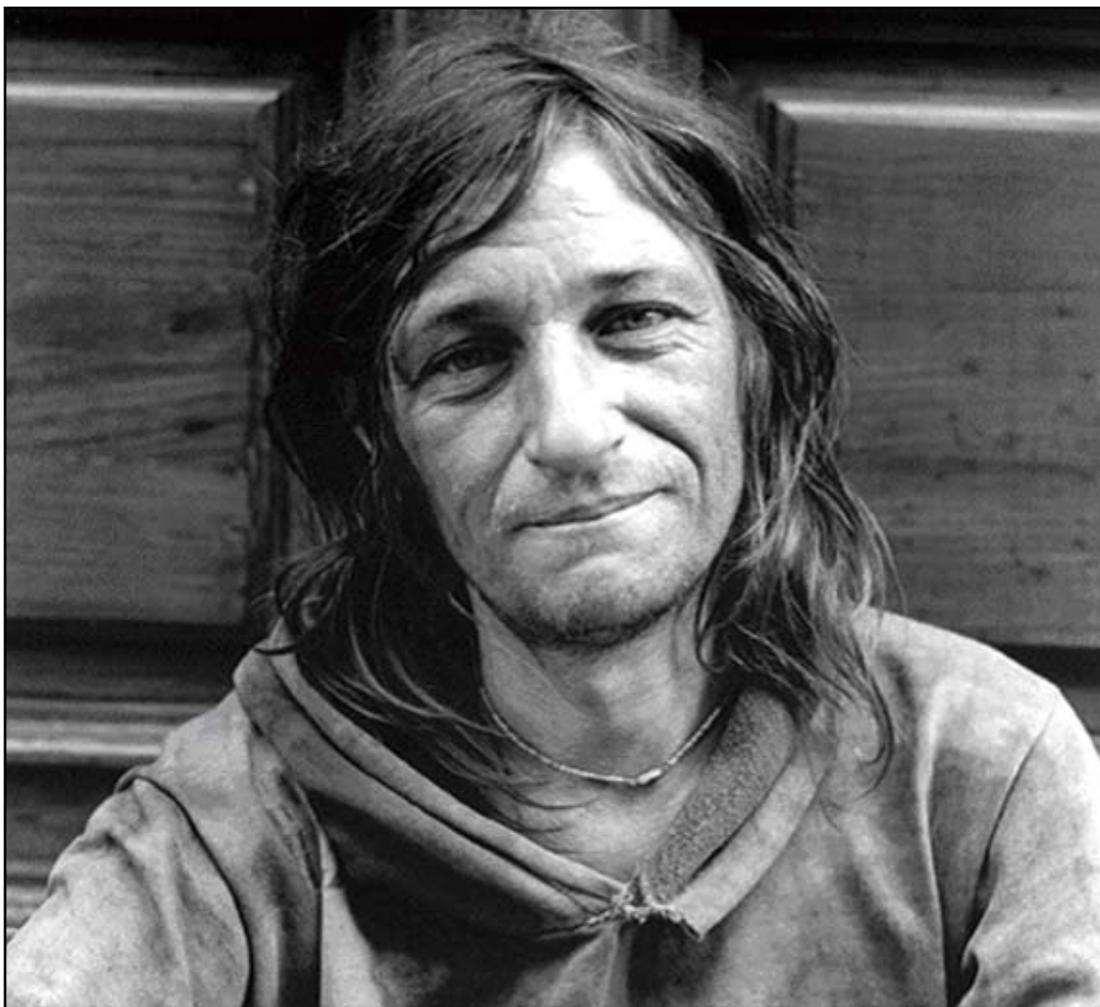


No es posible adivinarle la edad.

Bien mirado, parece un retrato en vivo de los viejos colonos del Oeste americano, o un híbrido fruto del mestizaje, o una pieza, fuera de sitio, de otro puzle.

Una línea cuadrangular le perfila el rostro, cuarteado, marcado por pliegues profundos. Sin embargo, contrasta tan recio contorno con la cálida luz que despiden sus ojos.

No se trata de un adolescente cualquiera, sino de uno que, ya de vuelta, se ha congraciado con las cosas más insignificantes.



La sonrisa, unas veces, le cuelga: no se ríe, llora. Otras veces queda estancada en el rictus que la dibuja; entonces, ni ríe ni llora. Fuera como fuese, no se inquieta, como si al quedar estampada sobre el rostro dejara de pertenecerle.

La suciedad y el olor a suciedad lo cercan, le aseguran una estancia tranquila. Los viandantes, al llegar a su altura, dan un amplio rodeo y aligeran el paso.

El frío se incrusta en los viejos árboles que jalonan la avenida. Sus hojas mudan de color, se desprenden, ocultan las calles, ahogan los husillos. La lluvia llega empujada por el viento del Oeste. Los coches sufren la inundación, o la plaga, no se sabe bien qué, y quedan atrapados bajo la tela de araña que extiende el otoño sobre la ciudad.

Entregado a su particular y solitaria psicotropía, su cuerpo, abandonado, emerge sobre el mar de hojas.



# Entrevista a José Antonio García-Andrade

*Covi Sánchez*

El nombre de José Antonio García-Andrade y su currículum ya lo dicen todo: es Médico Forense de Categoría Especial, Diplomado en Tisiología por la Escuela Nacional de Tisiología en 1953; fue Médico Becario Quirúrgico del Patronato Nacional Antituberculoso durante los años 1955 y 1957; dos años más tarde, se especializó en Pediatría y Puericultura por la Universidad de Madrid; en 1962, obtuvo la especialidad en Cirugía General por la Universidad de Madrid; en 1969, se diplomó en Sofrología y Medicina Psicosomática por la Sociedad Internacional.

Su carrera profesional es la mejor carta de presentación: médico psiquiatra durante veinte años en el Centro Asistencial Psiquiátrico Penitenciario de Madrid, hasta su clausura; profesor de Psiquiatría Forense del Instituto de Criminología de la Universidad Complutense de Madrid, profesor de la Escuela de Práctica Jurídica (ICADE) de la Universidad Pontificia de Comillas, en Madrid; Técnico Facultativo Honorario del Instituto Nacional de Toxicología, Colegiado Honorífico del Consejo General de los Colegios Oficiales de Médicos de España, ex profesor del Centro de Estudios Universitarios (CEU) de la Universidad San Pablo en Madrid, ex profesor de Neuropsiquiatría de la Clínica Médico Forense de Madrid, ex presidente de la Asociación Nacional de Médicos Forenses, ex Director de la Revista Española de Medicina Legal y Forense, iniciador del carácter docente del Centro Asistencial Psiquiátrico Penitenciario de Madrid, mediante la organización de cursos prácticos a los alumnos del Instituto Universitario de Criminología, desde el curso académico 1980-81, y a los médicos forenses en prácticas, hasta la clausura del centro, el 1 de julio de 1990; y

Decano de los Médicos Forenses de Madrid.

Está en posesión de las siguientes distinciones: Cruz Distinguida de Primera Clase de San Raimundo de Peñafort, Huésped Distinguido de la ciudad de Arecibo, Puerto Rico; por el asesoramiento sobre el impacto del alcohol y otras drogas en la persona y la familia, medalla de Oro de Ciencias Penales y Criminológicas del Instituto Universitario de Criminología de la Universidad Complutense de Madrid; y es miembro de la Academia de las Artes y Ciencias de Puerto Rico.

Con más de cuarenta años dedicados a la Psiquiatría Forense, todavía presume de hacer hablar a los muertos y de conocer los entresijos de la mente criminal como pocos. Durante su carrera ha diseccionado unos cuatro mil cadáveres, incluidos los de Bing Crosby, Manolo Caracol o Rafi Escobedo, y se ha entrevistado con casi mil asesinos, algunos tan polémicos como el del crimen del rol o el de la catana. Este madrileño de aspecto bonachón y entrañable sigue en la brecha, y seguirá por mucho tiempo.

**Covi Sánchez:** Tú, que sabes tanto de crímenes y criminales, ¿cómo cometerías el crimen perfecto sin dejar huella?

**José Antonio García-Andrade:** La perfección consiste en hacer desaparecer el cadáver y que no se encuentre el muerto.

**CS:** ¿Quién es Eva? ¿Qué significa en tu carrera profesional?

**JAG-A:** Es la calavera que encontré en el osario de Ibiza, y es el símbolo del pasado y el futuro a los que siempre estamos unidos. Se trata de una mujer de unos sesenta años, y fíjate que hablo en presente y no en pasado.

**CS:** Tras repasar este extenso currículum profesional, ¿qué te queda por hacer como médico?

**JAG-A:** La medicina siempre es una profesión incompleta; tengo que adaptarme a los modernos sistemas de exploración, ante los que me encuentro en fase de analfabetismo.

**CS:** Cuando, cada mañana, José Antonio García-Andrade se levanta, ¿qué hace, qué piensa?

**JAG-A:** Dar las gracias por seguir vivo y sano.

**CS:** La sociedad ha abierto un gran debate en torno al enfermo mental que comete un delito, como el caso de la doctora Mingo de la Fundación Jiménez Díaz, o el surcoreano Cho Seung-Hui, que acabó con treinta y tantas personas en la Universidad de Virginia. ¿Qué hacemos con ellos, los encerramos en la cárcel o los reclusamos en un psiquiátrico?

**JAG-A:** Deben ir derechos al psiquiátrico y ser tratados, si bien son diagnosticados tardíamente, siendo a veces difícil de establecer el grado de violencia o la continuidad del tratamiento.

**CS:** ¿Un psicópata es un enfermo mental?

**JAG-A:** No, es tan solo una personalidad disarmonica; nunca son lo que desearían ser. Su vida es una constante frustración.

**CS:** ¿Y un terrorista? Has peritado a muchos; ¿crees que un terrorista es susceptible de re-socialización? ¿La sociedad puede concederle una segunda oportunidad?

**JAG-A:** El fanatismo tiene difícil solución y hay que tener mucho cuidado con ellos, no deben beneficiarse de los beneficios penitenciarios, en tanto que no renuncien a sus ideas sobrevaloradas y muestren claros signos de colaboración.

**CS:** ¿Un enfermo mental es dueño de sus actos?

**JAG-A:** A veces conoce y quiere sus actos, pero no controla sus motivaciones.

**CS:** ¿Qué opinas de las prácticas de eutanasia que últimamente tanto están proliferando en nuestro país?

**JAG-A:** El derecho a la vida concede el derecho a la muerte.

**CS:** ¿Cómo nació tu vocación de médico forense?

**JAG-A:** Por la violencia de nuestra guerra civil y ser testigo de una autopsia.

**CS:** Tras una dilatada carrera profesional al servicio de la sanidad, ¿qué opinión tienes de ella? Se habla mucho de una deshumanización de la sanidad. ¿Crees que la llegada de las nuevas tecnologías ha arrinconado la labor tradicional del médico?

**JAG-A:** Están transformando la sanidad. El tratamiento del paciente en un usuario.

**CS:** Hoy día, se habla de violencia de género, de violencia doméstica, como a ti te gusta llamarla. ¿Qué se esconde en la mente de un maltratador?

**JAG-A:** La frustración y la violencia, el arrebató y la obcecación, confundiendo a veces el suicidio ampliado con el género.

**CS:** Profundizando un poco más en este tema tan candente, ¿sólo hay maltratados o, por el contrario, la mujer también maltrata?

**JAG-A:** La mujer, cuando maltrata, utiliza el veneno y también la humillación. El maltrato se entiende, no sólo desde la mujer, sino también desde los hijos, los padres y una víctima que suele pasar desapercibida: los abuelos abandonados.

**CS:** Se habla mucho de la premeditación femenina; ¿realmente somos tan letales como se dice?

**JAG-A:** En algunos casos, sí.

**CS:** Hay un libro, Mujeres letales, que detalla

algunas de las historias más sanguinarias cometidas por mujeres. ¿Las mujeres matamos de distinta manera que los hombres?

**JAG-A:** Sí, como ya he comentado antes, resaltando el terrible efecto de la humillación.

**CS:** Tú has sido testigo de excepción de los avances de la técnica en la Psiquiatría Forense. ¿Qué han supuesto las pruebas de ADN en la investigación?

**JAG-A:** Hay un antes y un después del ADN.

**CS:** Actualmente, ¿la policía española está dotada profesional y técnicamente para desarrollar su labor "tipo CSI"?

**JAG-A:** Sin duda, mejor; mezclan al policía con el forense. La entrevista psiquiátrica no es nunca un interrogatorio policial.

**CS:** Hablando de CSI, ¿qué opinión te merece?; ¿es una serie real, basada en evidencias reales o, por el contrario, hay mucha ficción en el desarrollo de las investigaciones?

**JAG-A:** Hay mucha ficción.

**CS:** En cualquier investigación criminal, ¿qué papel desarrolla el forense? Se habla de trabajo en paralelo con la policía, pero sin estorbarse...

**JAG-A:** Deben acostumbrarse a trabajar en equipo.

**CS:** En tu libro De la estirpe de Caín, que escribiste con tu hija Pepa en el año 2004, la introducción acaba con esta frase: En definitiva, ¿fue libre Caín? En realidad, hoy día, ¿el hombre es un ser libre?

**JAG-A:** Sigo haciéndome la misma pregunta: ¿somos libres? Somos libres, pero no siempre estamos liberados.

**CS:** Dice Rojas Marcos que el hombre necesita la violencia para sobrevivir...

**JAG-A:** La violencia nos permite abrir el camino de la libertad.

**CS:** ¿Cómo definirías al ser humano?

**JAG-A:** Mirándome en un espejo.

**CS:** En alguna ocasión has comentado que los muertos dicen más cosas que los vivos, ¿qué te dicen los cadáveres?

**JAG-A:** Los muertos me han contado muchas cosas; sólo hay que saber interrogarlos.

**CS:** ¿Podrías definir en pocas palabras para qué sirve una autopsia?

**JAG-A:** Para conocer la verdad.

**CS:** ¿Y una segunda autopsia, que hoy están tan de moda?

**JAG-A:** Porque a veces la primera autopsia está mal hecha, puede ser incompleta, o sirve para buscar aspectos que no interesaban en un primer momento.

**CS:** Repasando tu biografía, observo que también has ejercido como autor. La mayoría de tus libros son libros científicos y divulgativos. ¿Nunca has sentido la tentación de dedicarte al género negro?

**JAG-A:** No creo que tenga capacidad literaria.

**CS:** ¿Qué opinión tienes del actual sistema penal?

**JAG-A:** Debe mejorarse; sin embargo, podemos sentirnos orgullosos de nuestro sistema penitenciario.

**CS:** ¿Qué función desempeña un forense en un juzgado?

**JAG-A:** Enseñar Medicina Legal a la justicia.

**CS:** ¿Cómo es la vida diaria de un forense?

**JAG-A:** Como un canto a la vida.

**CS:** ¿Los forenses os lleváis los muertos a casa?

**JAG-A:** En mas de una ocasión, sí.

**CS:** ¿Cuándo se jubila un forense?

**JAG-A:** Cuando desea sentarse al sol.

**CS:** ¿Cuál es la comida favorita de José Antonio García-Andrade?

**JAG-A:** El huevo frito.

**CS:** De todos los casos en los que has intervenido cómo médico forense, ¿cuál te ha impactado más?

**JAG-A:** Aquellos casos en que las víctimas son los niños.

**CS:** ¿Y cuál te ha ocasionado más problemas?

**JAG-A:** Cuando han dudado de mi juramento de decir la verdad.

**CS:** ¿Y satisfacciones?

**JAG-A:** Cuando se desenmascara al simulador.

**CS:** ¿A qué tiene miedo García-Andrade?

**JAG-A:** A la agonía, aunque acepto la muerte.

**CS:** Después de cuatro mil autopsias, ¿un médico forense se acostumbra a la realidad de la muerte?

**JAG-A:** No podemos negarnos a la realidad de la muerte.

**CS:** Regresando al área de salud mental, últimamente estamos asistiendo a la aparición de nuevos asesinos: algunos jóvenes y adolescentes. ¿Puede haber en la mente de un joven una predisposición a matar?

**JAG-A:** Puede surgir en cualquier edad, incluso la disposición puede estar incentivada muy precozmente por el entorno.

**CS:** Realmente, ¿el niño es más sádico que el adulto? ¿Por qué?

**JAG-A:** Freud ya lo dijo, que el niño es un rey sentado en un trono que es su orinal, satisfecho de su poder, y aún no le funcionan las

inhibiciones del Súper-Yo.

**CS:** Muchas veces, la crueldad de los niños llega a sobrecogernos. ¿A ti también?

**JAG-A:** Sin duda.

**CS:** ¿Qué papel desempeñan los medios de comunicación en su labor informativa? ¿Son fieles a la realidad forense y policial o desarrollan su trabajo dependiendo de sus intereses?

**JAG-A:** La información es fundamental en la vida; no se debe vivir en la ignorancia, aunque la verdad nos duela.

**CS:** ¿La irrupción de las nuevas tecnologías ha fomentado el desarrollo personal de los jóvenes?

**JAG-A:** Fomentamos las informaciones, incluso el móvil, que rompe nuestra intimidad donde estés. Ya tengo un trabajo sobre el delincuente del año 2000.

**CS:** Para terminar, ¿qué espera García-Andrade del futuro?

**JAG-A:** Todo.



# La Letra Chica

MModay

Mi vida era muy ordenada y rutinaria. Desde mi jubilación, en mi casa, cada cosa ocupaba su lugar y había un lugar para cada cosa. Casi todas las semanas elegía un día para hacer diligencias propias de los seres humanos, como pagar cuentas, ir al supermercado, cambiar el aceite al auto o cortarse el pelo.

Las políticas de control de precios, unidas a los bajos márgenes de comercialización de los productos, llevaron a que las empresas bajaran el nivel de sus elementos o bien los artículos finales no tuvieran la suficiente calidad de terminación y eficiencia, apareciendo entonces segundas marcas, más económicas pero con déficit ponderables, para lo cual nos debíamos adelantar y no ser engañados.

Dado que las explicaciones se hallaban en la letra chica de los prospectos y manuales, que si bien citaban los problemas, no siempre permitían subsanarlos a tiempo como quisiésemos, y la sensación era que nos timaban constantemente. Por otra parte entre los artículos que a partir de este ensayo recomiendo llevar en vuestras carteras, especialmente a las señoras, que siempre entra algo más entre sus petates, es una lupa pequeña. Como sabéis, la letra chica de los prospectos es muy chica, siempre debería tener más de uno con ocho milímetros para poder ser legible y la que citamos en general nunca tiene más de un milímetro, pero sirve para los juicios, ya que, como dicen, estaba escrito, si no lo leyó, es su problema.

Por lo tanto, un jueves de enero decidí salir, en mi ronda semanal de diligencias. Me dirigí raudamente a la farmacia en primera instancia. El día anterior, el médico me había recetado un antiinflamatorio para mis eternos dolores

lumbares. Con presteza y cuando me llegó el turno, enarbolé mi receta de obra social para gestionar el correspondiente descuento. El farmacéutico del barrio, que me conocía, me dijo:

—Amigo, esta dispensa no le sirve. Primero, está enmendada la fecha del talonario, sin aclaración con firma y sello; segundo, este plan no va más; tercero, este genérico no es el más barato; y cuarto, su afiliación está con problemas porque no abonó la cuota del sindicato. Pregunté por el costo en forma particular y cuando me informaron, parecía que me habían recetado un tapado de chinchilla en vez de veinte cápsulas del medicamento.

Pospuse la compra para conseguir una nueva receta. Pero recordé que mi cepillo de dientes estaba muy cachuzo, así que solicité que me vendieran uno de calidad buena. El que me alcanzaron parecía de calidad excelente y era de los modernos con limpia lenguas en el dorso, además se vendía con una pasta dental de regalo. Pregunté si podía ir hasta el baño para higienizarme los dientes, ya que sentía gusto feo en la boca.

Con la anuencia del profesional, me dirigí al tocador y observé que la letra pequeña de la pasta no me permitía ni ver la marca. Con los ojos desorbitados por el esfuerzo de leer, entendí que debía apretar el pomo hasta el cuello del mismo y luego, con una púa que portaba la tapa del dentífrico, hacer un agujerito en el plástico, colocar un centímetro de la pasta en el cepillo y, con movimientos giratorios, lavar dientes y encías. Al horadar el extremo del tubo, una pasta amarillo-violeta impactó en el espejo del baño de la farmacia, con olor rancio desagradable, dejando una pátina sobre el

vidrio al deslizarse en caída libre por el mismo. Busqué de urgencia un trapo para limpiar mi error y encontré un paño de color azul, de los que son usados para limpiar los artefactos y azulejos, que parecía flamante. Tres terribles rayas aparecieron al finalizar de pasar el trapo por el espejo. Miré el paño curiosamente: una esquila en letras diminutas se hallaba enganchada con una grapa en el borde del género. Esforcé nuevamente mis pupilas y pude leer: "No pasar por vidrios o cerámicos. Muy abrasivo". Saqué entonces mi propio pañuelo, traté de secar todo, enjuagué mi boca y probé sin pasta. El cepillo parecía suave, pero al pasar el dorso para limpiar mi lengua, comenzó a brotar sangre a borbotones y seguramente me faltaron más de cien papilas gustativas. Me enjuagué con agua hasta que el rojo elemento no salió más y, sin decir una palabra, pagué el dentífrico y me retiré antes de que me cobraran el paño, el vidrio y cuanto artefacto hubiera tocado el trapito, apenas crucé el umbral tiré en un baldío el cepillo y la pasta, antes de que me intoxicara o me apareciese una úlcera o aftas en la boca.

El calor de aquel enero era agobiante, por lo que recordé que mi habitación parecía el Sáhara a las doce del mediodía y decidí llegarle a la casa de electrodomésticos para adquirir un ventilador de techo. El electricista, muy ducho en estos menesteres, me había dejado el soporte preparado y los cables listos para unirlos y aislarlos.

Luego de esperar mi turno, se acercó un solícito vendedor, al cual le manifesté mi deseo de adquirir un ventilador para mi habitación. Me mostró varios modelos y me decidí por uno de tres palas y una luz central. Venía en una caja muy bien cerrada y embalada en un plástico al vacío. Pagué y me llegué hasta casa para colocarlo y asombrar a mi esposa con la adquisición.

Desenvolví el prolijo paquete y dentro, todo muy ordenado, estaban las palas con tornillos dorados para armar, los cuales inserté y apreté con cuidadoso esmero, tome mi escalerita y lo colgué del soporte, aferré los cables y los aislé con cinta. Una tapa muy bonita del mismo aparato cerraba todo lo que quedara al aire; la terminación era perfecta. Para reconfortarme con lo pasado durante la mañana, lo puse

en marcha y arrancó perfectamente. Me coloqué debajo con la satisfacción del éxito y noté que mandaba calor en vez de aire fresco. Lo miré desde abajo y comprobé que giraba contra las agujas del reloj. Conocía que había de estos equipos, que invertían el giro para, en forma lenta, bajar el calor que se desplaza hacia arriba en el invierno y colaborar en calefaccionar los ambientes. Lo detuve y me subí a la escalerilla para buscar el interruptor de giro que generalmente está en un extremo del cuerpo del equipo. Como no lo encontraba, pese a una cuidadosa búsqueda, bajé por quinta vez a buscar mis lentes y observar la letra chica en el prospecto. Los anteojos no me alcanzaban, así que fui en búsqueda de mi querida lupa, que siempre tengo en el escritorio. Por debajo del título grande, "Ventilador", en letra microscópica rezaba: "De invierno".

Una interjección irreproducibile partió de mi boca y tomé el teléfono discando el número de la casa de electrodomésticos. El vendedor, que conocía el problema, me dijo que de verano no le quedaron y, como la empresa ahorra al ponerlo directo, debía llevarlo a algún electricista que le cambiara el giro del rotor. Ya, fuera de mí, le dije:

—¿Lo llevo a la empresa para que lo haga? Y me respondió que la garantía era en el país de origen, Taiwán, y que no conocía la dirección. Insultando en taiwanés, le llevé el ventilador al electricista, para lo cual hubo que descolgarlo primeramente. Éste lo desarmó y, en un rato, me solucionó el problema, me cobró el desarme y el trabajo como si hubiese comprado dos ventiladores.

Volví masticando bronca y lo instalé, sin probar siquiera si andaba, volví a salir al sufrimiento, ya que debía cambiar el aceite del automóvil y renovar el seguro del mismo. Pasé por el concesionario oficial de la marca a preguntar el costo del cambio de aceite y filtro. Cuando me respondieron, pensé si había asaltado algún camino o me parecía al Aristóteles Onasis del subdesarrollo. Sin mediar palabra, crucé la calle y entré en un Centro Integral de Aceites y Filtros. El presupuesto que me dieron era la mitad del concesionario oficial, así que instalé el vehículo en la fosa para iniciar el cambio.

Previamente, el operario miró muy cuidadosamente el número y modelo del filtro y lo trajo en su caja correspondiente, lo cual me tranquilizó. La caja no ofrecía especificaciones de ninguna especie, ni aun en letra chica, por lo que le interrogué por la duración y garantía del mismo. Me contestó que duraba hasta que se rompía y la garantía de ellos era hasta la esquina. Decididamente fuera de mí, lo increpé y le pedí el nombre del fabricante y el teléfono. Me dijo que tenía que consultar la agenda internacional, ya que no recordaba la característica de Malasia. Pagué y salí definitivamente acobardado, debía renovar el seguro y pese a que el agente del mismo era amigo, no sabía con qué me encontraría en este país de delinquentes.

Cuando me revisaron el auto, para renovar la protección contra incendio y robo, mi amigo me dijo:

—Mira bien la letra chica, cuando llegue la póliza.

Quince días después, llegó por fin el documento que corroboraba que tenía el seguro. Servía para todo; en la modalidad robo, el único que no cubría era con arma en mano. Esta modalidad era la más frecuente, así que comencé a cargar presión: en realidad, te protegían del hurto parcial o total y hasta de los espías y del cuco, pero no a mano con pistola. Los pistolas eran los del seguro.

En cuanto a los choques, te daban "una pequeña franquicia" de dos mil pesos, y no te protegía de las contingencias de granizo, justo cuando el calentamiento global nos adornaba de piedras de hielo una vez por semana. Tampoco te pagaban por tumultos o piquetes, justo en este país de mierda, donde los piqueteros encapuchados eran los únicos que te rompía el auto, amén de las pelotas por tappar las calles.

Puteando por lo bajo, volví a casa y encendí la computadora para ver el estado en que se encontraba el expediente del juicio por despido que desde hacía seis años no me dejaba dormir por las noches. Debería haber cobrado unos miserables pesos, que me permitieran terminar de pagar la casa y llevaba nada más que más de un lustro esperando a los letrados,

jueces, camaristas, casacionistas, abogados, jurisconsultos y manya papeles, amén de algunos sionistas a quienes les debía plata.

Mientras esperaba a que abriera el ordenador sus archivos, mi esposa, dulcemente, había dejado en el escritorio la boleta de la luz. Pregunté delicadamente, para no herir susceptibilidades:

—¿Llegó hoy, querida?

—Sí —me respondió—, esta tarde.

Lo abrí con total zozobra, ya que, a un día del fin de mes, aparezca este elemento maldito parecía una obra de Polanski. Tomé entre mis manos el bebé de Rosemary y miré el detalle, gastábamos de luz 1,45 dólares por día, pero entre el IVA, el VENÍA, los impuestos provinciales, el Fondo de Santa Cruz para Tehuelches Repatriados y la subvención a los indios Mapuches de Tristán Suárez, más los desarrollos para grandes obras, el diputrucho y los motochorros, nos esquilmaron, y mi presión, que llegó a más de doscientos, casi como la boleta, salvo que una, en milímetros, y la otra, en pesos. Menos mal que no había llegado simultáneamente el teléfono, si no me tengo que hacer el Ara-Kiri con un escarbadientes, así que bajé un cambio y esperé por el ordenador.

Cuando se abrió la pantalla, con una nueva configuración de la página, me dije a mí mismo: "Algo teclearon en todo este tiempo", y más contento aun me puse cuando, con un hermoso ejemplar de la justicia en color dorado, apareció con una inscripción que decía: "Tiene novedades". Mis sentidos se pusieron atentos y, con una gran sonrisa, esperé. Dos minutos después, un salvapantallas de configuración marina emergió y una pequeña nota en letra número uno se hizo ver. Como aquí no necesitaba los lentes, puse el 'zoom' del ordenador para poder leer lo escrito, y rezaba: "Siga participando".

Tomé el bate de béisbol y, como Michael Douglas en Un día de furia, partí el monitor en dos pedazos y me fui a ver al psiquiatra, para que me internara por un pequeño 'surmenage'.

# Enajenación.

*Patricia Núñez*

Yo soy

el colapso del tinte  
la araña hedionda

el corte cervical.

Yo soy

la arena de los ciegos  
el moho en la sábana

el cuervo en el tendal.

Yo soy

la hiel del necio  
el sonido áspero

de la duda bajo el metal.



# ¿Literatura?

Guillermo Álvarez Pardo

En la X Edición del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón, en abril de 2007, asistí a una ponencia donde se habló de editoriales modestas, de escritores noveles y de otros asuntos similares. Los ponentes eran directivos de editoriales modestas.

Empiezo preguntándome por qué habría alguien de leer a un jovencito, o no tan jovencito, que empieza a escribir, o a un fulano que no tiene ambición, o a no sé quién que hace sus pinitos, cuando existe una reserva de literatura universal de altísima calidad e inagotable. Y no encuentro una respuesta satisfactoria. Quizás por igual falta de ambición en el lector.

Una edad avanzada puede hacer que alguien se retire de la lectura. También puede inducirle a interesarse sólo por las aportaciones de los escritores más verdes. Probablemente sean más frescas. Además, es muy gustoso, cuando Fulanito no es nadie, ser de los primeros en fijarse en él, y seguir con entusiasmo los pasos de quien, en buena medida, ha sido tu apuesta personal. Si luego triunfa, podrás decir que supiste oler su talento desde el principio.

Pero qué sentido tiene, para quien se está formando, leer los remedos de sus semejantes. Conviene estar al tanto de lo que hace la competencia. Pero, ¿y si no hay competencia, o no es de calidad? ¿Y si nadie aspira a ser escritor? Se limitan a hacer lo que llaman unas veces "ejercicios literarios", otras "contar una cosa que me pasó". ¿Los imaginas sosteniendo una trayectoria literaria? No tienen fuerza. ¿Barajando las ideas de que disponen en busca de las más dignas de ser expuestas y desmenuzándose los sesos para hallar el modo de condensarlas en una narración; persiguiendo el mejor modo de ejecutar su próxima novela? No tienen cabeza.

Incluso si fuesen buenos, ¿cuánto se tarda en leer un libro?, ¿se puede leer un texto con un ojo y otro texto con el otro, o teniendo un libro en cada mano leer ambos a la vez? Quien quiera hacer algo con su vida debe darse prisa. Sea lo que sea lo que quieras conseguir, hay que conseguirlo joven. No se puede perder el tiempo. Eso, amigo mío, es para los otros, para los que no desean saber más cosas de las que da tiempo a aprender, para los espectadores. El activo debe aspirar a lo más jugoso. Sólo puede conformarse con cosas de nivel. En particular, en materia de literatura, sólo puede leer a los mejores. No debiera leerse una vez ha escrito.

Los pasivos sí pueden leer como quien hace algo trivial. Para ellos son los ejercicios literarios que otros escriben y las cosas que otros escriben según les suceden.

Esto de escribir sobre la marcha, según te suceden las cosas, sin digerirlas-cocinarlas-servirlas, enlaza con otro tema del que hablaron los mencionados ponentes: los blogs. ¿Podéis creer que llegaron a afirmar su valía literaria? No quisiera ser despectivo... Los diarios de ciertos individuos —aventureros, testigos de guerras... — pueden tener interés, qué duda cabe. Pero, ¿se trata de interés literario o de un interés al margen y que nos llega por medio de las letras? ¿Tiene interés cinematográfico un documental? ¿O el vídeo de seguridad de un banco? Creo que los blogs, según los he visto, se parecen más a esto último —incluso cambiando 'banco' por 'desguace'— y me indigna que se considere su valía literaria.

No quisiera parecer despectivo... Defiendo simplemente que haya un poco más de exigencia y que se valoren más las ideas y la exposición.

...qui s'en sont contentés. Déclare qu'elle est acceptée, ratifiée et confirmée  
...qu'elle sera inviolablement observée.

En foi de quoi deux exemplaires des présentes ont été, contre seing  
et scellés du Grand et Petit, et de l'Assemblée Nationale, et de l'Assemblée  
Nationale, le 25 septembre l'an 9.

Le 25 septembre mil huit cent un.

~~Brissot~~

Le Ministre  
de l'Intérieur  
et de la Correspondance  
et de la Poste

Le Ministre  
de la Justice  
et des Cultes  
et de l'Instruction  
Publique

Auguste Martin

Les présentes Convention, ratifiées, ont été échangées à  
Paris le 25 fructidor an 9 (10 septembre 1801) par les  
Plénipotentiaires soussignés.

J. André  
et Charles



# Nuestra Montaña

*José Ángel Fernández Prieto*

**7 de julio.**

Saludos.

Hoy ha hecho buen tiempo y acaban de decir en el telediario que mañana y pasado va a hacer sol, así que no hay ningún problema; dentro de un rato vamos a cenar y luego prepararé la mochila de Marta y la mía. No necesitaremos muchas cosas, sobre todo si va a hacer bueno. Algo de ropa para cambiarnos, comida, bebida y poco más. La verdad es que siento en las piernas y el estómago la clase de hormigueo que la gente siente cuando está a punto de hacer algo realmente importante y, aunque esa sensación se mezcla con un poco de miedo, en estos momentos la cambiaría por pocas cosas en el mundo. No esperaba llegar a ponerme nervioso por nada que me pudiera ocurrir a estas alturas, a mi edad. Me gustaría que Marta se sintiera como yo.

Por otra parte y cambiando un poco de tema, he decidido coger el bolígrafo y apuntar a partir de hoy las vivencias que nos sucedan a Marta y a mí hasta el día que alcancemos la cima de la montaña que vamos a intentar subir. Hace mucho tiempo que no cojo un boli y me noto oxidado a la hora de usarlo, pero merece la pena dejar escrita, no sólo la historia de la ascensión sino sobre todo la de las circunstancias que la rodean. Dejaremos el texto en el buzón situado en lo alto de la montaña y así podrá leerlo si quiere el primero en llegar

a la cima después de nosotros, o soltarlo y dejarlo volar, o quemarlo si le da la gana. Eso será asunto de él.

Pero por ahora la montaña sigue esperándonos y aquí estoy yo, antes de la hora de la cena, preguntándome qué darán por la tele esta noche. Hoy toca recordar cómo eran antes las cosas. Por ejemplo, la primera vez que subimos juntos.

Ella era una estudiante presumida que creía saberlo todo. Yo, un vago ocupado en estudiar disciplinas poco interesantes para matar el tiempo. La causa de nuestra ascensión conjunta, que todo el mundo pareció ponerse de acuerdo en faltar a la excursión de la universidad a la cual ambos nos habíamos apuntado, de modo que nos quedamos solos. Como yo conocía el camino, eché a andar sin preocuparme de si ella me seguía o no. El caso es que lo hizo a pesar de que entonces yo estaba en buena forma y era capaz de mantener un ritmo de ascensión alto, no como ahora. Aquél fue un largo día cuesta arriba y no llegamos a la cima hasta pasadas las diez de la noche. La historia de la subida fue muy sencilla.

Caminé deprisa durante horas y ella me siguió a distancia pero sin llegar nunca a perderme de vista. Hacia las dos y media decidí hacer un alto en la subida para beber agua y comer

un pequeño bocadillo y galletas. Cinco minutos después, Marta llegó a mi altura resoplando y hablando a la vez de maravillosos pliegues sinclinales colgados, vertientes regularizadas e imponentes formas glaciares. En aquel momento me odié a mí mismo por haber permitido que la niña sabelotodo me hubiera alcanzado pero, al fin y cabo, en ese crestón cuarcítico que sobresale de la ladera Sur, a mitad de camino hacia la cima de la montaña que con el paso del tiempo acabamos llamando Nuestra Montaña, comimos juntos por primera vez.

Quizá sigas esperando una idílica narración acerca de nuestra primera ascensión en pareja a la montaña, pero en tal caso siento decirte que vas a llevarte una pequeña decepción. Marta me habló treinta y siete veces de la geología, del relieve, de la dichosa topografía de cada lugar por el que pasábamos mientras yo intentaba pensar en mis cosas, o escuchar a los pájaros, o al menos el rumor que el viento provocaba al chocar contra las rocas y los pitorrales, pero me fue imposible. Ella hablaba tan alto que la mandé callar unas diecinueve veces. Sólo discutimos siete u ocho.

Llegamos arriba cuando anochece y el sol apenas era un recuerdo en forma de convexa corona de oro hacia el Oeste. Al menos, alcanzar la cima, cenar en ella y dormir a la luz pálida de las estrellas a más de dos mil quinientos metros de altitud suavizó un poco nuestros ánimos, de modo que nos quedamos mirando al cielo inmenso y hablando sobre tonterías hasta que uno de nosotros se quedó dormido. Así fue cómo el día de nuestra primera ascensión a la montaña llegó a su fin.

Las bonitas historias de amor llegaron más adelante, a partir de nuestra segunda ascensión. Subíamos mucho más despacio y embobados, besándonos, haciendo el tonto y tardando dos días en completar el camino. Siempre dejábamos nuestra llegada a la cima para el atardecer del segundo día, y allí arri-

ba hacíamos el amor vigilados primero por la puesta de sol y después por la luna y las estrellas. Luego nos quedábamos dormidos hasta que el sol volvía a salir y nos indicaba que la hora de bajar había llegado.

En total, subimos todos los principios de julio cuarenta y un años seguidos, hasta que hace un tiempo las cosas se complicaron y no pudimos regresar.

Pero mañana volveremos y acometeremos la primera mitad de la ascensión a Nuestra Montaña. Ojalá, pasado mañana, Marta y yo lleguemos a la cima un poco antes del anochecer para ver una vez más los vertiginosos precipicios, los picos en forma de sierra y los valles lejanos.

Es hora de ir a cenar.

### *8 de julio.*

El día ha sido largo y difícil. Pese a ello, aquí estamos de nuevo, descansando sobre el crestón en el que Marta me alcanzó la primera vez. Entonces llegamos aquí a la hora de comer. Hoy, a la de cenar. Aún puedo recordar el dolor de cabeza que el parloteo de Marta me provocó aquel día antes de que, con el paso del tiempo, se fuera ensimismando y hablando cada vez menos a medida que su mirada ganaba el brillo misterioso que todavía conserva. Hoy no ha abierto la boca, pero su mirada recorre el paisaje como si fuera la primera vez que lo ve.

El ascenso hasta aquí ha sido lento. No me siento fuerte e incluso me sorprende haber llegado tan arriba, pero ésta es mi tarea: subir, subir y subir, a mi ritmo y deteniéndome apenas unos minutos para descansar o beber. ¿Dónde está la fuerza que tenía antes, no digo hace treinta años, sino apenas cinco o seis? Tal vez perdida para siempre en algún rincón olvidado por el paso de los años. Pero

no me importa sentirme débil, ya no, y estoy seguro de que alguna lejana reminiscencia de mi antigua fuerza aún me acompañará aunque sólo me sirva para llegar exhausto a la cima, herido pero no derrotado, arrastrándome entre las piedras meteorizadas por el viento y el frío y con los ojos incrédulos de Marta fijos en mi figura casi acabada. He llegado hasta aquí y mañana la cima de la montaña, hoy escondida tras las nubes grises que empiezan a confundirse con la noche, me saludará.

Sin embargo, hasta entonces me sentiré mal. Tan mal como me he sentido a lo largo de estos años en los que las circunstancias nos separaron del lugar al que ahora hemos vuelto. Hace ocho años, durante un fin de semana en que me fui con un amigo, Marta se quedó sola en casa y se olvidó de comer y dormir a lo largo de dos días. Estuvo tejiendo sin parar durante las cuarenta y tres horas que estuve fuera, sentada en su sillón preferido. Cuando volví y comprobé que no había comido, que no había ido al baño, que ni siquiera se había levantado del sillón en todo ese tiempo, me respondió que se le había olvidado. Me sonrió —ya entonces el brillo de extraña fascinación se había instalado en su mirada— y volvió a dedicarse a su inacabable jersey. Más tarde cenamos juntos, y a partir de ese momento y durante un par de meses, el comportamiento de Marta fue el mismo de siempre.

Los problemas volvieron cuando Marta empezó a sufrir frecuentes desmayos. Además, había series de una semana o dos a lo largo de las cuales se sentía enferma y no era capaz de hacer nada a parte de estar echada en la cama durmiendo o leyendo alguna revista del corazón. Pese a que el médico de cabecera nos dijo que ni veía nada ni había nada raro que justificase los periodos de debilidad de Marta, al cabo un año aquellos periodos de malestar físico empezaron a alternarse con otros en los que la cabeza no le funcionaba bien. Estos últimos empezaron con una serie de noches de luna llena de un mes de agosto.

Recuerdo cómo lloraba sin parar a lo largo de toda la noche, pero no de tristeza o pena. Lloraba en sueños, gritaba y chillaba y agitaba las piernas a la vez que articulaba palabras incomprensibles. Yo la intentaba despertar, pero lo único que conseguía era enervar su llanto, agudizar sus gritos y acentuar su incomprensible sufrimiento. Así fue a lo largo de cuatro noches consecutivas, las peores de mi vida. Por las mañanas, se despertaba y me miraba sonriente, pero eso no me tranquilizaba en absoluto pues demostraba que ella no se acordaba de las pesadillas que la asaltaban. Yo nunca le hablé de ellas.

Quiero extenderme en contar lo que vino a partir de entonces y hasta la actualidad, pues la mayoría de los acontecimientos sucedidos en los últimos tiempos han sido malos, aunque supongo que sabrán como yo sé que, incluso en el peor momento, hay detalles que pueden mejorar tu día. Como cuando hace unos tres años, cuando la enfermedad de Marta había avanzado lo suficiente como para no permitirle salir apenas de casa, me escribió una poesía. En ella hablaba de nuestras excursiones a esta montaña y de lo que le gustaba abrir los ojos por las mañanas y verme en la cama junto a ella. Buenos momentos en medio de la tempestad, como diría alguno.

Durante el otoño de hace cinco años los doctores encontraron por fin una explicación médica y con ella un inútil tratamiento a base de inútiles pastillas a los episodios de cansancio físico y las pérdidas de memoria que asaltaban con cada vez mayor frecuencia a mi mujer. Marta tiene el Mal de Alzheimer.

Apenas hemos hecho nada estos años, hermano. Ella se deslizó por el lento tobogán del cansancio y los descuidos, y en todo este tiempo la he cuidado lo mejor que he sabido. Le doy la medicación todos los días a las horas indicadas y supongo que, a la vez, he dejado que con el paso del tiempo mi vida

se fuera apagando al ritmo lento que la suya se ha ido desvaneciendo. ¿Acaso me importa eso? No, no, nunca. Porque desde el primer día que subimos juntos a este lugar hasta hoy, pasando por cada ascenso completado uno al lado del otro, mi vida ha pertenecido a Marta del mismo modo que la de Marta me ha pertenecido a mí. Y si yo hubiera caído enfermo, ella me habría cuidado igual que yo he hecho todo este tiempo.

Nada más por hoy. La niebla nos envuelve a pesar de las predicciones del tiempo y Marta se acaba de dormir. Mañana será un día difícil, pero confío en que el cielo de la próxima tarde se abra para saludarnos a los dos por última vez.

### *9 de julio.*

Hemos alcanzado la cima. Parece ser que aún me quedaba algo de fuerza guardada en las fibras de estos músculos viejos y poco entrenados. Son las ocho y media de la tarde y acabamos de llegar. Hacía mucho que no andábamos por aquí, pero todo esto sigue resultándome tan familiar como siempre.

El paisaje es fantástico, ¿verdad?

La cima se gana con cierta facilidad si subes por la cara Sur, la que Marta y yo hemos aprovechado en esta ocasión. Si conoces bien el camino y no te equivocas, no necesitas usar las manos en ningún momento; sólo es cuestión de fijarte bien en dónde pones los pies. La canal por la que subimos, formada por un estrato de roca cuarcítica más débil que los demás y cubierta de fragmentos de piedra disgregada, transcurre entre dos paredes laterales que dejan el camino en sombras y casi cierran el cielo sobre tu cabeza. Muy poco a poco, las imponentes paredes laterales van perdiendo altura a medida que avanzas, y cuando por fin coronas ese sector, el camino

hacia la cima es corto. Sólo necesitas seguir los hitos de piedra para salvar el zigzag final. Entonces, la cima aparecerá ante ti. En un día claro, y hoy por suerte lo es, la costa se dibujará brumosa en el extremo más alejado de tu campo de visión, y a partir de ella y hacia el mediodía se dibujarán innumerables cordales longitudinales de mayor altitud a medida que se acercan hacia el Sur. Más cerca, los cordales se transforman en poderosas sierras que se elevan y parten del pie de la cordillera que de Este a Oeste interrumpe el paisaje ya descrito y que estará a tus pies en el momento en que leas esta carta. En el centro de la cordillera, esta montaña. Nuestra Montaña.

Hace un rato pude ver los barrancos casi verticales que se abren hacia el Este y el Oeste y vi, sobre todo, cómo hacia el Norte se alzaba ante mí el paisaje que he descrito en los párrafos anteriores, y caminé por el diente de roca erosionada que, como un trampolín indestructible, se adentra sobre un precipicio inclinado en mayor grado que la vertical y se abre hacia las sierras, los cordales y los bosques, y más allá hasta el mar, y que cae durante un desnivel de quinientos vertiginosos metros hasta la base de la montaña. Respiré el aire puro y fresco y tendí a Marta en un buen asiento entre las rocas. La he subido a horcajadas en ocasiones, al cuello en otras. ¿Cómo si no, si está débil y apenas coordina sus pasos, si lo único que hace es mirarlo todo con esos ojos que reflejan sorpresa ante cualquier cosa que ven, si cuando abre la boca es para decir palabras que ni ella comprende? Pero no hay nada improvisado en todo esto. Lo tengo planeado desde hace un tiempo, más o menos desde que Marta empezó a estar lo bastante enferma como para casi no poder salir de casa y para olvidarse de su propio nombre o de quiénes eran sus padres y hermanos.

El 30 de junio, Marta se despertó hacia las ocho de la mañana y yo me alegré por ello, pues los últimos días se había despertado muy

tarde y no había salido de la cama para nada. Esos días decía que le dolía mucho la cabeza y que sólo tenía ganas de morirse. El 30, sin embargo, le llevé el desayuno a la cama y le dije que después de desayunar podía levantarse y probar a dar unos paseos por la casa o el jardín.

Sin embargo, esa pregunta se la hice con la cabeza en otro sitio. Antes de formularla, cuando abrí la puerta de la habitación y pasé a su interior, pude ver en el rostro de Marta el susto que se había llevado al verme entrar. Después de la expresión de susto, otra. No la supe identificar.

—Sí, hijo, luego salgo a dar un paseo. —Pero esa rara expresión seguía en su cara.

Al principio no logré hacerme una idea clara acerca del significado de aquella expresión, aunque, de algún modo, muy dentro de mí lo supe desde el momento en que ese gesto se dibujó en el rostro de Marta. Aquella cara de... extrañeza.

Como no salía, a las diez de la mañana volví a su habitación para preguntarle si no iba a dar un paseo y la cara de susto volvió a aparecer. La secuencia gestual se completó segundos después cuando el susto se convirtió otra vez en extrañeza. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo en realidad.

—¿Sabes quién soy? —le pregunté.

—No —respondió, y rompió a llorar.

El día siguiente le pregunté otra vez, dijo que no me recordaba e intentó llorar, pero no derramó una sola lágrima. A lo largo de los últimos días le he preguntado cada mañana, y la tristeza con que me contestó la primera vez se transformó en indiferencia primero y luego en risas. El 3 de julio, después de contestarme

que no, que no me conocía de nada, empecé a reírse. Estuvo todo el día riéndose. En cambio, el día 5 no me contestó y se sumió en un mundo interior que no ha abandonado desde entonces. Dos días después, decidí ejecutar el plan ideado tiempo atrás y por eso hemos vuelto aquí. Al lugar que dio sentido a nuestras vidas y guarda los mejores recuerdos para ella y para mí, ésos que de veras merecen la pena. Con el tiempo, las cosas se jodieron, y nuestro reloj se paró cuando dejamos de subir a este sitio. Esta vez el ascenso ha sido penoso, pero al menos las manecillas vuelven a moverse hacia delante.

Marta está sollozando ahora, sus ojos llenos de lágrimas miran el atardecer. El final se acerca y no puedo negar que me encuentro un poco intranquilo, pero soy viejo, he visto muchas cosas y éste no es más que otro paso, un último paso en la dirección correcta. Estoy convencido de ello.

Sobre nuestras cabezas se dibujan redes de cirros que parecen diluirse mientras el sol desciende y describe su curva final hacia poniente. Su circunferencia completa todavía despunta sobre el horizonte y una corona de rayos dorados la rodea. Desde el Oeste llega una suave brisa tibia a pesar de la altitud, mientras el llanto de Marta se vuelve más amargo y me recuerda a aquellas noches de luna llena.

A medida que la noche se acerque, el color del cielo cambiará del dorado a un carmesí que se irá oscureciendo con el paso de los minutos hasta dar paso a la mancha violácea del fin del crepúsculo. Después, la luna y las estrellas.

Y las estrellas y la luna y las estrellas fugaces refulgirán esta noche sobre Nuestra Montaña como han hecho cada vez que Marta y yo hemos subido hasta aquí, pero esta vez nosotros no llegaremos a verlo.

Cuando la corona superior del sol empiece a ocultarse por el Oeste, cumpliré mi viejo plan, el mismo que decidí ejecutar cuando Marta dejó de acordarse de mí. Con la brisa del fin del atardecer, tomaré en brazos a mi mujer por última vez, y ella me mirará con sus ojos brillantes y sin reconocermme a medida que yo empiece a caminar. El sol se ocultará, y en ese momento me adentraré en el saliente de roca que da hacia el Norte. Entonces, Marta y yo iremos juntos un paso más adelante de lo que nunca antes hemos ido.

Ojalá, mientras caigamos por el precipicio, las lágrimas de su llanto desconsolado rocen mis mejillas y me llenen de la pena que no consigo sentir, y que mi corazón seco y su mente rota despierten y respiren juntos una fracción de segundo, antes de que nuestra vida acabe cuando nuestros cuerpos se estrellen contra la roca oscura de allá abajo, al final de nuestro viaje.

*Del 9 al 14 de julio de 2005.*



# Peligrosidad Social Pre-Delictiva

*Francisco Javier Torá*

Resulta curioso observar cómo determinadas situaciones de la vida, distinguidas por abundantes dosis de estupidez y estulticia humanas, que no van más allá de lo banal ni de lo meramente anecdótico, son capaces de hacernos evocar realidades trágicas, fúnebres o luctuosas. Sería, según la metafísica aristotélica, algo así como interpretar una realidad inductivamente partiendo de un hecho concreto hasta extraer un principio o enseñanza general.

Viene esto a cuento porque mi elucubración se produjo en un contexto claramente festivo, y por tanto superficial, durante la madrugada del sábado, cuando varios amigos y amigas pretendíamos el vano esfuerzo de llevar acabo el propio acto de bailar mientras, copa en mano, hacíamos todo lo posible para que el 'whisky' de garrafón, que nos habían servido en el 'pub', pasara inadvertido para nuestros respectivos paladares. Fue en ese preciso instante cuando uno de los presentes se instaló a mi lado y, mientras me daba, con cierta impertinencia, un par de palmadas en el hombro, aprovechó para echarme en cara: "Vale ya de intentar ligar con la francesa (es decir, su amiga), ¿no?". Es, sinceramente, de esos momentos en que no se sabe si es mayor la indignación o la vergüenza ajena de quien se sabe a todos los efectos inocente. Como sabía

de sobra que no tenía motivos para ponerse así, le formulé, airoso y creyendo que me llevaba el gato al agua, una pregunta cuya respuesta era conocida de antemano: "¿Me has visto hablar o bailar con ella?". Naturalmente, respondió que no, pero lejos de rendirse a la evidencia, continuó porfiando, a la vez que me acusaba de petulancia, engreimiento y no sé cuántas cosas más. Y todo esto, sin haberme movido de mi sitio. Palabra. A mí que me registren.

Ya sé que no era el momento ni el lugar oportuno, pero esas cosas no se pueden evitar, y me vino a la memoria un artículo de Girauta en Libertad Digital: "El hombre que no había delinquido... todavía". El artículo en cuestión hacía hincapié en el dramático porvenir de un trabajador cubano, que por el hecho de no haber participado en las actividades de los Comités de Defensa de la Revolución, fue acusado por las autoridades castristas de "peligrosidad social pre-delictiva". Es decir, no se le imputaba un determinado delito, como mandan los parámetros del Derecho democrático, no. Sino que se le detenía en virtud de un futurible, de una hipótesis no exenta de arbitrariedad y despotismo esgrimida por el Poder. Al poco tiempo, el reo aparecía en su celda ahorcado con su propio pantalón.

Afortunadamente, ni mi amigo es el Comandante (así es llamado Fidel Castro por los opo-

sitores cubanos) ni yo un famélico disidente que tiene los días contados. De todos modos, no sé si será porque el mal queda representado en mi intelecto bajo un aspecto ridículo cuando no directamente grotesco. Pero lo cierto es que lo irracional y pueril del asunto me hizo deparar en la crueldad y vileza que han de soportar cada día los millones de presos de la isla que tiraniza el dictador más longevo de la Historia.



# Imágenes en Blanco y Negro

*Carmen Menéndez*

Cuatro estaciones y una sola, invierno. Frutas ácidas en los labios, frutas amargas, limón y pomelo. Imágenes de figuras de cera que se derriten con el calor de la ira. Padres por accidente. Manojos de margaritas marchitas. Cielo, infierno, vida de purgatorio. Sol abrasador, hambre, sed, huellas en la arena de pies de cuatro dedos. Frío en la noche, fríos los recuerdos. Del negro muerto al blanco hielo. Pantallas gigantes con figuras sin cabeza, figuras sin rostro, figuras sin alma. Tambores retumbando en los estómagos. Uñas negras de polvo blanco, rayas de la vida en manos vacías. Pastillas de mil colores o mil colores en una sola pastilla. Música entre azules con muebles de cerámica y olor a orines.

Aire fresco en la cara, mañaneros de arrugas de almohada. Mangueras sin fuego, ciudad de calles brillantes. Perros negros aullando a la luz de las farolas con bombillas de luna llena. Zombis de la noche con rimel corrido. Nudo en la garganta, tapón de saliva en los oídos. Algo bueno, no recordar mis recuerdos, algo malo la lucidez del día presente. Paso del tiempo esperando un nuevo día con un día menos. Palabras por decir dando vueltas en la mente. Figuras quietas con movimientos de labios. Todos hablan, nadie escucha, olor a sudor, tabaco y alcohol. Estación con billete para el primer tren. Gafas de sol con mandíbulas desencajadas. Arranque de hélices con pitidos que nos transportan al mundo de los sueños sin sueño.

Dolor de huesos, sudores en frío, trabajo por inercia, cruces de realidad. Arrepentimiento de lunes, olvido de jueves y deseo de viernes. El cuerpo pide más y el alma dice basta. El veneno no muere se transforma se cambia.

Paso al otro lado. Cambio de disfraz. Música que no suena, piernas de plomo sin ritmo con botas de montaña. Grasa en la barriga, manos en el bolso. Responsabilidad, orden, maternidad, vida invisible. Personajes ocultos, escritos rotos, borrones, lectura amarga. Pero todo bien

Todo asquerosamente correcto.



# De Brisas y Alientos

*Francisco J. Picón*

Susurros de incertidumbre,  
una mirada indecisa  
sabores de antaño en el velo  
del paladar, desnuda  
de miserias y derrotas

La muchacha del viento  
anida sus esperas,  
entre las sábanas del silencio  
y la almohada endurecida  
de compactas soledades

Gemidos ahogados de voces  
afónicas de argumentos,  
una caricia deshidratada  
y caries en la sonrisa,  
partitura inacabada de temores

La muchacha de la brisa  
limpia las heridas  
pusilánimes del miedo  
con alcohol y lágrimas  
a modo de arnés

Y en el espejo del tiempo,  
se dibuja el reflejo de la ausencia,  
mientras en el colchón  
de la huida, la muchacha  
pierde el aliento y la memoria



# La Elección

*Geno Rodea*

Aquella mañana, mientras los árboles se doblegaban al viento por aquella céntrica avenida, Rebeca caminaba repasando mentalmente la apretada agenda que le esperaba en un futuro inmediato. A partir de aquel momento debería abandonar la idea de terminar su novela para Navidad. Renunciaría a varios pequeños proyectos y a no pocas actividades. Pero, era su gran oportunidad: dos días más tarde firmaría ese contrato que le solucionaría el futuro.

Un hombre tropezó con ella. Vestía sencillamente –mediocrementemente incluso– sin embargo, su alegría era la de un ganador. La ayudó a incorporarse, insistió en compensar su distracción invitándola a café y, allí –al escucharlo– descubrió el rostro de la plenitud personal.

Desprendía tanto sosiego que, por primera vez, vaciló. Dejó de moverse por inercia y se detuvo a pensar. Inconscientemente, por la fuerza que emanaba de su interior, ese hombre le incitó a cuestionarse lo incuestionable.

Como una autómatas, deambuló sin ritmo. Necesitaba reflexionar. Buscó su coche, condujo durante unas tres horas en dirección a Biarritz y, sentada en una roca frente a su adorado Atlántico –su consejero–, repasó su vida. Siempre había hecho lo estipulado como correcto y obtenía la recompensa. Había alcanzado el éxtasis laboral: un contrato blindado le aportaría la seguridad y economía por la que muchos matarían. ¿Eso la haría más feliz? ¿Era lo que deseaba?

La inmensidad de aquel intenso azul verdoso

que rizaba blancas puntillas contra las rocas, la invitó a zambullirse en lo más profundo y auténtico de su esencia. Escarbó hasta el fondo de su voluntad, la miró a los ojos... y leyó la respuesta. No. Rodearse de cosas y respirar a golpe de reloj... no era su concepto de vida. ¿Dónde quedaba su tiempo? El tiempo para crear, culminar su novela, entregarse a su gente... ser ella misma.

Tras dos noches de insomnio, efusivas "Enhorabuena" recibieron a la nueva directora financiera de aquel gran grupo. Sonrisas, que se congelaron al oír su voz temblorosa exclamar: «Discúlpenme, pero... renuncio».

Un año más tarde, escribía en el jardincito de la sencilla vivienda que alquiló, cerca del mar, en un rincón del sur. Tejía –bajo el sol– artículos para un periodiquillo local y relatos que contar, una vez por semana, en una radio con poco presupuesto. Acabó esa novela que intentaría publicar. Trabajaba en casa –traduciendo–, viajaba como interprete en ocasiones, y robaba gustosa las horas al descanso para alentar esos personajes que se instalaban en su vida a cada toque de teclado.

El 7 de abril, acabó de redactar la carta de presentación para unas cuantas editoriales y, al fecharla, reconoció el día en que, un año atrás, tuviera aquel tropiezo casual que la incitara a cambiar de rumbo. El contenido material e inmaterial de aquel breve café volvió al presente con tal intensidad, que el recuerdo se convirtió casi en presencia. Recapacitó. Había vivido días difíciles. No tenía piso propio, ni

porvenir asegurado. Quizás nunca lograra ser una escritora consagrada, pero hacía lo que le apasionaba. Su presente era holgado, luchaba por lo que creía, y, bendecía mil veces aquella elección: retomar las riendas de su vida, reconducirla.

"Ojala un día pudiera agradecerle haberme incitado el no conformarme con ser una triunfadora", anheló entregando su imaginación a la fantasía de un encuentro fortuito, hasta que la alarma del móvil le recordó debía de partir ya hacia una oficina de correos. No tenía la menor gana de conducir hasta allí. Durante esos más de dos meses en los que había vivido retocando su obra: esa que llamaba "mi mundo paralelo", su sueño se había limitado a tres o cuatro horas en la madrugada. Y, aunque esa última noche había dormido tanto, y tan profundamente, que todavía no recordaba en que momento se había desnudado o cambiado el sofá por la cama... se sentía exhausta. Aún así, tomó su coche.

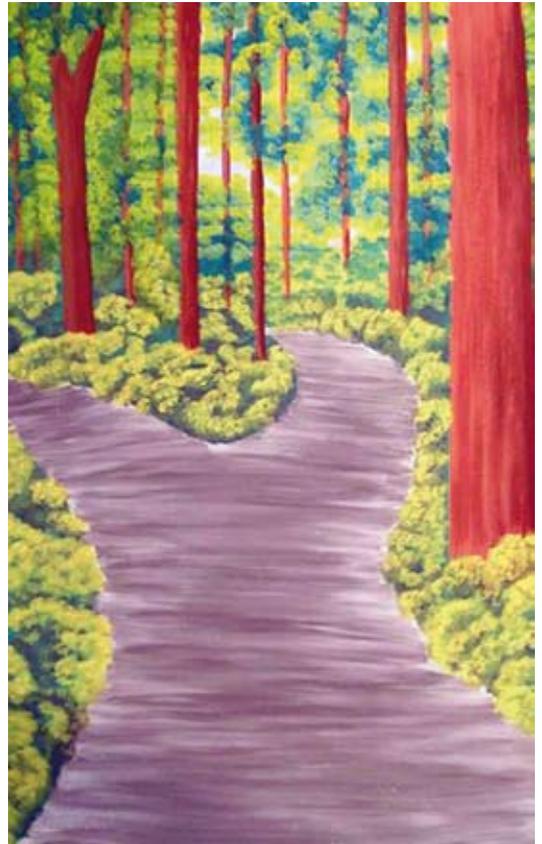
Oscurecía. El crepúsculo insinuaba rojizas sombras en aquella autopista del mediterráneo. Y, allí, en una curva, el teléfono le apuñaló una escalofriante noticia. Sus pesquisas para escribir la habían llevado a escuchar impasible el más horrendo suceso. Pero esta vez, no se trataba de un caso anónimo. Se trataba de Marta, la compañera de su mejor amiga: aquella rubia altiva que conociera el sábado anterior, cuando les confesara entre llantos una ruptura sentimental, mecida por el orgullo, cuyo absurdo consiguió indignarla. Habían encontrado su cuerpo sin vida. ¿Cómo? ¿Dónde? no lo sabía. La desesperación de su amiga tras el auricular sólo lograba aclarar: "La han matado". Le pidió que se tranquilizara y buscó un cambio de sentido para acudir a su lado.

Los ochenta kilómetros que la separaban de ofrecer un abrazo de consuelo le parecieron la más espesa eternidad. Al llegar, los sedantes ya habían causado efecto en el ánimo de su amiga. La miraba fijamente, casi sin reaccionar. Y, sin darle tiempo a sentarse, lo sucedido comenzó a derramarse por sus labios como el incipiente goteo de una presa que se desborda. Poco se sabía todavía. Marta había sido encontrada en su cama, atada y desangrada

por una certera incisión en el corazón. Estaba desnuda. Sobre su vientre reposaba un libro-to con poesías de Bécquer donde la policía había encontrado un extraño marca páginas: una rosa cuyas espinas habían sido ensangrentadas por el fluido vital de la víctima. Estaba aún fresca y señalaba aquel conocido soneto: "Asomaba a sus ojos una lágrima/ y a mis labios una frase de perdón...".

Rebeca se estremeció al oír aquello. Tembló de horror, de pánico, de una angustia aguda que la enmudecía. Aquel era el crimen de ese manuscrito que portaba bajo el brazo y que nadie había leído todavía:

Las espinas del orgullo.



# Sol y Luna

*Victoria Esquivá*

Hace millones de años, el mundo era gobernado por las hadas, elfos, duendes y otros seres. Existían muchas clases de hadas. Pero existían dos grupos de hadas muy especiales: las hadas diurnas (del día) y las hadas nocturnas (de la noche).

Las hadas diurnas gobernaban en el día, dirigían al Sol; iban vestidas con unos vestidos muy cortos, de color dorado; lucían tiaras de oro con un sol en el centro, que recogía sus largas melenas; en las manos y en los pies, llevaban montones de pulseras, a cual más brillante y bonita. Sus mejillas lucían un tono sonrosado, y la piel la tenían morena. Eran todas muy traviesas, pero también muy trabajadoras.

Las hadas nocturnas no se parecían en absoluto a las diurnas. Las encargadas de la noche protegían a la luna y a los niños de sus pesadillas, entre otras muchas cosas. Ellas eran muy diferentes del resto de su especie. No llevaban vestidos, lucían pantalones a la altura de la rodilla de color negro, sus alas eran negras y plateadas; tenían el pelo corto del color de la luna, y su piel era blanca como la porcelana. Y aunque eran de carácter amistoso, no tan traviesas como sus hermanas, las hijas del Sol.

El mundo en aquella época tenía un grave problema. Y era que, las hadas Luna y las hadas Sol, no se ponían de acuerdo nunca. Por esto mismo, el Sol y la Luna salían sin ningún orden; nunca se sabía cuándo despertaría la mañana ni cuando nacería la noche.

Un día, quedaron la reina Celeste (hija de la Luna) y la reina Dor (hija del Sol) para ponerse de acuerdo en cuándo tenía que salir el Sol y cuándo la Luna.

—Creo que tendríamos que repartirnos la mitad para cada una —opinó la reina Celeste.

—No sé. Si orientamos mitad noche y mitad día, ¿no habrá demasiada oscuridad?

—Yo creo que es lo justo. Debemos repartirnos el trabajo. Nuestro trabajo, aunque no lo veáis, es tan importante como el vuestro —respondió Celeste.

—No estoy muy convencida, pero podemos intentarlo si prometéis no entrometeros en el día. Nosotras nos ocultaremos de la noche.

Las dos reinas quedaron conformes con el acuerdo, y de ahí en adelante se hizo el día y la noche, como ahora los conocemos.

Nunca más volvieron a pelearse. Bueno..., sólo muy de vez en cuando; y cuando eso sucede, vemos en el cielo lo que llamamos un eclipse. Eso pasa cuando las hadas del día y las hadas de la noche no se ponen de acuerdo. Entonces aparecen las tinieblas.

# El Indiscutible Testamento de Javier Tomeo

Raúl Muñoz Jiménez

Hace apenas dos meses, se cumplieron cuarenta años de la publicación de la primera novela del escritor aragonés Javier Tomeo, *El cazador*, y tal vez sea ésta una buena premisa para hacer un ejercicio de valoración sobre el conjunto de su obra, teniendo en cuenta que desde aquel 1967 hasta ahora, ha colgado en las estanterías más de treinta títulos entre novelas, cuentos y relatos.

Poco antes de morir, Juan Carlos Onetti afirmaba que había descubierto el mundo a través de las ventanas, y tras ese mismo prisma parece esconderse el universo literario del aragonés, que durante años ha hecho discurrir por sus páginas a amas de casa felices —en apariencia—, músicos frustrados, marineros que surcan mares de piedra, monarcas que deambulan en silencio, un hijo que sin dejar de querer a su madre, parece acabar odiándola; seres que se confunden en la asfixia de una ciudad superpoblada y se pierden en callejones oscuros sin salida, crímenes que se consuman simplemente para llamar la atención sin que en el fondo a nadie parezca importarle, personajes aquejados, al fin y al cabo, de una herida difícil de suturar y por donde se filtra el vacío y el desencanto, la angustia contenida y la verdad camuflada, los conceptos más elementales de ese animal llamado persona, las ganas de llorar —aunque aquí hemos venido a reírnos diría él—; habitantes de una zoología de difícil calificación a los que en el fondo se les acaba cogiendo cariño e incluso lástima, según el día; miembros de una familia de un solo apellido que intentan reinventarse a cada momento para llegar a ser alguien en la vida,

o para seguir siendo nadie —como siempre—, unidos todos ellos por un único nexo: la soledad más como condena insoluble que como un estado de ánimo pasajero.

Sus primeras obras se caracterizaron por reinventar el que hacer literario con un lenguaje llano pero a su vez codificado, una mezcla entre fantasmagórico y superficial; valga como prueba que cuando en una entrevista le preguntaron por su experiencia con la censura que cotejaba más que lo que había que leer, lo que no se debía saber, éste contestó: "Nunca tuve problemas con ella porque nunca entendieron lo que escribía". De esta primera fase cabe destacar *El cazador*, *El castillo de la carta cifrada*, *Diálogo en re mayor* y *Amado monstruo* —en conjunto, sus piezas más aclamadas y llevadas a escena en los principales teatros de España y del resto de Europa. Pero fue con la aparición de *La agonía de Proserpina* (1992), donde se intuyó el giro hacia una dialéctica más realista y, en su defecto, más cruda, tal vez porque ya no había que huir de nadie o porque había llegado el momento de llamar a las cosas por su nombre, y por esa vía llegaron a los andenes *El crimen del cine Oriente*, *Los misterios de la Ópera*, *Napoleón VII*, *La soledad de los pirómanos*, *El cantante de boleros* o *La noche del lobo*, así como ediciones revisadas de sus cuentos y relatos como *Historias mínimas* y *Preparativos de viajes*.

A lo largo de los años, la obra de Javier Tomeo ha sido objeto de numerosos estudios, congresos, tesis doctorales y merecedor de

varios premios literarios —en 1999, fue candidato al premio Nobel de Literatura—, pero eso no parece haber alterado su condición de modesto radiógrafo de la sociedad, porque mientras él sigue observando desde la terraza de un bar o desde el balcón de un ático cómo el tiempo sigue corriendo campo a través con viejas y nuevas manías, sin detenerse en poner los puntos sobre las íes, su obra nos sigue brindando el placer de vernos tal y como somos: seres salvajes sin remedio perdidos en un mundo doméstico, capaces de reírnos de los demás y de avergonzarnos de nosotros mismos sin que nadie se dé cuenta. Pero mientras esto siga así —diría él—, continúen leyendo, señores, que es la mejor manera de consumir las horas.

Dicen algunos editores que las mejores obras de la literatura se identifican en las primeras páginas, y qué mejor manera de cerrar esta especie de homenaje que recordar el inicio de la que para algunos —y ahí me incluyo— es una de la mejores novelas que ha dado la narrativa española desde la Transición, *El crimen del cine Oriente*, que dice así:

“Recuerdo que estaba lloviendo a mares y que entré en aquel cine porque no tenía otro sitio donde meterme. Era domingo, habían dado las diez de la noche y hacía bastante rato que había empezado la película. Me senté en la última fila y lo primero que hice fue quitarme los zapatos, que se me habían puesto perdidos de barro”.



# El Viaje mágico

*María Nadal*

Cuando divisó el tren que llegaba, no lo podía creer. Cada vagón era de un color eléctrico diferente: azul cielo, verde, rosa, amarillo, naranja, rojo... Paró delante de ella. Miró el cartel. Anunciaba su destino. Era su tren.

Aún incrédula, leyó los letreros que colgaban de cada uno de los seis vagones: "La puerta de la luz", "Mi camino", "El silencio", "Tu voz interior", "Consciencia", "Nueva visión". Desconcertada y curiosa a la vez, dudó respecto a subir o dejar que se marchara. Preguntaría en taquilla; todo aquello le parecía muy extraño. Al pasar por el primer vagón, escuchó una dulce música, armoniosa y cálida. Salía de su interior. Miró el cartel: "La puerta de la luz". Su color azul eléctrico se convertía en azul pastel al mirar el vagón entero. Le sugirió un trozo de cielo con rayos de luz.

Esa visión y su curiosidad hicieron que subiese en el momento que anunciaba su salida.

Silencio. Sólo aquella música celestial. Los pasillos eran muy anchos. Por ellos andaban las personas sin prisa. Entraban y salían de un vagón a otro.

Con intención de recorrer el tren desde el principio, se dirigió al primer vagón. Tenía la certeza que aquel viaje iba a ser muy diferente a cualquier otro. Al abrir la puerta, una dulce voz que le recordaba a la de su madre dijo: "No tengas miedo". Entró. Era un salón grande donde podía perder la vista. Muy acogedor. Su decoración ambientada de estilo barroco contrastaba con los aparatos de alta tecnología.

Las mesas de madera, color caoba. Una sola silla por mesa, tapizada con flores de colores. Suspendedas en el aire, en el centro de las mesas, se encontraban las pantallas de plasma. Se fijó en las personas. Unos pocos vestían como ella. Otros vestían como en los años sesenta, otros como a principios de siglo, como en la Edad Media, época romana... Le sorprendió comprobar que con tantos viajes que había hecho a lo largo de su vida y en diferentes países, jamás había subido en un tren como aquél. Empezó a pensar. Quizá su hijo mayor había llamado a un programa de la tele en el que montan historias extrañas. Decidió relajarse. Pasase lo que pasase, lo viviría como una aventura. Observó. Pensó en seguir su intuición. Es lo que mejor le funcionaba cuando todo le era desconocido.

La pantalla de una mesa vacía se iluminó. Ponía su nombre y su edad: "Agueda Iris, cuarenta y cinco años".

Comprobó que nadie se había percatado de su presencia. Cada una de aquellas personas miraba su película, cautivada. Decidió hacer posición de su nuevo territorio. Respiró hondo. Miró aquella silla de época. No parecía ser muy confortable. Cerró los ojos. Mientras se inclinaba, deseó que fuese cómoda. Al caer, comprobó que había desaparecido. Al abrir los ojos se encontró encima de una burbuja transparente, con una pequeña luz azul en el centro. Fantástico; se acoplaba a su cuerpo. Junto con su entusiasmo, poco a poco, bajaba la luz. Todo quedó oscuro. Aquel vagón se había convertido en un cielo lleno de brillantes

estrellas. Se sintió una de ellas.

Era un regalo para sus sentidos aquella música tan melódica y dulce que nunca había oído. Una sensación de bienestar la invadía. Cerca de aquellas personas que no conocía —ni siquiera las veía en aquellos momentos—, se sentía conectada, no sabía a qué. Jamás había sentido nada igual

Se encendió su pantalla. El fondo era una mezcla naranja y rosa pastel. Las letras blancas, con mucha luz. Empezó a leer: “Tienes cuarenta y cinco años. A lo largo de estos años, has vivido muchas experiencias físicas y mentales. Son las que te han hecho subir a este tren mágico. Te encuentras en el vagón ‘La puerta de la luz’. Llegado a este punto, empiezas a vivir una nueva experiencia”. Pasaron las imágenes felices y dolorosas de su infancia, juventud y madurez. No lo podía creer.

Cerró los ojos. Escuchó a su intuición. Aquello no era ninguna broma. Lo que acababa de ver eran sus pensamientos más ocultos. Esos que jamás había confesado a nadie.

Había subido a un tren desconocido para ella. Abrió los ojos. Siguió leyendo: “Hace diez años empezaste a sentir dentro de ti la necesidad de un cambio. No sabías en qué consistía, pero tu energía te arrastraba. Comenzaste a leer libros de todo tipo, autores y religiones, intentando encontrar respuestas. Llegaste a la conclusión que todos decían lo mismo, Lo que buscas, está dentro de ti. No lo entendías, si estaba dentro de ti, ¿cómo no podías verlo? Al cabo de un tiempo, arrastrada por tu curiosidad, poco a poco ibas planteando preguntas cada vez más profundas.

Un día, sentada en un parque, mirando a un anciano, hallaste la respuesta. Tenías que trabajar desde dentro de ti, en una soledad absoluta, con todo tu dolor. Nadie podía ayudarte”.

Se apagó la pantalla.

No quiso razonar ni entender nada. Sólo relajarse, abrir su alma y esperar.

La total oscuridad y el silencio lo invadió todo. No podía ver nada, no podía controlar nada.

Empezó a sentir miedo. Estaba indefensa. Más tarde dudó sobre si había hecho bien.

Transcurrieron varias horas. Deseó marcharse. Tenía miedo de tropezar y caer o hacer daño a alguien. No se movió. Estaba furiosa; sus miedos le impedían hacer lo que deseaba, levantarse y salir de allí.

Horas después, entre tanto miedo y cavilación, consiguió hacerlo. Echó a correr, tropezó y cayó. Por suerte, su mesa seguía iluminada. Se sentó con la sensación que allí estaba segura si no se movía.

Volvió a relajarse. Esperó.

Empezaron nuevamente sus preguntas sin respuestas.

Al amanecer, deseó mirar cómo salía el sol. Al momento, su burbuja se deslizo delante del gran ventanal. Era un amanecer diferente en su vida. Al mirarlo, descubrió que ella formaba parte de esos colores.

Los rojizos, fuerza y pasión.

Los naranjas, creatividad y aventura.

Los lavanda, espiritualidad y esperanza.

Al despuntar el día, sintió que le quedaba algo por hacer. Era importante.

Empezaba una nueva jornada. Bajó de aquel tren decidida. Lo miró sabiendo que algún día volvería a subir a él.

En la estación se acercó a comprar el periódico. El quiosquero la saludó como si la conociese:

—Hola, Águeda. Has tardado en volver.

Su familiaridad la sorprendió; no lo conocía.

—Estuvieron unos periodistas en el pueblo preguntando por ti. Les dije que aquí no vivías; sólo pasaste el verano.

Ella le sonrió, desconcertada.

Se dirigió al pueblo sintiéndose en armonía pero confusa. Comprobó que sólo había siete casas de piedra, junto a un río que pasaba detrás de ellas. Se paró. Las observó. Detectó que una tenía la puerta entornada. Llamó. Nadie contestó. Entró. El gran salón con su chimenea encendida la hacía muy acogedora. Miró por la ventana. Naturaleza.

Aquella casa le resultaba familiar.

Decidió subir a la buhardilla. Era como una pequeña pequeña. Junto a la chimenea había un sillón. Frente a la ventana, una mesa con folios escritos y amontonados, carpetas, notas... Y un libro. Le llamó la atención su tapa. El mismo amanecer que la vislumbró ese mismo día. Su título, Donde me gué el corazón.

¡Ése era el libro que ella había empezado a escribir!

Se sentó. En la pantalla del ordenador había una nota escrita con su letra: "Deseo subirme a mi propio tren".

Descubrió en ese instante que había realizado un viaje mágico. Montó en el tren de la madurez, llevando como equipaje un deseo, su corazón abierto y valor. Ahora tenía las respuestas con las que podía transformar su vida, siguiendo los dictados de su corazón.

Aquella era su casa. Paseaba por los bosques. Compartía sus días con personas sencillas. Sus libros eran muy conocidos. Ella deseaba no serlo. Años atrás descubrió que tenía que hacer algo muy importante: escribir sus experiencias y compartirlas con la humanidad.



# Que difícil es ser guapa

*Fernando Alcalá*

En los tiempos que corren, ser guapa no es una bendición como todos creen. Es más, tía, yo creo que es algo así como una pesadilla, como si transformaran los Cuarenta Polifónicos en otra cosa, no sé, algo así como Dial Gregoriano. ¡El Canto Gregoriano está tan pasado...! Y yo se lo dije, claro que se lo dije. ¿Qué? ¿A quién? Pues eso, tía, que yo le dije al Grimm, ése que sabía que era guapa, pero que serlo no era tan bonito como parecía, aunque una, todo sea dicho, esté estupenda pese a su edad. Que ya van para ciento cuatro años. Y yo fui y se lo conté, porque yo soy muy mía para mis cosas y tengo que contarle todo; ya me conoces.

Entonces, resulta que cuando se lo conté, fue y me dijo que seguro que estaría estupenda para el papel, porque cumplía con todos los requisitos. Porque sí, mira, resulta que cuando yo nací, a mis padres les dio por invitar a toda la Peña del Palacio; que sí a las damas, que sí a los caballeros y a los condes y a las condesas y a todo el mundo, tía, que digo yo que menos mal que era un bebé porque si llego a ser un poco mayor, yo qué sé, a mí me hubiera dado algo, que aguantar a tanto vejistorio junto hubiera sido el muermazo del Reino y yo ya no estoy para esas historias, que he perdido mucho tiempo.

Y yo se lo conté. ¿Qué? ¿El qué? ¡Jo, tía! Mira que eres corta. ¡Pues mi historia, tía! ¡Mi historia! Lo de cuando invitaron a las hadas a mi bautizo y cada una me hizo un regalo. ¿A santo de qué te crees tú que yo soy tan guapa? A ver si te crees que no ha sido gracias a

Dermoestética, el hada rosa. A ver si te crees que esta nariz viene de serie, mona, que mi madre es la nieta de Piruja, que es famosa por su nariz. ¿Te imaginas? ¿Yo? ¿Con la nariz de mi madre? Ni loca, hija, ni loca. Antes muerta que con la nariz de mi madre.

Pues eso, lo que te iba contando: que le conté todo al Grimm ese, que es muy mono, tía, ¿te habías fijado? Resulta que Madonna, el hada azul, por lo visto me regaló una voz estupenda, y todo iba genial, según me ha contado mi madre, porque todas en el Reino envidiaban que le hubiera diseñado el tocado alguien como Florentino, el sastre de palacio, y todo lo de mi nacimiento era la comidilla del Reino pero, acércate tía, que no quiero que nos escuchan, eso, que, claro, siempre tiene que haber la típica envidiosa que te coge por banda y te amarga la vida, y tú ya sabes que aquí, en el Reino, somos todas de mucho parlotear y darle al pico, que nos gusta mucho criticar e inventarnos cosas, así que estaba claro que la fiesta no iba a salirle perfecta a mi madre. ¡Como para que le saliera! ¿No tienes un chicle? ¿Ni un cigarro? ¡Qué sosa eres, mona!

Bueno, pues nada; que resulta que mi madre no le había dicho a la del torreón izquierdo que yo había nacido. Que sí, tía, la del torreón izquierdo, la que se pone esos tocados tan horrosos y tan de la Alta, que estamos en la Baja Edad Media ya, ¿qué se creará ésa que se lleva? Que ya se nos pueden ver los tobillos y todo. Pues eso, a lo que iba; que mi madre no la invitó porque, oye, que yo entiendo que sea tu vecina y tal, pero es que seguro que iba a

acabar deslucándolo todo y, además, ella no invitó a mi madre cuando redecoró el torreón con los tapices de Bizancio, y eso no se perdona tan fácilmente, tía, que ni siquiera le dijo que los había encargado. ¿Tú te crees?

¡De Bizancio!

Ay, que me voy del tema.

Pues la muy zorra acabó presentándose en mi bautizo y todo. Así, como lo oyes. Y la guarra fue y me maldijo, con todas las letras. Me-mal-di-jo. ¡A mí! Que acababa de nacer y que no le había hecho nada. Claro, que mi madre, ¡ay, mi madre!, mi madre se levantó del trono y le dijo que lo retirara. Que eso no se lo decía ni ella ni nadie a su hija. Porque es que mi madre..., mi madre es muy suya con las maldiciones, que ya sabes que tuvo que aguantar lo de su nariz desde incluso antes de nacer. Y también lo de la manzana envenenada. Y la otra, dale que dale, que ella no retiraba la maldición.

¿Qué? ¿Que qué maldición era? Pues morirme, hija, morirme. ¿Tú te crees? A los dieciséis encima, sin haber podido entrar nunca en un salón de baile ni nada. Total, que la muy guarra dijo que no la retiraba y se fue. Así, sin decir adiós ni nada. Es que las hay que son malas hasta para eso.

Menos mal que había por ahí un hada un poco hortera, a la que no le habían hecho mucho caso, y cambió un poco la maldición. Pero sólo un poco, ¿eh? A ver si te vas a creer que una tía tan hortera iba a solucionarme la vida.

¡Que por lo visto llevaba todavía traje de lino!

¡De lino! O sea, mira, yo no es que tenga algo en contra del lino, pero, ¿de lino? Si eso era lo que llevaba mi abuela, por favor; ¡lino! Que estamos en la Baja, ¿es que no van a enterarse nunca? El caso es que el hada del lino dijo que en vez de morirme, me dormiría unos cuantos años. Cien, para ser exactos. ¡Hala! ¡Chúpate ésa, tía! ¡Cien añitos del ala! Que digo yo que podría haber dicho, yo qué sé, por decir un número, pues tres, o cuatro o cinco años, o hasta que llegara a los veinte. Pero no, la muy

tonta tuvo que decir cien, como si en la Baja tuviéramos una esperanza de vida mayor que los treinta. Si es que las hay que son bobas.

Y me dormí; vamos, que si me dormí, tía; pero con los ojos cerrados y todo, sin enterarme de nada. Resulta que un día estaba yo por el palacio más ancha que pancha, mirando los trapitos que se había comprado una de mis damas, porque, mira, yo sé que Areúsa es un poco así..., así como guarrilla. Que sí, que sí, que tú ya sabes que a mí eso de criticar no me gusta nada, pero es que tenía que decírtelo, hija, tenía que decírtelo; que es muy mala influencia para ti, que no te conviene, que va a la capilla sin llevar toca ni nada, como si fuera del pueblo llano; pero, eso sí: dice mi madre que le traen las telas directamente de Irás y No Volverás. Fíjate tú: yo, que soy la princesa, tengo que conformarme con los que me hace Florentino, y ella, la muy guarra, se los trae importados. Claro, así es normal que me pinchara. Que serán muy finos los vestidos y todo lo que tú quieras, pero traían más alfileres que espinas tiene una sardina.

¡Ah! ¿Que no lo sabes? La sardina es el pecado de moda desde que don Carnaval dejó a doña Cuaresma. ¿Que no te has enterado? Pero, ¿tú dónde vives, hija? Pues resulta que, el otro día, se encontró mi madre con doña Cuaresma, a la salida del refectorio, y se lo contó. La había dejado por la del zapatito de cristal. Sí, tía, la que empezó limpiando escaleras y luego mira cómo terminó. Porque, es lo que yo digo, algo tiene que haber hecho para acabar de amante de don Carnaval; que el palacio es muy pequeño y aquí nos conocemos todos. ¿Y esos zapatos? Esos zapatos no los venden ni en Siete Leguas. ¿Que no has ido? Siete Leguas, mujer, la zapatería de la calle mayor del Reino. Si es que estás que no te enteras.

Pues nada, lo que te estaba contando: que me das conversación y me voy del tema. Estaba yo en los aposentos de Areúsa, cogí una fábrica de algodón, que era monísima y me pinché. Que no, que no, que no fue con el huso de una rueca; que eso luego se lo ha inventado el Grimm para darle emoción a la cosa después de que yo le diera la exclusiva.

Fue con el alfiler de una fábrica de algodón, pero eso que quede entre nosotras dos, ¿eh? Que yo tengo una reputación que mantener, ya sabes. Que soy la princesa. A ver si alguien se va a enterar de que estaba enredando con telitas de la plebe y se va a liar la cosa. Que una es la princesa y no lleva algodón, aunque sea precioso de la muerte. Porque es que era más bonito, tía...

De lo demás, no me acuerdo mucho. Por lo visto, sí que estuve durmiendo cien años. Pero conservo el cutis estupendo, oye; le he comprado a la bruja del pueblo un ungüento de baba de caracol y semilla de enebro que va estupendamente. ¡Toca! ¡Toca! ¿A que está terso y suave como el cuello de un cisne? Si es que ya te lo digo yo, que lo que tiene esa bruja es estupendo. ¿Qué? ¿Que cómo desperté? Si yo pensé que ya te lo habrías imaginado...

Pues con mi Yónatan, hija, con mi Yónatan. Resulta que mi Yónatan estaba un día de caza por el bosque al lado del palacio y vio la torre más alta del castillo. Y mira que ya sabes que a mí esto de criticar no me gusta, pero es que mi Yónatan se cree que es como el Juan Sin Miedo ese del Juglar Quincenal, y le dio por meterse dentro del bosque con el caballo y todo, y así fue como llegó a la torre más alta del castillo más alto de la región, que es el mío, tía, claro. ¿Qué esperabas? ¿Que fuera el de la idiota del zapatito, la de don Carnaval? Ya le gustaría a ésa tener mi castillo, ya le gustaría...

Y nada, tía, que mi Yónatan me vio ahí dormida, y no pudo evitarlo, que mi Yónatan es muy macho y si te ve desprevenida..., jay, lo que pasa cuando te ve desprevenida! Y el caso es que me besó y ahí fue cuando me desperté.

Le pegué un poco, pero es que, hija, una tiene un despertar muy malo, y encima había estado durmiendo cien años; ¿cómo no iba a tenerlo? Pero luego me calmé y ya te sabes el resto de la historia, que ya sabes que tampoco había mucho donde elegir, que todos los hombres casaderos del Reino ya estaban ocupados y una es la princesa y tiene que dar ejemplo. Además, que mi Yónatan es mi Yónatan y a ver quién

se atreve a decir lo contrario, que él es muy macho y muy buen príncipe y me deja hacer todo lo que yo quiera; incluso comer perdices, aunque él les tenga alergia. Oye, ¿y de verdad que no tienes un chicle? ¿Ni un cigarro? ¿No? ¡Pues mira que eres sosa, hija!



# Animales del Año 3000

Manuela

## **Asper (asno-perro):**

Animal vertebrado, con la piel recubierta de pelo corto. Su cabeza es enorme con respecto a su cuerpo. Posee grandes orejas. Su tamaño es de un metro y medio aproximadamente. Tiene un rabo corto de unos seis centímetros. Se usa como animal de compañía y como animal de carga. Es terrestre y se desplaza mediante cuatro patas. Animal omnívoro y vivíparo. Amamanta a sus crías durante unos diez meses. Habita las tierras llanas de Extremadura.

## **Golontor (golondrina-tortuga):**

Animal vertebrado, con la piel recubierta por un caparazón. Sus extremidades aparecen cubiertas de plumas de un tono azulado. Posee un pico pequeño. Se desplaza mediante dos alas y dos patas. Tiene un tamaño de unos treinta centímetros. Respira por branquias cuando es pequeño, tras una metamorfosis se convierte en adulto y pasa a respirar por pulmones. Nacen de huevos que sus madres entierran en la arena próxima a ríos y pantanos. Viven en zonas húmedas. Se alimentan de insectos y peces pequeños.

## **Tiburonlu (tiburón-lucía):**

Animal vertebrado de tamaño considerable. Su piel está recubierta de escamas y presenta manchas de un tono marrón oscuro. Sus extremidades son aletas que le sirven para desplazarse. Respira por branquias. Se alimentan de plancton y peces pequeños. Viven en agua salada. Su reproducción es ovípara. Para defenderse secretan una sustancia parecida a la tinta que ciega momentáneamente al enemigo.

## **Rala (rana-lagarto):**

Animal vertebrado perteneciente al grupo de los anfibios. Su piel es desnuda de color verde y amarillo. Sus ojos son prominentes, situados a ambos lados de la cabeza, sin párpados. Tienen un tamaño de unos cincuenta centímetros. Cuando nacen, viven en el agua y se llaman relagajos. Sufren una metamorfosis, transformándose en adultos llamados ralas y

pasando a vivir en tierra. Los relagajos respiran por branquias y las ralas por pulmones. Nacen de huevos que ponen en el agua. Los relagajos se mueven con una aleta y las ralas con cuatro patas. Se alimentan de insectos. Suelen dormir durante las horas de sol, saliendo a la caída de la tarde. Podemos encontrarlos en las proximidades de grandes ríos de zonas tropicales.

## **Almeten (almeja-tenedor):**

Animal invertebrado de la familia de los moluscos. Su cuerpo es blando, recubierto por una concha de la que sale hacia arriba una prominencia en forma de tenedor que le sirve para sujetarse a las rocas. Suelen mantener simbiosis con otros animales marinos. Se alimentan de plancton. Su tamaño nunca supera los tres centímetros.

## **Hombrav (hombre-avión):**

Mezcla de animal y robot. Su tamaño no suele superar los dos metros. Posee cabeza, con dos ojos situados frontalmente, tronco y cuatro extremidades; las dos inferiores las usa para desplazarse por la tierra en bipedestación; las superiores tienen forma de alas y las utiliza para desplazarse por el aire. Bajo las alas tiene colocado unos chips programables. Podría decirse que se trata de un GPS que lo orienta a la hora de volar. Su piel está recubierta de un fino vello. Respira por pulmones. Su reproducción es vivípara. Su alimentación es herbívora, para lo cual dispone de dientes cortantes y grandes muelas para triturar la hierba. Una peculiaridad de este animal es su capacidad de socialización. Presenta sentimientos difíciles de definir. Si sus conexiones fallan, un líquido transparente parecido al agua fluye a través de sus ojos; esto puede controlarse reprogramando su chip. Viven en todas las zonas de la tierra.

# Tu Madre ha Muerto

Laura Quijano Vincenzi

Cuando mi madre falleció, yo realizaba un extenso y emocionante reportaje sobre las nuevas construcciones en la superficie de Marte, el primero realmente importante que se me asignaba y por el que había luchado gran parte de mi carrera. Recuerdo que recibí la nota muy escueta de parte del jefe de ella: "Tu madre ha muerto". Me sentí irritado. Aunque no aclaraba la razón, supuse que la causa estaría en los insensatos experimentos del maldito laboratorio al que había dedicado su existencia. "Nos hemos hecho cargo del funeral", añadía. Les envié un correo tan escueto como su nota: "Gracias. Iré en cuanto pueda", y me desentendí del asunto.

Terminé mi reportaje dos semanas después, y aún me quedé una semana más para afinar detalles de producción. Arribé a la Tierra apenas consciente de mi entorno, entregué mi trabajo, que fue aprobado de inmediato, y esa noche me refugié en un bar bullicioso, repleto de personas deseosas de olvidar penas y obligaciones y jugar con el arte de la seducción mientras se sumergían en alcohol o alguna droga de moda.

No me había dado cuenta entonces de lo culpable que me sentía hasta que la vi. Sólo llevaba un par de cervezas, así que no me sentía ni medianamente alcoholizado, pero al verla me deshice de amargura.

Joven, hermosa. Largos cabellos castaños, ojos grandes de mirada penetrante. Rasgos finos, silueta perfecta. Y una sonrisa...

—Me miras como si me conocieras —me dijo.

Me sorprendió. En un momento estaba en el bar, al siguiente frente a mí. Se llamaba Carla del Valle y tenía una voz deliciosa, que me hacía estremecer cuando la escuchaba.

—No te ofendas —le dije sin ganas, sintiéndome aún culpable—, pero te pareces mucho a mi madre. Tanto, que casi juraría que eres ella.

—¿Te sientes triste? —me preguntó entonces con una expresión comprensiva— Vamos, por un trago que te tomes conmigo no te irá peor.

No sé cómo lo hizo o por qué lo hice yo. Tal vez intentaba alcanzar a mi madre después de tantos años de ignorarla, o tal vez porque Carla misma me atraía poderosamente. Lo cierto es que esa noche me dejé envolver por su encanto. Cuando volví a considerarlo, me había involucrado en una febril y pasional relación que se prolongó más de lo que habría imaginado. Me desesperaba que se pareciera tanto a mi madre (¡hasta olía como ella!), a la vez me sentía morbosamente cómodo entre sus brazos. Y en el fondo de mi conciencia, un demonio me recordaba que no había ido al laboratorio a recoger siquiera sus cosas o preguntar por qué había partido.

Intentando desterrar la idea de que estaba con mi madre, indagué en la vida de mi nueva amante. Era demoledoramente normal. "Fui adoptada al nacer por una pareja que me amó como a una hija", me dijo tranquilamente. "Murieron ambos hace años en un accidente y desde entonces vivo sola". Era dependiente en

una tienda, pero estudiaba ciencia en la universidad. "Seré investigadora física", me dijo con orgullo, con una determinación muy propia de mi madre. E igual que ésta, científica.

Mi vida se trastocaba. La deseaba y a la vez la repelía, pero no me apartaba de su lado. Y un día, el doctor Robedán, colega de mi madre, me llamó.

Carla estaba indignada.

—¿Dices que tu madre murió hace casi dos meses y no has ido a recoger sus cosas y ni siquiera sabes de qué falleció? ¡Podrías al menos visitar su tumba!

—Iré. Pero no te prometo volver, entonces.

Ella me miró con sus ojos profundos.

—Si te sigo recordando a tu madre. Tal vez sea mejor que no vuelvas.

La dejé, sintiéndome extraño, como si fuese yo quien abandonaba a mi madre y no ella a mí, como había sucedido antaño.

El doctor Robedán había trabajado más de treinta años con mi madre. Era un hombre viejo, flaco, enteco, de hablar preciso. Me entregó un maletín con los efectos personales de ella y esperó a que yo hablara.

No sabía qué decir. Era dolorosamente consciente de su partida y a la vez, no podía sacar a Carla de mi mente.

—¿De qué murió? —me escuché decir de pronto, como si fuese otra persona.

—Un infarto —contestó Robedán—. Recuerda que tu madre padecía...

No oí el largo discurso técnico que siguió sobre la rara enfermedad degenerativa de mi madre, que ella misma había detenido exitosamente hacía veinticinco años, pero que a la postre la había guiado hacia la insuficiencia cardíaca.

—No clonaríamos a tu madre de nuevo para detener la amenaza del corazón —dijo enton-

ces Robedán.

—¿Clonar? ¿De nuevo? —Mi demonio me dijo que su respuesta sería aturdidora.

—Tu madre y yo trabajamos en la clonación humana por décadas —me explicó Robedán frunciendo el ceño—. De hecho, fue pionera en la aplicación de la clonación para la fabricación de medicamentos y la elaboración de técnicas curativas especiales. Hace veinticinco años logramos cinco clones perfectos de ella, pero cuatro murieron víctimas de la misma enfermedad que padecía. El quinto, en cambio, nos proporcionó las células madre que requeríamos para curar a tu madre y a otros como ella. Por eso pudo vivir tanto tiempo. ¿Qué te pasa? ¡Estás pálido, Jorge!

—El clon superviviente... —dije. Me senté. No podía sostenerme—. ¿Qué pasó con él?

—Fue dada en adopción —me contestó el científico, mirándome extraño—. A unos señores del Valle, creo; o algo así. Me parece que tuvo una vida agradable, al menos hasta que ellos murieron hace unos años.

No quise escuchar más. No lo necesitaba. Me fui a Marte y tan sólo le envié un escueto mensaje a Carla: "No puedo volver contigo". No más. Intensamente esperaba que me comprendiera... o al menos que me perdonara, pero no podía regresar a su lado.

Tras casi un año de silencio, en el que viví a medias, como un autómatas, atormentado por la separación y su recuerdo, sin atreverme a visitar la tumba de mi madre ni a estar en contacto con nada que la hubiese tocado, recibí un mensaje de Carla:

*"Tuve a tu bebé hace tres semanas. Es un varoncito hermoso. Está sano y yo estoy bien. Se parece tanto a ti que asusta. Tu madre ha muerto, Jorge. ¿No puedes dejarla atrás? Aún te espero".*

Me quedé de una pieza.

Es repulsivo. Enfermo.

Pero mañana me marcho a la Tierra otra vez.

# BCNEGRA 2007, Encuentro de Novela Negra

*José Antonio Espelt. Asociación Brigada 21.*

La tercera edición de BCNegra tenía motivos para ser especial. Primero, se premiaba a un autor, Henning Mankell que comparte con Manuel Vázquez Montalbán, la utilización de la novela negra para realizar una crítica de la sociedad.

El segundo motivo era la confirmación en el panorama europeo de un encuentro que poco a poco se ha ido afianzando en las mentes de todos los aficionados al género negro y policíaco. Autores de todas las nacionalidades y con visiones totalmente diferentes se acercaron a una Barcelona que mirando al mar, recibía encantada a todos los visitantes en una fiesta, en este caso literaria y que difiere de mucho de las que se producen en la ciudad. Mediáticamente todos, absolutamente todos se volcaron en el evento y era muy difícil no enterarse de que algo misterioso pasaba en la ciudad. La prensa diaria, la radio e incluso la televisión se hicieron ecos del evento, y como nunca antes había ocurrido se informó con detalles de todo lo que acontecía.

El pistoletazo de salida se dio con una exposición de los detectives famosos a lo largo de la historia, desde nuestro Carvalho hasta Sherlock Holmes, el acto se celebró en la Biblioteca Jaume Fuster.

El Lunes 5 de Febrero, la Sede de la Guardia Urbana se transformaba en una especie de plató televisivo. Allí se iba a llevar a cabo un simulacro de una actuación global de asesinato u homicidio. En pocas palabras, se intentaría realizar un CSI real.

Un cadáver aparecía con un cuchillo clavado

en la espalda. De pronto en la escena del crimen aparecía la secretaria. Acto seguido la citada persona realizaba una llamada notificando la situación. A partir de ese momento, la recepción de la misma, se pone todo el dispositivo en marcha. Guardia Urbana, Mossos d'Esquadra, búsqueda de pruebas por parte de la policía científica y naturalmente el Juez, encargado de que todo se lleve a buen recaudo, y no se pueda caer en errores que dificulten la solución del caso.

Posteriormente, después de haberse limpiado la escena, los asistentes pudimos realizar las preguntas a los encargados de participar en la simulación. Un juez, el responsable de la policía científica de los Mossos, una periodista de sucesos y el forense.

El Martes 6 de Febrero, se otorgaba en el Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona el Premio Pepe Carvalho en su segunda edición, al escritor Henning Mankell. El citado lugar quedó abarrotado de todas las personas que se quisieron acercar para comprobar que la novela negra, no es un género menor dentro de la literatura y que ejerce una fuerte afluencia de público cuando este lo requiere.

En primer lugar la editora de Mankell en España, explicó de como se aventuro a publicar las obras del autor en nuestro país, con un cierto riesgo, pero que a la larga y debido al favor del público han conseguido que su obra sea un punto de referencia en la línea de edición de Tusquets. Siguió el Comisario de BCNegra, Paco Camarasa, que con un discurso sentido se encargó de valorar la figura del escritor premiado, y sus constantes reivindicaciones.

Naturalmente invitó al Inspector Wallander, a que disfrute de unas vacaciones, recorriendo las calles de Barcelona, junto a Pepe Calvalho y Ricardo Méndez (Inspector del premiado Francisco González Ledesma).

Daniel Vázquez Salles, se encargó de leer el Acta del Premio, y posteriormente se hizo entrega del mismo. Henning Mankell agradeció el mismo, y sobre todo la oportunidad de volver a una ciudad que le encanta por su visión que tiene de la vida, y que homenajea en su última novela "El Cerebro de Kennedy".

Para acabar, el Regidor de Cultura agradeció la asistencia al público presente y recordó que la literatura negra, siempre ha estado ligada a Barcelona. Dando a entender a las personas asistentes que este certamen tiene un fuerte motivo para su continuidad.

Al día siguiente, y con un tiempo un tanto inestable, se inició la primera mesa de escritores. "Periféricos, escribir desde fuera de Barcelona o Madrid", los asistentes fueron: David López, Eugenio Fuentes, Alejandro Gallo y Juan Bolea, este último ejerció de moderador.

Naturalmente esta reunión, funcionó sola debido a que recientemente se había producido el caso reciente del Crimen de Fago, una rivalidad personal durante años que fue el detonante de todo.

Todos estuvieron de acuerdo que los asesinatos producidos en zonas rurales son más atroces y primitivos. También se dio a entender a los presentes, que los crímenes tienen un tope de investigación, y que hasta allí se puede llegar, cosa que complica mucho los casos, cuando traspasan fortunas y sobre todo política.

Acabado el acto, prácticamente todo el público asistente se acercó al Teatro Romea, donde se celebraba una lectura de la novela "La Quinta Mujer" del autor premiado, y que significaba el acercamiento definitivo con sus lectores y el público de Barcelona.

Después se realizó una pequeña sesión de preguntas, dirigidas exclusivamente a Henning Mankell, relacionada principalmente con sus proyectos, sus aficiones y naturalmente sobre su visión actual del mundo en que vivimos.

Sacó su lado más humano y no dudó en sincerarse con la gente, y emocionado relataba sus encuentros con su continente de adopción, África.

Posteriormente, se realizó una sesión de firmas informal, para que todo el público asistente se acercara al escritor.

La jornada acabó con la cifra idílica de 750 personas, que eligieron acercarse al Teatro obviando a los programas rosas que devoran la televisión, palabras de Mankell.

El Jueves, esperaba un día agotador. En primer lugar una mesa congregada de escritoras y que respondían a una pregunta muy concreta "¿Existe una mirada femenina en la literatura negra y criminal europea?", asistieron las escritoras Alicia Jiménez Barlett, Magdalen Nabb, Saskia Noort, Teresa Solana y Cristina Fallarás, esta última como moderadora. El resultado naturalmente de esperar, se fijó mucho en aspectos sociales, en que una mujer utiliza el crimen de una forma diferente, muchas veces no siendo el eje principal de la novela. Algunas de las escritoras explicaron anécdotas que sirvieron para poner el toque de humor negro, debido a la escasez de tiempo, se quedaron algunas preguntas en el aire.

El escritor argelino Yasmina Khadra, fue el siguiente en ponerse detrás de la mesa para ampliarnos su visión de su experiencia actual. Se colgó el cartel de completo, y es que muchas veces escribir bien, no es solo la manera de congregarse a la gente, demostrado está que carisma no le falta a este ser humano lleno de sensaciones.

Todas las preguntas fueron contestadas con una educación y atención excelente, el escritor jugaba en casa y ante su público, y sabía que no se encontraría con algunas preguntas irreverentes que tuvo que contestar, principalmente relacionadas con el mundo musulmán. Con cierta tristeza y emotividad, explicó que no tiene el reconocimiento de sus compañeros, y que tan solo puede compartir charlas con unos pocos. Reincidió varias veces en las acusaciones que ha tenido que soportar con su última novela debido a que existen ciertas personas que opinan tan solo por el hecho de que provengas de un país con conflictos políticos y religiosos.

Aunque las horas se acumulaban ya en el cuerpo, y después de quedar la sala, un poco más aireada para los asistentes, esta tercera mesa nos entregaba un auténtico regalo de sabiduría. Bajo el título de "La ciencia como detective", el científico Jorge Wagensberg, nos demostró cómo la tarea forense va unida directamente con su campo. La presentación mediante diapositivas nos mostraba fósiles y las posibles causas que determinaban su muerte. Una simple huella o rastro nos puede dar la solución del caso.

Como anécdota, explicar que cuando ya se terminó las explicaciones del profesor, un autor totalmente desconocido hasta ese momento realizó una pregunta bastante desconcertante, posteriormente se ha comprobado que dicha persona se llama Enrique Moriel, y que aseguraba que la trama de su próxima novela no caerá en posibles errores.

El Viernes, tras el maratón del día anterior nos traía a una auténtica joya de la novela europea, Maj Sjowall, que junto a su marido Peter Wahloo dieron vida al inspector Martin Beck, referencia obligada para los lectores y autores de novela negra.

Junto a la escritora, Andreu Martín, Francisco González Ledesma y Paco Camarasa, se encargaron de que se encontrará cómoda entre todos los asistentes, recordará a su marido emocionándose, y sobre todo de su paso por la España franquista.

Interesante fue la explicación del método de trabajo para crear las novelas, uno escribía de día y el otro repasaba de noche y viceversa. Habló de sus proyectos y agradeció al público su asistencia.

A continuación y moderada por el escritor Raúl Argemí, se nos presentó la mesa de los escritores noveles y sus primeras propuestas. Peter James, Jean Pierre Koffel, Domingo Villar y José Luis Serrano, plantearon su punto de vista particular con relación a lo que pretenden evocar en sus novelas. El autor inglés supo vender tan bien su novela, que causaría un pequeño revuelo entre los lectores. Jean Pierre Koffel con su excelente verborrea y gesticulando excesivamente todas sus explicaciones, demostró que es un orador de primera. Domingo Villar, un recién llegado y un

recién aclamado, sorprendido todavía por la gran acogida de su primera novela, explicó que esta se debe primordialmente a su amor por el género negro, y que es natural que si te gustan los autores que escriben novela policiaca, escribas sobre eso. Después, el profesor José Luis Serrano ejerció su magnetismo para embelesar a algún que otro lector, y clasificó con absoluta maestría, algunas dudas que resultan imprevistas cuando realizamos una lectura negrocriminal.

El sábado, último día.... cansados pero emocionados.

A la misma hora y debido a la agenda tan apretada, se repartieron dos mesas. En la Barceloneta, dos escritores italianos, Giorgio Todde y Gerry Palazzotto se encargaron con algún que otro problema, de ofrecernos una visión actual de la novela italiana.

En Bonnemaison, Albert Vilaró y Celil Oker, ofrecían una imagen de la literatura negra llevada a dos países que no guardan una relativa tradición, Andorra y Turquía.

Pero quedaba algo importante por venir todavía. Un final de fiesta como todo evento que se precie necesita: El encuentro informal de autores y lectores en la librería Negra y Criminal, como grandes anfitriones Montse Clave y Paco Camarasa, se encargaron de dar la bienvenida a las mas de 300 personas que quisieron acercarse para disfrutar de pequeñas tertulias, y la consiguiente sesión de firmas con los autores que habían participado durante la semana.

Sobre las tres de la tarde, se empezó a cerrar el telón de BCNegra 2007, la gente iba desapareciendo de la calle con una gran sonrisa, el éxito había sido rotundo y la edición de 2008 estaba más cerca.



# Silencio

*Primer caso de Martina de Santos por Juan Bolea.*

-¿Es éste el departamento de crímenes?

Quien había formulado aquella pregunta era una mujer mayor, ataviada con un cárdigan pasado de moda, una falda de lana y un sombrero. La subinspectora Martina de Santo la miró durante unos segundos, pero en seguida volvió a desviar su atención hacia los papeles que estaba consultando.

La viejecita insistió:

-Si ésta no es la sala de crímenes, ¿alguien podría decirme qué tengo que hacer, o adónde debo dirigirme, para denunciar uno?

Esta vez, Martina de Santo alzó la cabeza y la observó con más detenimiento. La señora permanecía junto a la puerta, pero su actitud era decidida, y no parecía intimidada por los uniformes que pasaban a su espalda ni por el trajín de la comisaría, que hervía de actividad a esa hora de la mañana.

-¡Agentes! -exclamó la vieja dirigiéndose a Martina y a otros dos investigadores de la sección de Homicidios, quienes trabajaban en sus mesas, ocupados con sus respectivos asuntos-. ¿Quieren atenderme o deberé dirigirme a los periódicos, en demanda de atención?

Martina de Santo decidió dirigir una amistosa seña a aquella aguerrida ciudadana.

-Dudo que los periódicos vayan a solucionar sus problemas, señora, y no sé si nosotros seremos capaces de hacerlo, pero pase y siéntese.

Pálida y rígida, la mujer ocupó una silla enfrente de ella.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó la subinspectora.

-Úrsula Ortiz de Camposoto.

-¿Cuál es el motivo de su presencia aquí, señora Ortiz de...?

-De Camposoto. De los Camposoto de toda la vida. Como le adelantaba, vengo a denunciar una muerte.

Martina se recostó en su butaca y se abrió la americana. La funda de su pistola destacó sobre su camisa de seda blanca.

-Soy la subinspectora De Santo. Exponga los hechos, si es tan amable.

-Todo sucedió anoche, a eso de las diez -empezó a relatar la anciana, con ímpetu; pero sus manos temblaban sobre su descolorida falda, demasiado calurosa para la primavera de Bolscan-. Mis vecinos, los Ponce, comenzaron a discutir a la hora de la cena. No me extrañó, pues lo hacen con harta frecuencia. A diario, prácticamente, y siempre a la misma hora, al caer la noche. Nuestros pisos son contiguos y las paredes, de papel. ¡Todo se oye, aunque una no quiera!

-¿Dónde vive usted, señora Ortiz?

-Resido en el tercero A del número 22 de la calle Virgen de la Alegría, cerca del parque. Ellos, los Ponce, en el tercero B. En nuestra planta todavía hay otro apartamento, el C,

pero queda al otro extremo del mío y no puedo oír lo que su inquilino hace. En el C vive un hombre pulcro, soltero, un profesor, creo, que no da ningún problema. Los Ponce, en cambio, sí.

-Entiendo -aseguró Martina, tomando notas con su pluma de plata; inquirió, con un deje de ironía:-

¿Cuál de estas personas, según usted, ha sido asesinada?

-La señora Ponce -repuso, sin vacilación, Úrsula Ortiz de Camposoto; y añadió, con rotundidad:- Su marido, Rómulo Ponce, la mató ayer, entre las once y las doce de la noche.

Martina enarcó las cejas.

-¿Dispone de alguna prueba para sostener su acusación?

-Una, al menos, que considero irrefutable: el silencio.

Martina sonrió, cortésmente.

-¿Le parece ésa una prueba material?

-Dada mi experiencia, lo es. Como le decía, subinspectora, todas las noches el matrimonio Ponce protagoniza una violenta discusión a la hora de la cena. Primero son sus voces, subidas de tono; después, los gritos y algún plato roto, u objetos que se rompen en el calor de la disputa. Finalmente se apaciguan, se meten en la cama y hacen... eso.

-¿El qué?

-Lo que suelen hacer marido y mujer -repuso la anciana, ruborizándose.

-¿El amor, quiere usted decir?

-Sí, eso.

-¿Cómo lo sabe?

-Porque les oigo. Son como... animales en celo. En especial, el marido, Rómulo. Ruge y brama como un toro. Y ella también grita, cuando le sobreviene... eso.

-Entiendo -dijo Martina, sonriente.

La denunciante la contempló con severidad.

-No, subinspectora, no me entiende. Lo que pretendo comunicarle es que esa pareja experimenta un cierto placer en atormentarse, y un cierto tormento en el placer.

-Le sorprendería comprobar a cuántos matrimonios puede aplicarse esa norma.

-Ya lo imagino -supuso Úrsula Ortiz-. Pero existe una diferencia: siguen vivos. Ella, María Ponce, no. Anoche dejé de escucharla minutos antes de las once, después de que profiriera una serie de amenazas y voces de socorro. Al otro lado de la pared se oyó un grito ahogado, y algo así como el peso de un cuerpo al caer al suelo. Después, Rómulo paseó por el piso como una fiera enjaulada. A eso de las tres de la madrugada se tumbó en la cama -lo sé porque crujieron los muelles- y debió quedarse dormido. Yo, como usted supondrá, no pude pegar ojo. A las siete de la mañana, Rómulo Ponce se despertó y conectó un ruidoso aparato, un taladrador o una sierra mecánica. Estuvo empleándolo más de una hora, hasta que el piso quedó en silencio. ¡Un silencio en el que ella, su desdichada esposa, ya no tenía cabida, pues estaba muerta!

-¿Por qué está tan segura? ¿Hizo alguna comprobación?

-¡Por supuesto! Me temblaban las piernas, pero salí al rellano y llamé al apartamento B. Rómulo Ponce tardó en abrirme. Estaba a medio vestir, con el pantalón del pijama y una chaqueta encima. Lo más delator era su rostro. ¡Llevaba el crimen grabado en la cara! Me quejé del ruido. Intenté despistarme diciéndome que estaba colocando una estantería, pero no lo logró. ¡No se engaña tan fácilmente a una Camposoto!

-¿De los Camposoto de toda la vida? -ironizó Carrasco, otro de los agentes, que había oído la conversación.

Martina lo fulminó con la mirada. Humillada, la denunciante había bajado la cabeza, y se miraba las sarmentosas manos, cuajadas de joyas baratas. Eran las doce del mediodía. En las calles de Bolscan debía seguir brillando un sol tierno, primaveril, pero sus rayos no iluminaban la sala de Homicidios, pues carecía de

ventanas. La subinspectora sintió necesidad de respirar un poco de aire fresco.

-Puedo acompañarla hasta su casa. Echaré un vistazo al piso de sus vecinos.

Los ojos de la anciana brillaron de excitación. Martina la precedió hasta la salida. Úrsula Ortiz caminaba despacio; tenía los tobillos hinchados, y la noche en vela parecía haberla envarado. La subinspectora la invitó a subir a su coche. Un cuarto de hora después, aparcaban en la calle Virgen de la Alegría. El número 22 carecía de ascensor. Subieron con lentitud hasta la tercera planta y entraron al domicilio de la denunciante. Era un piso pequeño y angosto, pero bien iluminado; la luz natural entraba a raudales por las ventanas. Úrsula invitó a la subinspectora a pasar a su dormitorio. Desde allí, le explicó, lo había oído todo: las voces, los gritos, los jadeos, el silencio y, después, el culpable deambular del asesino en trance de ocultar su crimen...

-No se oye nada -observó Martina-. No debe de haber nadie.

-No se fíe. Juraría que ese individuo sigue ahí dentro.

La subinspectora salió del piso y llamó al timbre de la puerta contigua. De inmediato le abrió una mujer joven, no muy alta, bastante atractiva, con grandes ojos de color pizarra y una mata de cabello oscuro cayéndole sobre una camisa vaquera.

-¿Señora Ponce?

-¿Sí?

-Disculpe las molestias. Represento a la enciclopedia Historia y Mundo. Si dispone de unos minutos, me gustaría exponerle las ventajas de nuestra última oferta editorial. Puedo asegurarle que las condiciones de suscripción son muy ventajosas.

-No me interesa, lo siento.

-Le remitiré información, por correo ordinario. Tal vez entonces cambie de opinión.

-No lo creo. Buenos días.

La puerta del apartamento B se cerró. La subinspectora bajó las escaleras, salió del portal y caminó unos metros por la calle. Desde la acera de enfrente, observó la planta tercera del número 22. Las ventanas correspondientes al piso de Úrsula Ortiz estaban abiertas. Las de los Ponce, sin embargo, permanecían cerradas. Martina agradeció el fresco sople de aire primaveral que flotaba desde un parque cercano, hasta que el portal volvió a abrirse y María Ponce salió a la calle. Se había puesto un vestido estampado, y recogido su melena en una cola de caballo. Miró a ambos lados, como para asegurarse de que nadie la observaba, y rompió a caminar a paso vivo en dirección contraria al chaflán que protegía a Martina de su visión. La subinspectora la siguió hasta una parada de autobús. María Ponce subió al primero que se detuvo y desapareció entre los pasajeros. Martina regresó al número 22, subió al tercero y volvió a llamar a la puerta de Los Ponce. Nadie contestó. En cambio, se abrió la puerta de Úrsula. La anciana asomó al rellano su ávido rostro.

-¿Y bien? ¿Qué ha podido averiguar?

-Que sus fundamentos eran erróneos. La señora Ponce sigue gozando de buena salud.

-¡Eso es lo que usted se cree!

-Es lo que he visto, simplemente.

-¿Vio a María Ponce?

Martina asintió.

-Describámela.

La subinspectora lo hizo. Úrsula quiso saber cómo eran sus ojos, su pelo, su boca. La descripción coincidía, pero no por eso la anciana se dio por vencida.

-¡Una suplantadora, eso es lo que vio!

-Haga el favor de bajar la voz -rogó Martina-. Sus vecinos pueden oírlo, y no les hará gracia enterarse de que les acusa de un crimen.

-¡El marido contrató a alguien para que se hiciera pasar por ella, mientras iba a enterrar a su verdadera mujer!

Martina de Santo decidió que no tenía nada más que hacer allí. Le entregó a la anciana una tarjeta con sus números de teléfono y regresó a comisaría.

Durante la tarde, la subinspectora se ocupó de otros asuntos. A las nueve salió a tomar un bocado, pues tenía guardia. La sección de Homicidios quedó vacía a partir de las diez y media. Martina siguió trabajando en un par de casos atrasados hasta que, a media-noche, sonó el teléfono.

-¿Subinspectora? Soy Úrsula Ortiz de Camposoto. ¿Recuerda lo que le dije acerca del silencio en el piso B? Pues bien, eso es lo que está sucediendo. ¡En el apartamento de los Ponce no se oye volar una mosca!

-¿No se han peleado?

-No.

-¿Tampoco han hecho eso?

-Tampoco -repuso Úrsula; Martina casi pudo sentir cómo se ruborizaba.

-Entonces, ¿no tiene nada nuevo que contarme?

-Nada en absoluto, subinspectora, y eso es lo más grave. ¡Ya son dos noches regidas por un silencio, nunca mejor dicho, sepulcral!

Martina apeló a toda su paciencia.

-Escuche, Úrsula. Para reaccionar ante una alarma debemos disponer de un indicio, por pequeño que sea. ¿Puede proporcionarme algo más que sus meras sospechas?

Al otro lado del hilo hubo un silencio. Luego, Úrsula dijo, en voz queda:

-He estado pensando en lo que usted vio esta mañana, subinspectora. Llamó al piso B y le abrió una mujer que se negó a atenderla. Después esa misma mujer, vestida de otra manera, abandonó la casa. En los dos años que he tratado a mis vecinos, jamás he visto a María Ponce con un vestido estampado, ni con el cabello recogido. Siempre lleva pantalones, y el pelo suelto. Tiene una melena preciosa, negra como ala de cuervo, y le gusta lucirla. ¡Le

digo que no era ella y que la verdadera María Ponce está muerta! De seguir con vida se habría peleado con su marido, y después habría hecho eso con él. ¿Es que no lo entiende?

-Lo siento, señora Ortiz. Créame que comprendo su actitud, pero no puedo actuar sobre una base tan débil. Procure descansar. Llámeme cuando se despierte, me alegrará saber que se encuentra bien.

Pasó la noche. A las ocho de la mañana, Martina concluyó su turno y se fue a su casa para dormir unas horas. Se levantó a mediodía, tomó un ligero desayuno y se dirigió de nuevo a su puesto de trabajo. Al llegar a Jefatura le esperaba una desagradable sorpresa.

-Una mujer ha muerto esta noche -le informó el inspector Buj-. La han encontrado hace unas horas, en el hueco del ascensor de su casa. El agente Carrasco se encarga del caso. Según su parte, durante la madrugada no hubo ningún aviso.

-Estrictamente, no -dudó Martina.

En cuanto el inspector se metió en su despacho, Martina se precipitó a la mesa de Carrasco. Su compañero había dejado anotado en un papel una dirección y un nombre: Úrsula Ortiz de Camposoto, calle Virgen de la Alegría, 22. El pulso de la subinspectora se desbocó. Llamó a Carrasco al busca y le interpelló. La mujer estaba muerta. Un vecino había hallado su cadáver a las nueve de la mañana, pero el forense dictaminó que el fallecimiento se había producido de madrugada, hacia la una. Ciertamente, opinó Carrasco, era extraño que una mujer mayor, que, además, vivía sola, hubiera salido de su piso a una hora tan intempestiva. Todavía era más raro que nadie la hubiese oído caer desde un tercer piso.

Carrasco estaba en el Anatómico Forense. Con un vago sentimiento de culpa, Martina se dirigió hacia allá. El forense accedió a mostrarle el cadáver de la finada. El rostro magullado de Úrsula Ortiz de Camposoto la contempló desde el eterno silencio de la muerte.

-Está destrozada -dijo el médico-. Esa caída desde más de quince metros debió romperle la mitad de los huesos. Fíjese en esos golpes

en el cráneo. El impacto debió ser terrible.

-¿Cabe la posibilidad de que la golpearan antes de morir? -apuntó Martina.

-¿Se refiere a si pudo ser víctima de un ataque? -intervino el agente Carrasco-. No, no lo creo. En su casa no parecía faltar nada. La cama estaba deshecha, como si se hubiera levantado en mitad de la noche, pero el cuerpo apareció vestido.

-Quisiera comprobar sus objetos personales.

Un auxiliar trajo una caja de cartón. En su interior yacían las prendas con que Úrsula había visitado la comisaría en la mañana anterior, incluido el absurdo sombrero. Era obvio que la señora Ortiz se disponía a salir. "¿Hacia la comisaría?", se preguntó Martina.

-Fue un accidente -sentenció Carrasco-. El ascensor estaba averiado. Es un modelo antiguo, y carece de cerradura de seguridad. La mujer se pondría nerviosa al comprobar que no bajaba, abriría la puerta para comprobar dónde estaba la cabina, se asomaría y caería al vacío...

-¿Disponemos de las llaves de su piso?

Carrasco asintió.

-Démelas, quiero hacer una comprobación.

-¿Por qué? ¿Tiene alguna sospecha, alguna pista?

Martina murmuró:

-Sólo el silencio.

Eran las siete de la tarde cuando la subinspectora regresaba al número 22 de la calle Virgen de la Alegría. El ascensor seguía detenido en el último piso; se oían las voces de los operarios que procedían a su reparación. Martina bajó al sótano y, a través de la reja, inspeccionó el lugar donde había caído el cuerpo, cuya silueta había sido dibujada con tiza. Todavía se distinguían en el suelo restos de sangre.

La subinspectora subió las escaleras hasta la tercera planta. El rellano era de baldosa color tabaco, y por eso tardó en descubrir una hor-

quilla junto al felpudo del piso de la víctima. Estaba descascarillada, pero tenía adheridos un par de cabellos canosos; pertenecientes, sin duda, a la difunta propietaria. Sin hacer ruido, Martina abrió y cerró la puerta del piso A. Las persianas seguían alzadas, pero la luz

del exterior comenzaba a dar paso al atardecer. Sobre las ocho y media, anocheció. Martina se sentó en una silla, junto a la cama de Úrsula, y pegó el oído a la pared. A las nueve, oyó abrirse la puerta del piso B. Unos pasos deambularon por las habitaciones contiguas, o por el pasillo, para detenerse justamente al otro lado del tabique. La subinspectora oyó toser a Rómulo Ponce, cómo se tumbaba en la cama y de qué descuidado modo dejaba caer los zapatos sobre el suelo de madera. A las diez sonó el timbre. Rómulo se levantó para abrir. Se trataba de una mujer. Atenuada, Martina reconoció su voz: era la misma a la que había ofrecido una suscripción de falsos fascículos.

La mujer entró al dormitorio. Martina escuchó susurrar a Rómulo, y cómo su respiración se hacía más rápida a medida que crujían los muelles de la cama. Ninguno de los dos hablaba, pero su mutuo placer empezó a expresarse en jadeos, y brevemente en sofocados gritos. Cuando todo quedó en silencio, la voz de Rómulo pareció sonar en el dormitorio donde vigilaba Martina.

-Raquel... -dijo con claridad-. Raquel...

Martina de Santo salió al rellano y llamó al timbre de la casa B. Esta vez no iba a ofrecer una enciclopedia, o la pistola no brillaría en su mano.



# El Delincuente Enfermo

*José A. Jarne*

*Dedicado a mi amigo el Dr. García-Andrade.*

La vinculación del crimen a la sociedad de nuestros días resulta cada vez más estrecha. Si hace unos años la existencia de un crimen se consideraba un fenómeno extraordinario, actualmente se ha convertido en una rutina, trascendiendo la línea de la banalidad y la friolidad más absolutas.

Así lo podemos contemplar, por ejemplo, en las muertes surgidas en la violencia doméstica, en los horribles crímenes fruto del consumo abusivo de sustancias tóxicas o cuando el asfalto deja su rostro más atroz en esa turbulenta mezcla maquiavélica de velocidad, alcohol e inexperiencia al volante.

Pero yo me pregunto, ¿y cuando el presunto autor de un crimen es un delincuente enfermo, qué sucede? Voy a intentar dar una explicación racional a esta pregunta, a la vez que reflexiono sobre un problema derivado de éste. Antes de proseguir, sería de interés preguntarse a qué se llama trastorno mental. El término "trastorno mental" tiene diferente significado según el sentido en el que se utilice, en medicina tiene un significado restringido y equivale a "enfermedad mental", mientras en el lenguaje común tiene un significado más amplio utilizado por el Derecho Penal como causa de imputabilidad.

Para el Dr. Roberto Serpa Florez<sup>1</sup> trastorno mental significa: "la acción de hacer darle vuelta, de inquietar, causar disturbios a la mente, o sea el entendimiento, pensamiento propósito o voluntad".

Para Federico Estrada Valdez el término trastorno mental es: "una locución carente de sentido psiquiátrico, que no encaja en la nomenclatura de esa ciencia, ni responde a ningún cuadro o síndrome psicopatológico. El trastorno mental es la perturbación, el desorden o el desarrollo de las facultades mentales del sujeto, bien sea causado por factores patológicos permanentes o transitorios, o por circunstancias ajenas a esos factores".

Para Gaviria Trespalacios<sup>2</sup>, considerase como trastorno mental "toda alteración intrínseca de la personalidad, toda desorganización interna de sus estructuras, toda desviación progresiva de su devenir, que le impida al sujeto su proceso de adaptación activa, armónica y lógica a la realidad o que le ocasionase sufrimiento en el enfrentamiento con la realidad en cuanto contradicción entre el yo y el mundo".

Según el Dr. Luis Bramont: "entendemos por enfermedad mental al trastorno general y persistente de las funciones psíquicas cuyas causas patológicas impiden la adaptación lógica y activa de las normas del medio ambiente".

Los enfermos que cometen actos criminales, como un síntoma más de su propia enfermedad mental, son sin duda los menos numerosos de los grupos criminales, aunque pueden ser los más espectaculares. Esto puede chocar ya que es difícil comprender cómo un criminal que ha cometido un acto tan espeluznante y tan

desquiciados –como se nos muestra a diario en los diferentes medios de comunicación– no sean “locos”, aun cuando padecen de trastornos emocionales y de personalidad, y aunque este tipo de conducta pueden depender de diversas motivaciones y circunstancias.

Uno de los rasgos más definitorios de los actos criminales del enfermo mental es su imprevisibilidad. En la mayor parte de las ocasiones, el crimen sorprende a la sociedad. Pedro Mata<sup>3</sup> dice que el crimen del loco no tiene historia. Y dice bien porque ante lo imprevisto no cabe prevención, no cabe protegerse, y éste es precisamente uno de los rasgos más comunes del delito cometido por el enfermo mental, aunque eso no sea así para el enfermo propiamente dicho, el cual puede llevar un tiempo “atormentado” por sus ideas patológicas. Esto quiere decir que el delito del enfermo mental es un síntoma más de su cuadro clínico, lo que convierte a esta conducta en incomprensible a los ojos del ser humano.

Otra de las características del enfermo mental es su violencia, de tal manera que su delito es casi siempre de sangre en sus formas más graves: homicidios, asesinatos múltiples, parricidios... Es excepcional, por ejemplo, el robo, y si se da no es sintomático sino coincidente. Precisamente esta violencia es una de las razones por las que surge el temor ante estos hechos, ya que la violencia puede llegar en ocasiones a cotas elevadísimas.

Como señala el propio García-Andrade, a lo sorprendente del asalto del delincuente enfermo, hay que unir otro aspecto que aumenta el miedo social. Una vez cometida la agresión, la indiferencia afectiva del acto es tal que no surge nunca el arrepentimiento. En aquellos casos en que remite el cuadro clínico y surge el arrepentimiento, la reacción del enfermo puede ser tan dramática que desencadena a su vez una nueva tragedia.

El enfermo mental suele ser un “lobo solitario”, que cuando ataca lo suele hacer sin compañía. El llamamiento a “su Yo”, en él delirante,

es algo que se interpreta por parte del enfermo como algo único e individual, en el que no participa nadie más que él. Por esta razón, no suelen existir cómplices a esta “llamada existencial”.

Estos condicionantes psiquiátricos plantean otro problema social añadido. Según el art. 20 del Código Penal, «está exento de responsabilidad criminal el que al tiempo de cometer la infracción penal, a causa de cualquier anomalía o alteración psíquica, no pueda comprender la ilicitud del hecho o actuar conforme a esa comprensión». Según los datos que obran en la Dirección General de Instituciones Penitenciarias, más de setecientos reclusos de la actual población penitenciaria son discapacitados psíquicos y padecían ya la enfermedad en el momento de ser condenados o ha sido una situación sobrevenida dentro de prisión.

Desde esta atalaya nos preguntamos, ¿y qué hacemos con ellos? Tal y como bien señalaba la propia directora general, el lugar para estas personas no es un centro penitenciario. Pero el Estado de Derecho no puede dejarlas en la calle. El problema del delincuente enfermo en libertad absoluta y sin ningún tipo de medida coercitiva no deja de acechar en la sociedad occidental. No estamos ante criminales fríos e insensibles cuya única solución sea una reclusión carcelaria, pero es evidente que mientras la red de psiquiátricos penitenciarios se limite a las ciudades de Alicante y Sevilla, poco más podemos hacer. Sobra decir que los jueces no pueden dejarlos en libertad. Así las cosas, no les quedan muchas alternativas porque su paso por prisión es una medida preventiva, que en reiteradas ocasiones resulta improductiva.

Actualmente, un discapacitado psíquico puede pasar meses en una enfermería de una prisión cualquiera, a cargo simplemente de un preso de confianza, y convivir cada día con los demás reclusos. Un discapacitado psíquico, por ejemplo, condenado por asesinato. Eso sí, los establecimientos penitenciarios cuentan «con un equipo sanitario de atención primaria que

estará integrado, al menos, por un médico general, un diplomado en enfermería y un auxiliar de enfermería», pero pocas veces cuentan con la presencia de un psiquiatra.

Conscientes del grave problema existente, la Fiscalía General del Estado expresa que «el delincuente enfermo mental plantea problemas de muy difícil solución no sólo en lo que se refiere al enjuiciamiento de su conducta y valoración de su imputabilidad, sino también en lo relativo a la selección de la reacción penal que su conducta merece y a la ejecución de la pena o medida de seguridad que en su caso le corresponda cumplir».

No en vano, uno de los problemas más graves que existe en el sistema penitenciario español es la situación del enfermo mental en prisión. Y lo es hasta el punto que el propio Estado de Derecho se está equivocando estrepitosamente. Si el fin primordial de la pena es la reinserción social, ¿por qué el Estado no articula de una vez por todas los mecanismos necesarios para que, al menos uno por Comunidad Autónoma, existan centros especializados en los que poder atender adecuadamente a los delincuentes enfermos?

La sociedad no puede condenar a estos pobres diablos a una pena carcelaria que, lejos de una posible resocialización, los conduce inexorablemente al oprobio del resto de la población reclusa, y en otras ocasiones, a tragedias personales de dimensiones extraordinarias.

.....

1- *Médico psiquiatra colombiano.*

2- *Psiquiatra, ex jefe del Servicio de Psiquiatría Forense, Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Colombia.*

3- *Médico, periodista, escritor y político español, creador de la medicina forense o legal en España, nacido en Tarragona en 1811 y fallecido en Madrid en 1877.*



# Dibujos animados

*Carlos Frühbeck*

Relato ganador del I Premio Luís Adaro de Relato Corto organizado por la AEN y patrocinado por Ediciones Letra Clara.

No sé por qué he dejado la autopista del Camino de Santiago por la salida que lleva a Las Retamas, he dado un rodeo de sesenta kilómetros por una carretera de montaña y he llegado aquí. Castrillo lleva ya muchos años deshabitado y nadie quiere volver, ni siquiera los lobos. Bajo del coche, y subo por la cuesta de los Pastores hacia la casa de mis padres. Es Abril y el silencio está lleno de manojos de retamas. Veo los tejados hundidos, las vigas de madera podridas por el suelo y los muros que solo se sostienen para que sobrevivan las plantas trepadoras. Parece que la ausencia haya bombardeado mi infancia y me haya llenado por dentro de escombros. Sólo silencio. Es húmedo y huele a bosque.

Ahora me gustaría escuchar como los tacones que llevaba Érika cuando nos conocimos resuenan contra el pavimento y pisan los tallos de hierba que han crecido entre las piedras.

Me gustaría que me agarrara del brazo y me dijera que nos fuéramos, que esta tarde tengo que estar en Santiago para un Congreso de Historia Contemporánea con mi ponencia sobre el juicio de Romasanta, el único caso de licantrópía documentado en España; que no sabe por qué he vuelto aquí. También puede ser que me pase la mano por la cintura,

se abraze a mí y me pregunte que cómo me siento, que cuántos recuerdos. O es posible que me diga que nací en un cruce de caminos entre las montañas y que ahora es mejor que cada uno siga el suyo. Con ella he aprendido que estas ruinas han vivido siempre bajo las mareas de los recuerdos.

Érika está ahora en Copenhagen, sentada delante de una mesa de dibujante, y piensa en mí y me dibuja con un rotulador sobre una lámina de acetato. Y pone otra lámina encima y toma un rotulador de color rojo para que mi pierna quede en el aire. Y tarda una hora en hacer que la pierna sea un abanico de colores de veinte láminas y yo dé un paso que coincida con la banda sonora de la película. Después escanea sus dibujos en el ordenador y me sitúa sobre el fondo inmóvil y ruinoso de Castrillo. Me da miedo que Érika se dedique a hacer dibujos animados y que para que yo me mueva tenga que haber escuchado en una grabación lo que estoy diciendo ahora y dé textura y movimiento a las palabras de un fantasma.

Llego hasta la iglesia de San Antonio. Las caras inexpresivas de los apóstoles del pórtico románico tienen encima una mortaja de musgo. Quizá Érika ahora esté escuchando la voz morena de D. Manuel mientras da una homilía y proclama con aires de profeta bíblico nacido en Almería que los lobos no son humanos, que debemos exterminar la plaga que hay en nuestras montañas antes de que devoren todo

nuestro ganado y maten a más personas durante el invierno, cuando Castrillo se queda aislado.

En los dibujos animados el alma de los personajes también se dibuja. Así los niños no pueden confundir los buenos con los malos.

Quizá, para Érika, D. Manuel sea un palillo andaluz con sotana, cara ovalada, nariz enorme y ojos saltones. Alguien así sólo puede publicar un estudio científico en una revista de Teología para refutar las teorías de Goethe para justificar la existencia del hueso intermaxilar tanto en los animales como en las personas.

El palillo llega a la conclusión de que el hombre no forma parte de la naturaleza: Dios se la ha entregado para que la domine. Compara el cráneo de un lobo con una calavera humana y dice que el hecho de que perdamos este hueso mientras estamos en el vientre de la madre es la prueba científica necesaria para demostrar que no somos animales, que tenemos alma, y que Dios ha dejado en nosotros la huella de los instintos de la bestia para probarnos, para que luchemos contra ella. Nuestro enemigo es una cicatriz vertical en la mandíbula.

En el pueblo nadie sabe quién coño es Goethe y el médico rural, la única que persona que sabe lo que es un hueso intermaxilar, vive en Montelobos, a 20 kilómetros. El Obispo ha leído el estudio, se ha preocupado y ha pedido explicaciones a D. Manuel. Quizá en la grabación se puede oír como la voz de mi abuela se mezcla con las ruinas de la iglesia y susurra a mi madre que el nuevo cura ha venido para buscarnos la ruina a todos.

Entro en la Iglesia. Techos bajos y claustrofobia románica. Parte de la bóveda se ha hundido y sobre el suelo el sol corta por la mitad una pilastra volcada. Una vez aquí hubo una talla de S. Antonio, el patrón de los ganaderos. Seguramente ahora esté en manos de un anticuario. Érika debe subirse a un andamio y cerrar con su lapicero el agujero en el tejado. Debe poner la pilastra en su sitio y hacer que

se ponga el Sol. Sólo así este paisaje podrá acoger unas pisadas lentas sobre las losas. Después, este sonido tendrá la forma de dos ojos animales que reflejan la luz de una linterna. En la grabación, después hay un grito humano desesperado que pertenece a un sacerdote que acaba de llegar al pueblo esa tarde desde un seminario del sur y que ahora tiene toda su erudición acorralada contra el retablo. Hay también una voz de mujer. Érika se ha ofrecido para grabarla. Sin embargo, la oscuridad es tan densa que su dueña no tiene forma.

Dejo atrás la iglesia y entro en la plaza.

Para animar nuestra historia, Érika tendría que haber dibujado antes el storyboard, hacer una serie de cuadros que resuman en un solo dibujo el contenido que después tendrán las diferentes secuencias. Pero es tan difícil resumir algo en pocos dibujos.

Quizá dibujaría una jovencita danesa de huesos fuertes y pelo rubio cortado a lo militar que limpia en albornoz la casa de un hombre que ha conocido esa misma noche. A las mujeres les encanta redimir apartamentos de soltero. Pero no puede dibujar que alguien convenció a esta chica cuando era niña de que con los hombres sólo se puede hablar de amor con el cuerpo y que hay que hablar siempre, a grito pelado, aunque después te sientas perdida en un vertedero. Tampoco puede dibujar a un profesor universitario que piensa que acaba de hacer el amor con la juventud que nunca tuvo.

Pero esa imagen sólo está a mitad de la película. Antes hay que hacer un esquema de aristas cortantes y líneas onduladas que representen casas cubiertas por la nieve. Se puede dibujar como Bienvenido Codón y el padre del profesor, Matías Merino, con las escopetas al hombro, sacan de una camioneta dos lobos muertos y los dejan tirados en el centro de la plaza, a la vista de todo el mundo. Érika los representa solo con dos manchas vagamente animales. Mi padre y su amigo eran pequeños

y oscuros, pero ella ha dibujado dos gigantes rubios, capaces de abrir la caja de los truenos con el dedo meñique.

El cura está en segundo plano, una línea fina y afilada que mira con orgullo los dos cuerpos muertos. Sin embargo, de nuevo tiene el mismo problema. No puede dibujar la curiosidad del hijo de Matías cuando vio las dos bestias que había matado su papá, ni cómo acarició su pellejo, suave y helado. El niño estropearía el dibujo, acabaría con las manos llenas de polvo de grafito y de mayor no podría acariciar a Érika sin ensuciarla.

Cuando se termina el storyboard, hay que colgar todas las imágenes en una pared para que las vea el director y su equipo. Es entonces cuando toda la vida se resume en uno de esos enormes murales que acompañaban a los ciegos que cantaban romances. Hay que seleccionar las mejores escenas, las que se animarán, cambiar el orden si es necesario, como si se pudieran cancelar o cambiar de sitio los recuerdos para satisfacer el gusto del espectador.

Mientras dejo atrás la plaza y me acerco más a mi casa, el director dice que la escena en que aparezco paseando con Érika junto al Gran Canal en verano es demasiado sentimental y rompe el ritmo de la película. Los tejados de cobre se derrumban sobre el Langebro, el puente que une el centro de la ciudad con el barrio de Islandsbrygge, mientras Érika me dice que está perdiendo el tiempo conmigo, que todos los hombres le damos asco. Yo veo la piscina improvisada que el ayuntamiento ha hecho en el canal con cuatro boyas y las chicas que toman el sol en bikini sobre el césped de un jardín público y pienso que Copenhague es una ciudad sumergida, que aquí sólo viven los fantasmas de los naufragos del Titanic.

Sin embargo, el director salva la escena

en que mi abuela me acuesta y me cuenta una historia. Érika la ha dibujado con los ojos grandes y la nariz muy pequeña, para transmitir dulzura. Quizá al director le gusta que una nevada haya aislado nuestro pueblo y que los trazos de Érika huelan al estiércol de los animales que viven con nosotros.

Cuando proyecten las imágenes detenidas del storyboard mezcladas con la progresión voces de los personajes, se escuchará como mi abuela saca de la cama dos botellas de barro llenas de agua caliente de entre las mantas, las coge por el cuello y las abre dando un golpe seco contra la pared. La anciana que posa inmóvil delante de mi infancia me dirá que debo estar en silencio y no moverme de la cama pase lo que pase porque esta noche bajará del monte el pastor de los lobos con su rebaño para apacentarlo por las calles de Castrillo. Nada cambiará en el dibujo cuando se escuchen los ladridos, los gruñidos del rebaño. En la siguiente imagen aparecerá una de las vacas de Bienvenido Codón degollada sobre la nieve. La sangre se ha mezclado con el hielo y le da el aspecto de una piel joven y saludable. Todavía no había llegado D. Manuel al pueblo y los vecinos veían aquello como un sacrificio necesario para poder pasar un invierno tranquilo.

Se me había olvidado, pero yo ya no tengo edad para subir estas cuestas. Mi casa ya está muy cerca. Soy viejo y ya no quedan lobos en Castrillo. Las batidas que mi padre y los otros vecinos organizaron acabaron con los últimos. Sin embargo, me parece que oigo sus pisadas sobre la nieve aunque sea primavera.

Escucho las pisadas de los lobos y me dicen que cuando Érika se vino a vivir conmigo, me dejó de importar que en invierno anocheciera cuando el reloj de Radhusplads daba las tres de la tarde y que la gente pensara un buen suicidio mientras volaba a casa en su civilizada bicicleta. Aquel invierno no nevó y sólo existía Érika.

Ella coleccionaba reproducciones de las pinturas que hizo Monet de las rocas de Port Cotton, cuando vivía en Bretaña. Eran tres grandes escollos que en el pueblo llamaban las pirámides y que pintó treinta y nueve veces.

Aquella pared parecía la biografía de un día que agoniza entre atrapado entre escollos y colores que no le pertenecen. Así, las rocas vestían un cansancio rojizo al atardecer; en otras, cuando amanecía, parecían carne viva y palpitante; la noche les daba el aspecto de los restos de las murallas de una ciudad deshabitada que, sin embargo, sufre un largo asedio. Érika llenó con ellas una de las paredes de nuestro dormitorio. Y yo me sentí como si volviera a tener veinte años, como si fuera una de aquellas rocas y sobre mí amaneciera por segunda vez. No sabía que Érika las amaba porque esas rocas sólo servían para ocultar el fondo del mar, siempre inmóvil, en el que clavaban las raíces.

¿Me dibujará Érika con el pelo negro, delgado, sin lobos en el alma y con toda la vida por delante? No. Estoy seguro de que al director no le interesa que nos despertemos delante de las pinturas de Monet y le diga que esta noche no he soñado con ellos, con los lobos, y no sepa que ella sí que ha soñado las manos de su padre. Que paseemos de la mano por el Ströget y que yo haya pasado por ella de los jerseys negros de cuello alto a las camisas vaqueras, de los zapatos de sacerdote a las playeras blancas. Que ella me vea ridículo. Que me guste que siempre quiera estar perfecta, que nuestra casa tenga que estar perfecta, que el aire tenga velas encendidas en el alfeizar de la ventana. Que nuestra vida tenga que ser perfecta, como en los dibujos animados, donde Mu Lan salva a China con una tormenta de fuegos artificiales. Que deje siempre los platos llenos de comida y su piel se erice como la de un animal cada vez que empiezo a tocarla. Que por las tardes se siente sobre la cama una hora entera y mira las rocas de Monet y yo no le pregunte qué es lo que piensa. Que yo me sienta de nuevo fuerte y joven, porque tengo que proteger a Érika,

sin ser capaz de escucharla. Que la vida me parezca como el metro que lleva a Nörrebro, que llega siempre entero a su destino a través de túneles subterráneos y estaciones de metal sin necesidad de tener un conductor.

Al director lo que le interesa es que Érika pinte el fondo marino que las rocas de Monet ocultaban tal y como es: oscuro, monocromo. Allí no se pueden inventar castillos con pinceladas de color que se mezclan en la distancia. Lo que le interesa es que el mar esté lleno de lobos. Si los personajes viven en el fondo del mar, se pueden animar los recuerdos sobre cualquier escenario. No se puede escapar de ellos.

Después de la secuencia con mi abuela, se pasará directamente a otra con Érika sentada sobre nuestra cama deshecha, con una falda corta plisada. Se agacha para subirse la cremallera de unas botas negras que se ha puesto encima de las medias. Desde que está conmigo, se ha dejado crecer el pelo y ahora le llega casi hasta los hombros. Tengo unas ganas enormes de hacerle el amor cada vez que la veo vestirse. Nadie podría dibujarte así, habría que filmarte y, con la técnica de la rotoscopia, dibujar encima de los fotogramas todo el deseo que siento ahora. No me atrevo a acercarme. Una vez me dijo que le gustaría quedarse a solas para siempre con el mar en una de las rocas del dormitorio.

En el siguiente dibujo, aparecerá sentada con las piernas cruzadas en una terraza de esas que ofrecen mantas a cuadros a los clientes que se sientan al aire libre en el canal de Nyhavn. Un grupo de gaviotas abre grietas en el frío mientras pasa por encima de la cúpula de la Ópera y se dirige hacia los caserones encajados de Christianshavn por la acera del canal. Quieren extraviarse dentro de la ciudad y huyen del mar. Mientras pasa una barcaza de madera llena de turistas chinos que hablan a gritos, ella besa a otro hombre mucho mayor que ella, como yo. Yo los veo y dejo de tener veinte años. Vuelvo a cumplir cincuenta. Feliz cumpleaños. Aunque ella ya no sienta nada, me gustaría ser un lobo y arrancarle las me-

días a dentelladas. Ahora me doy cuenta de que la única versión de los cuadros de Port Coton que hay entre las palmeras tropicales del invernadero de la Glypthotek es un anochecer de rocas negras.

Las ventanas de la casa y la puerta están cegadas con cemento. Los establos se han derrumbado. Ya no se puede entrar en la casa de mis padres porque afuera es primavera y dentro sé que ha caído una nevada tan grande como para poder enterrar a un hombre. Los últimos lobos están dentro y están hambrientos y caminan en círculos dentro del salón mientras buscan su presa. Mi hermano quiso que así fuera. Sabía que no íbamos a volver nunca más a Castrillo cuando todo el pueblo se paseó delante de los lobos muertos, cuando desapareció en el bosque el hijo pequeño de Bienvenido Codón y nuestros padres decidieron mandarnos a estudiar al seminario de Las Retamas. No había que dejar que ningún vagabundo pudiera entrar dentro del escenario de nuestra fuga.

Es muy fácil animar la escena y Érika tendrá una tarde de trabajo tranquila. Sólo hay que dibujar una bola de luz que se mueve en la oscuridad al ritmo de la voz de un hombre que llama a Miguel una y otra vez. En la escena no se ve, pero cada vez que lo llama alguien se marcha del pueblo. Se escucharán sus pisadas sobre las hojas podridas y la respiración agitada de una mujer que se ha escondido dentro del fundido en negro.

Pero las cosas no son tan sencillas: para poder hacer bien el resto del trabajo, Érika necesita la guía de otros artistas para empezar a darnos vida. Debe conocer cuáles serán los gestos más comunes de los personajes, cómo se mueven, cómo respiran. Un grupo de dibujantes hará un esquema de los gestos aseados y dulzones que aprendí en el seminario. Allí mi hermano y yo llegamos como miembros de la tribu de salvajes que pastoreaba vestido de

chamán el padre Manuel Zambrano, el loco cazador de brujas que acabó en una casa de reposo en Madrid.

El claustro del seminario de Las Retamas tendrá el aire de una leprosería que se dedica a incubar vocaciones de malabaristas del melodrama. Muchos acabarán emigrando con dieciocho años a Dinamarca. Sin embargo, yo no vine a Copenhagen para ensayar libertades entre los muros de la comuna hippy de Christiania. Vine huyendo de un pastor al que mi padre había matado su rebaño.

Y es posible que hagan una pequeña estatua de arcilla para que Érika tenga el modelo de sí misma. Será la de una mujer que se hubiera dedicado a torturarse con menciones de honor en concursos de belleza si no hubiera tenido talento para el dibujo y para mirar las rocas de Monet. En la estatua deberá quedar reflejado que ella quiere perderse en ellas porque hace mucho tiempo su padre la tocaba en una ciudad en la que siempre anochece demasiado pronto.

No sé por qué he regresado a Castrillo y no me atrevo a acercarme más a mi casa. Quizá porque pensaba que Érika era frágil, que naufragaba dentro de los hombres a los que se ofrecía y necesitaba que yo la protegiera. Pensé que conmigo cambiaría. No sabía que tenía la fragilidad de las plantas trepadoras que echan finas raíces en los huecos de los muros de las casas abandonadas hasta hacerlas caer. Ahora deberá estar en Santiago repasando una ponencia. No sé por qué Érika se ha puesto escuchar ahora la cinta que contiene las pisadas de los lobos sobre la nieve, si este no es el escenario, si en Castrillo ya no quedan ni hombres ni lobos, si es primavera y el silencio está lleno de manojos de retamas.

Escucho un gruñido a mi espalda y sé que Érika ha empezado a animar la última escena. Quiere terminar cuanto antes y dibuja a velocidad de vértigo sobre las láminas de acetato. Hay tres lobos que se me acercan lentamente



girando a mi alrededor en círculos cada vez más pequeños y me enseñan los colmillos.

Con ellos está Érika. No es la pastora de lobos que aparecerá en la película: depilada, sexy, con una piel de lobo sobre los hombros y ropa interior de cota de malla. La portada perfecta de una revista de cómic para adultos. Está desnuda y cubierta de barro, tiene los pechos caídos y el cuerpo cubierto de cicatrices. Érika es un náufrago que ha vivido toda su vida sobre un escollo y que se ha cansado de gritar a los barcos que pasan que la salven. Camina encorvada porque está acostumbrada a correr a cuatro patas y también ella se prepara para saltar sobre mí. También ella me enseña los dientes. Le dan asco los hombres a los que se ofrece.

No sé por qué he querido regresar a Castrillo, ni lo sabré nunca. Sólo sé que Érika ha nacido para vivir sola en una de sus rocas tormentosas, para encontrar amor entre los lobos.

# La Estudiante

Fernando Sánchez Santos

A veces me siento a escribir simplemente por el mero hecho de hacerlo, por sentir que transcurren las horas sin medida, sin obligaciones. Dejar que la mente divague por donde guste, que sea ella la que conduzca mi mano sin guión alguno. En ocasiones, surgen historias curiosas sin pies ni cabeza, otras, las más, acabas tirando lo que has escrito a la papelera, y muchas, te sorprendes porque escribes cosas que alguien te contó hace quince años y que ahora, sin hacer ruido, se deslizan en el papel. Así sucedió en la historia de Elena, la estudiante de Derecho.

Ocurrió en la calle Doctor Rojas Ballester, frente a la antigua cárcel; quizá la conozcan. Era uno de tantos pisos de estudiantes, cocina de formica, sofá estampado, televisión de catorce pulgadas y, por supuesto, cafetera metálica, sin duda el utensilio más utilizado. Mayo es por excelencia el mes de los estudiantes. Las notas empiezan a querer brotar en los tablones. Comienzan las prisas, la segunda remesa de parciales hace acto de presencia, y las noches destilan aromas a café recién hecho y a juventud. Se amontonan sueño, ansiedad y miedo. Miedo al suspenso, al fracaso, a un año perdido, a las miradas, a los susurros, al qué dirán. Pero no se equivoquen, el miedo puede llegar a ser bueno. Si tienen miedo, no es por otra cosa que por que están vivos. Por eso, cuando una noche, pasadas las doce, alguien golpeó la puerta, Ana y Rosa se asustaron.

—Hola, perdonad. Soy Elena, la chica del piso de abajo. Es que estoy estudiando y no me queda café, ¿me podríais dejar un poco?

—¡Ah! Claro, mujer —contestaron las inquilinas del piso.

—¿Qué estudias? —preguntó Ana mientras revolvía los armarios.

—Primero de Derecho.

—Igual que nosotras —anunció Rosa con sorpresa—. ¿Qué grupo?

—El C —afirmó Elena.

—¡Qué casualidad!, nosotras también estamos en el C. Es raro que no nos hayamos visto.

—Bueno, no suelo ir a clase; tan sólo voy a los exámenes. Tengo que trabajar para costearme los estudios —explicó la chica del piso de abajo. Cogió el café y, tras agradecer el préstamo, desapareció por las escaleras.

Aquella noche transcurrió entre breves ojeadas a los apuntes y constantes referencias a la vecina. "Es mona, pero viste un poco anticuada". "No hemos coincidido con ella nunca, es raro", pensó Ana, pero no comentó nada. Durante ocho meses había estado viviendo debajo de ellas y jamás escucharon ni el menor ruido. "Es raro", pensó Rosa, pero no comentó nada.

Ésa fue la primera vez que vieron a Elena Montes y les aseguro que hubiesen preferido no haber abierto la puerta, pero la abrieron, como la abrieron quince días más tarde, cuando lo único que las atemorizaba eran los relámpagos de una inoportuna tormenta.

—¡Hola! ¿Os importa qué me suba con vosotras? Me dan miedo los truenos. Estoy preparando Político y no puedo estudiar.

—Claro, pasa —contestaron las vecinas de arriba.

Elena entró en la casa. Ni siquiera bajó a por los libros, no los necesitaba; en realidad, parecía no necesitar estudiar, como tampoco parecía tener miedo a los truenos. En ocasiones, se quedaba absorta mirando el cielo, como si tratase de descubrir algo o a alguien en medio de la oscuridad. En verdad, era una chica algo rara, pero, ¿quién no lo es en primero de carrera? Algo así debieron de pensar Ana y Rosa cuando se despidieron de ella al amanecer, deseándose suerte en el examen. Elena no necesitó ninguna suerte en aquella prueba. No se presentó. Ni rastro de ella en el aula, ni en el bar, ni en la facultad ni durante la siguiente semana en el piso. Un examen final que dominaba a la perfección y no se presentó. Una sensación de angustia se adueñó de Ana, como si su organismo presintiese que algo no iba bien, que en toda aquella historia había algo que no era normal. Enfermó de tal forma que horas más tarde estaba en

Urgencias. "Gastroenteritis", afirmó con sequedad un especialista cuyos remedios no dieron el resultado esperado. Una semana en cama vomitando casi todo lo que ingería. Ése fue el tiempo que duró la enfermedad, exactamente el mismo que tardaron en volver a ver a la intrigante vecina.

—Hola. ¿Se puede?

—Sí, pasa —dijo Rosa.

—Me he enterado de que Ana está enferma

—afirmó Elena.

—Gastroenteritis. El cuarto de baño es suyo.

Las dos muchachas entraron en el cuarto de Ana, que sin saber muy bien por qué, sintió una gran alegría al ver quién iba a visitarla. Rosa aprovechó la visita para salir a comprar. No debió hacerlo. Elena se sentó en el borde de la cama y la muchacha enferma tuvo por primera vez en varios días la sensación de encontrarse bien. Elena la cogió de la mano y le contó cuando ella estuvo enferma, los terribles dolores abdominales de su primera menstruación, los vómitos y el dolor de estómago cuando rompió con su primer novio, etcétera. Así, entre historias y anécdotas, pasó la tarde, y a la enferma se le pudo volver a ver la sonrisa en la boca y la mirada luminosa. Las visitas se sucedieron varios días y Ana estuvo recuperada para hacer el examen de Derecho Natural, esa asignatura a la que tenía especial aversión y que ahora, casi sin estudiar, dominaba. Rosa se extrañó, pero no dijo nada, ni de eso ni de que Elena faltase al examen por segunda vez.

Nada se supo de ella hasta la víspera del examen de Historia del Derecho. Acababan de cenar cuando llamaron a la puerta. Tras comprobar por la mirilla quién era, abrieron.

—Entra, Elena. Nos tenías muy preocupadas —comentó Ana.

—Sí, lo imaginaba. Debería haber llamado. En fin, qué queréis que os cuente; una recaída de mi madre. Pero bueno, parece que está mejor.

—¿Cuándo harás entonces Natural? —preguntó Rosa.

—Bueno, lo dejaré para septiembre. ¿Vamos a por Historia? —fue su respuesta.

Las tres muchachas se sentaron y comenzaron a estudiar mentalmente la que consideraban la

asignatura más dura del curso. Sobre la mesa, el café, una caja de Katovic, por si el sueño decidía hacer acto de presencia, multitud de bolígrafos y rotuladores, y una libreta pequeña donde anotaban cada una de las dudas. A las dos o tres horas de estudio, hacían una pequeña pausa, rellenaban los vasos y exponían las dudas registradas en el cuaderno para que alguna de ellas las explicase. Elena nunca escribía nada, es más, ella casi siempre era la que aclaraba las posibles incertidumbres. En aquella velada ocurrió igual, resolvió todas las incógnitas con una facilidad pasmosa, desarrolló una introducción a la Historia del Derecho y expuso con la solvencia de un catedrático experimentado el Fuero de Sobralbe. Así fue muriendo la noche y venciendo el día. Se desesperaban los primeros rayos de sol cuando Elena bajó a ducharse y descansar un poco. Llegó la hora del examen y por tercera vez no apareció. La buscaron por los pasillos, por otras aulas, en la cafetería, pero no estaba, no estaba en ninguna parte. Resolvieron preguntar al profesor; quizá se había presentado y no la habían visto, o quizá su madre había recaído otra vez. Se dirigieron al departamento de Historia y, tras esperar un rato, consiguieron hablar con el profesor.

—Verá, queríamos saber si se ha presentado al examen una amiga nuestra, Elena Montes.

El profesor, al escuchar el motivo de la visita, palideció, no dijo nada, las miró con odio, casi con desprecio, y con una mano temblorosa les indicó que saliesen del departamento. Aquel día las dos compañeras no consiguieron probar bocado. Llamaron al piso de abajo más de diez veces, siempre con la misma suerte. Es costumbre en los estudiantes salir la noche después del examen, salvo que tengan otro al día siguiente. No era éste el caso de Rosa y Ana, pero, en cualquier caso, no salieron. Eran las nueve de la mañana cuando ambas estaban de nuevo en el departamento, esperando la llegada del profesor. Éste se presentó sin afeitarse y con cara de no haber dormido mucho.

—Queríamos que nos diese una explicación

sobre su actitud de ayer —expuso Ana.

El profesor, sorprendido, las miró con disgusto.

—En mi clase no tengo a ninguna Elena Montes —aclaró.

—Ella nos dijo que estaba en el grupo C —afirmó Rosa.

—Quizá esa Elena Montes de la que ustedes hablan se confundiese.

—Estudió la noche anterior a los exámenes con nosotras y coincidían las fechas —respondió Rosa.

El profesor palideció y, con paso inseguro, se dirigió a los archivos, rebuscó durante quince minutos y al fin extrajo un expediente. Enseñó la fotografía a las muchachas y éstas asintieron. El catedrático se sentó; estaba blanco, sudaba mucho; con gesto nervioso, las invitó a tomar asiento. Incómodo, comenzó a mesarse el pelo mientras buscaba las palabras adecuadas. Por fin, preguntó:

—¿Están seguras de que era ella?

—Sí —respondieron a la vez.

—Elena Montes Salvatierra fue alumna mía en la promoción del 80. Era una alumna brillante, lo tenía todo aprobado, salvo mi asignatura, a pesar de haber realizado un buen examen. Pensé que podía dar mucho más de sí —comentó el profesor con voz suave, casi imperceptible, como si le costase hablar. Parecía haber envejecido veinte años. Casi tartamudeando, prosiguió—: Al día siguiente de dar las notas, de exponer su suspenso en el tablón de anuncios, la encontraron ahorcada en el patio interior de la facultad.

Al volver al piso, Ana y Rosa encontraron una nota bajo la puerta:

“Siento no haberme presentado. Aunque estoy preparada, creo que puedo dar mucho más de mí”.



# Poemas

*Ada Mendez*

## **Paso fronterizo**

Dentro de la taza hay una peluca  
De la peluca cuelga una etiqueta  
La etiqueta viste pijama

Llevo el pijama desde el domingo  
Domingo embarazado de lunes  
Lunes siete días desnudos

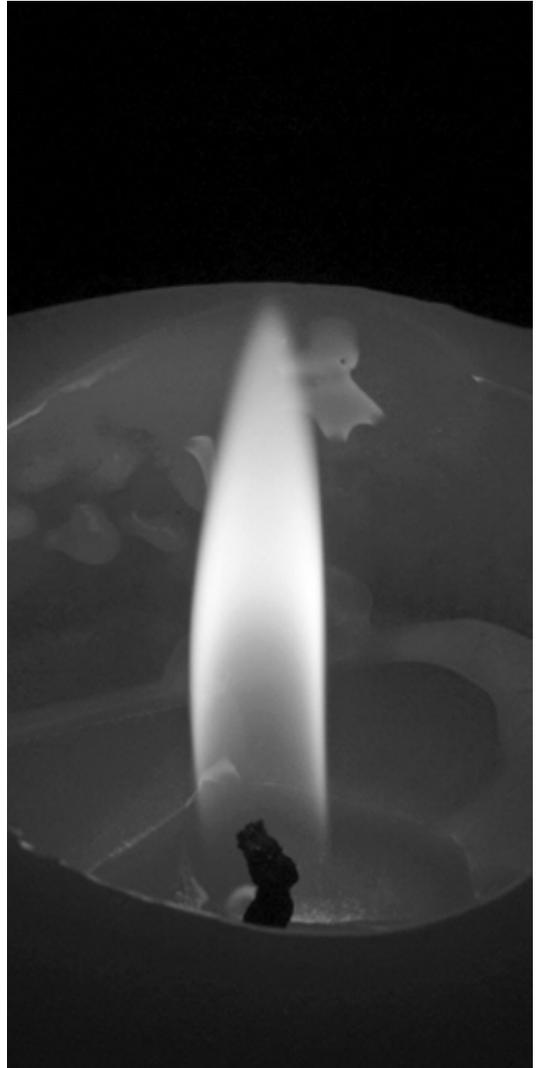
Desnudos  
Rompeamos la vajilla

## **La prenda del diálogo**

En un fondo de armario atemporal  
Los bumeranes cuelgan palabras reversibles  
Combinan con raya diplomática y cuadro es-  
cocés

## **Pulgar incompleto**

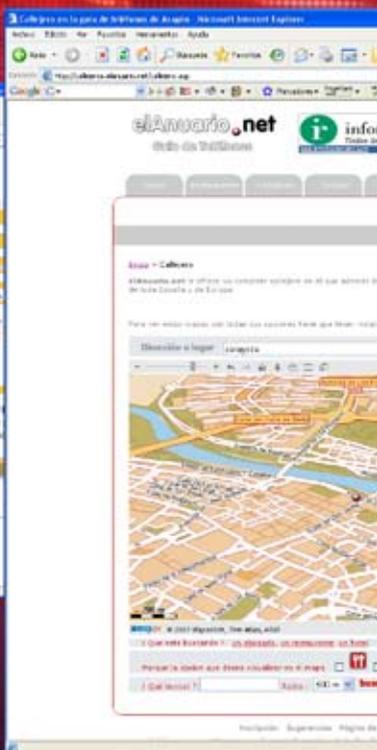
Tal es mi deseo por duplicar la espinilla  
Que invoco al demonio  
Semen de grasa



# elAnuario.net

## Guía de teléfonos

Empresas, Profesionales y Servicios



# Recursos

*Covi Sánchez.*

Pedro está sentado frente al ordenador, teclando de un modo compulsivo. Las ideas le desbordan y el tiempo es escaso. No puede parar, debe continuar un poco más.

Coge un vaso que tiene al alcance de su mano, bebe un trago mientras repasa lo que ha escrito. Sí, era así como quería decirlo. Deja el vaso sin mirar, como si su mano ya supiera el camino, y continúa escribiendo. Termina la línea y pone un punto. Se acabó.

Retrocede un paso la silla y sigue mirando la pantalla.

—¡Tres años! —exclama.

Sí, comenzó hace tres años. No fue premeditado. Se puso a escribir y esta vez fue diferente. No fueron veinte páginas a lo sumo como otras veces, no, esta vez los personajes tomaron vida propia y fueron escribiendo su historia. Cuando quiso darse cuenta, había escrito doscientas páginas; era una novela. Se asustó. La dejó dormir en un cajón sin querer mirarla durante dos meses.

Un día sintió curiosidad y volvió a leerla. Comenzó a subrayar, a apuntar notas en los márgenes y a poner tachones; así en toda la novela. Después comenzó a quitar, añadir y corregir. Siempre en su poco tiempo libre para no molestar a su familia.

Y ahora ha terminado.

De repente, una mezcla de orgullo y miedo le invade. ¿Y si no merecía la pena lo que ha escrito? Para él está bien, claro; ¿qué iba a decir si era quien lo había escrito? Pero, ¿qué pensarían los demás al leerla?

Mira por la ventana; enseguida llegará su mujer con la niña. Se lo dirá para que la leyea, aunque ya ve la expresión de su rostro. Sí, conoce su opinión.

—Si te gusta escribir, no voy a decirte que no lo hagas, pero creo lo único que has hecho es perder el tiempo y abandonarnos a tu hijo y a mí.

Claro que, por otro lado, están los amigos, esos cinco que siempre le habían dicho lo mismo:

—Tío, con lo bien que escribes y los años que llevas en ello, ¿cuándo vas a escribir una novela de verdad y dejar esos relatos cortos? Pues ahora se la pasará para saber también su opinión. Claro que, si les gustase... ¿qué hará? ¿Dónde tiene que llevar su novela para que le digan si vale la pena? ¿Hay alguna editorial interesada en editar una novela de un don nadie?

Ana se levantó con la sonrisa de quien va a disfrutar su día de descanso. Dos horas más en la cama le habían servido para descansar y planificar en su mente lo que iba a escribir. Se duchó y se fue a la cocina. Su madre ya estaba levantada y esperando para ponerle el desayuno. Sí, vivía con sus padres; no tenía prisa por independizarse. Trabajaba, ganaba un sueldo que, si bien no era mucho, sí le daba para sus gastos y para viajar. No gastaba en cosas superfluas pero sí le gustaba poder ir de vacaciones cada año fuera del

país e ir conociendo a otras gentes, otras formas de pensar y ver la vida. Para ella, eso era más importante que otras cosas, aunque sabía que no todo el mundo lo entendía, como alguna de sus amigas, que sólo pensaban en comprarse ropa de marca o lo último en tecnología para su ocio.

Desayunó, arregló su habitación y se sentó frente al ordenador. Comenzó a teclear con soltura y rapidez; sabía lo que iba a escribir, lo había ido anotando en su cabeza como si se tratara de una libreta. Dos horas más tarde se quedó mirando la pantalla y, en voz no muy alta, exclamó: "¡Ya está!"

Había estado tres años escribiendo. La había dejado dormir y después la había corregido. Ahora, después de haberla revisado de nuevo, ya no la tocaría más; estaba terminada.

La guardó en un cajón y no dijo nada. Siempre había escrito en su tiempo libre, sin prisa y sin pensar en editar. No era el momento. Cuando llegase, se lo plantearía, pero todavía no.

De repente, lo pensó: si pensara en editar, ¿qué haría? ¿Quién le podría valorar su novela? ¿Cómo tendría que dirigirse a una editorial para ver si les interesaba editarla?

¿Os suena alguna de las dos historias? Como habéis podido leer, el antes es diferente según cada persona pero el después coincide en la mayoría de los casos.



Una vez terminada la obra, siempre surge la misma pregunta: y ahora, ¿qué?

A través de esta sección, continuaremos intentando dar respuesta a esas dudas.

No olvidéis que queremos hacerla entre todos. Podéis contactar con nosotros para decirnos lo que pensáis, las dudas, vuestras experiencias o críticas, enviando un correo electrónico a esta dirección: [revista@asociacionescritoresnoveles.es](mailto:revista@asociacionescritoresnoveles.es).

**T**urispain es un portal de turismo en internet.

**U**na manera diferente de reflejar la actualidad del sector en España

**R**eferente en la promoción de los profesionales e

**I**ndispensable para el usuario que planifica sus vacaciones o pequeñas escapadas.

**S**e ha convertido en el buscador

**P**ríncipal de Casas Rurales, Hoteles, Balnearios, Campings, Albergues, Apartamentos,...

**A**bríéndose en todo momento a otro tipo de establecimientos.

**I**nnovador, dinámico, fresco.

**N**ació con la intención de consolidarse como el mejor PORTAL de TURISMO y con su confianza lo está logrando.  
Gracias



## CONCURSO LITERARIO

EL BURGALÉS, AFINCADO EN ITALIA, CARLOS FRÜHBECK MORENO GANA EL I PREMIO LUIS ADARO DE RELATO CORTO, ORGANIZADO POR LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES NOVELES CON EL PATROCINIO DE EDICIONES LETRA CLARA.

El falló se dio a conocer en la ciudad de Gijón a finales del pasado mes de septiembre en el transcurso de una rueda de prensa.

El Jurado del Premio Luis Adaro de Relato Corto decidió por unanimidad que en su primera edición este galardón se le otorgara a Carlos Frühbeck Moreno, un burgales afincado en Perugia (Italia). Su obra, "Dibujos animados" obtuvo el premio por unanimidad del Jurado "gracias a su calidad literaria y por la novedad de su propuesta al vincular dos universos muy alejados" declaró el presidente del jurado, el autor Gonzalo Moure.

Formaban parte del Jurado el también autor Ricardo Menéndez Salmón y Mayte Guerrero, asesora literaria de Ediciones Letra Clara, patrocinador oficial de este certamen literario.

El premio está dotado con 500 € y la edición del relato que se publicará en un volumen junto a los diez finalistas.

Los trabajos finalistas son los siguientes:

- a.Zazú.
- b.La vergüenza que cubre lo indecible.
- c.El peso del paso.
- d.Una mujer desnuda en un espejo.
- e.En rebajas.
- f.El hijo.
- g.El verano deshabitado.
- h.Un traje negro para el verano.
- i.Las buenas voluntades.
- j.El perfil del dibujante.

El premio, organizado por la Asociación de Escritores Noveles, está patrocinado por Ediciones Letra Clara. Para su director editorial, Jesús Fernández, este premio "supone una oportunidad para los nuevos talentos de la literatura española".

A este certamen literario se presentaron 250 manuscritos. Un 70% procedían de diversas Comunidades Autónomas. El resto, de diversos países, como Argentina, Uruguay, Francia, Italia, Israel, Chile, Cuba, México, Estados Unidos, o República Dominicana.

Carlos Frühbeck nace en Burgos en 1977. Diplomado en Óptica y Optometría y licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Granada. Ha sido Profesor de Español para Extranjeros en diversos países como China, Italia o Vietnam. Actualmente trabaja en el Centro de Lenguas Modernas de la Universidad de Perugia (Italia).

En su haber tiene editado tres obras de poesía, y un ensayo titulado «Justo Alejo: Una escritura de vanguardia y compromiso».

También está en posesión de varios premios literarios como el Premio de poesía Jorge Manrique, Premio de poesía Juan Alcaide, Premio de poesía Antonio Gonzalez de Lama, Premio de relato corto «Villa de Errenteria», y accésit Premio «José María Franco» de relato corto para jóvenes escritores.

Para Covi Sánchez, Presidenta de la Asociación de Escritores Noveles, este premio literario supone un nuevo reto dentro de los objetivos prioritarios de la asociación. Muy satisfecha por la participación recibida, manifestó que ello demuestra el gran interés que suscitan estas convocatorias literarias entre los autores noveles.

El premio se entregará en el transcurso de los actos de clausura del I Congreso de la Asociación de Escritores Noveles, que tendrá lugar en el Palacio de Congresos-Auditorio Príncipe Felipe, en la ciudad de Oviedo el próximo mes de Diciembre.

## BOLETIN DE SUSCRIPCIÓN



NOMBRE: .....  
CIF / NIF .....  
DIRECCIÓN .....  
CIUDAD / CÓDIGO POSTAL .....  
TELÉFONO .....  
E-MAIL .....

Deseo suscribirme a la revista literaria internacional Y LATINA, de la Asociación de Escritores Noveles, expresando así mi apoyo y solidaridad con este proyecto. A tal efecto aportaré la cantidad de 16 euros anuales pasado al cobro de forma inmediata, y en esta misma fecha con carácter anual, a través de los datos bancarios que indico más abajo, y que me da derecho a recibir los cuatro números de la revista Y LATINA editada trimestralmente.

Datos bancarios:

ENTIDAD .....  
Cuenta de Cargo (20 digitos) .....  
A nombre de .....  
(En caso de empresa o Institución) CIF.....  
Domicilio Fiscal .....

Atentamente  
(fecha y firma)

A remitir por correo postal a:  
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES NOVELES  
C/ Zoila 28, 5º Izda 33209 GIJÓN (Principado de Asturias)  
revista@asociacionescritoresnoveles.es

# ASOCIACIÓN DE ESCRITORES NOVELES



Boletín de inscripción como asociado numerario

Nombre: .....  
DNI: .....  
Dirección: .....  
Ciudad / Código Postal .....  
Teléfono .....  
Correo Electrónico .....  
Fecha de Nacimiento .....

Por la presente solicito la inscripción como SOCIO/A NUMERARIO/A de pleno derecho de la Asociación de Escritores Noveles. Para ello, declaro que cumplo los requisitos exigidos en sus Estatutos y mi aceptación de la normativa legal recogida en los mismos.

A la vez y en concepto de cuota, AUTORIZO el cargo en mi cuenta bancaria de la cantidad de 60 euros anuales, (pasado al cobro en el mes de Enero de cada año), a través de los datos bancarios que indico a continuación. Próximamente recibiré la confirmación de mi solicitud por parte de AEN

Datos bancarios:

ENTIDAD.....  
CUENTA DE CARGO (20 dígitos) .....  
A nombre de .....  
(En caso de empresa, indicar el CIF) .....  
DOMICILIO FISCAL .....

Atentamente  
(fecha y firma)

REMITIR POR CORREO POSTAL A:  
ASOCIACIÓN ESCRITORES NOVELES  
C/ Zoila 28, 5 º Izda, 33209 GIJÓN (Asturias)

Por email : [info@asociacionescritoresnoveles.es](mailto:info@asociacionescritoresnoveles.es)



TANTO BLANCO EN EL ÁRTICO LO HA VUELTO LOCO

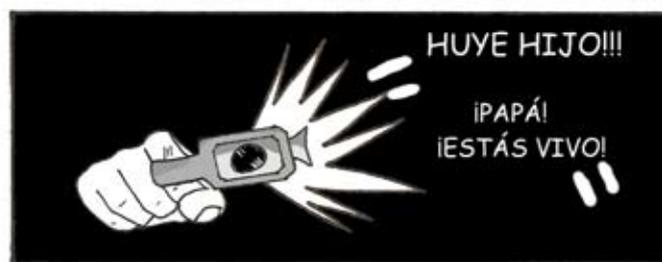
# ALBULO

PINGÜINO SANGRIENTO



OSCAR MARS

# LIBRE Y MILLONARIO







TRANQUILO CHICO, BUSCA EL DINERO Y ESPERA A DANI. POR LA POLICIA NO TE PREOCUPES, YO ME ENCARGO DE QUE NO LLEGUEN ANTES DE 1 HORA.



CLITICK!

DANI, LO MATAS Y ME TRAES EL DINERO

¡SÍ!



¿POR QUÉ ESTÁ LA PUERTA ABIERTA?

¿A-NICCO? SOY YO, DANI. SAL, TENEMOS QUE IRNOS EN SEGUITA.



¿QUÉ DEMONIOS ES ESTA NOTA? ¡¡¡LA MADRE QUE...!!!

GRACIAS POR RETRASAR LA LLEGADA DE LA POLI. ME LLEVO EL MILLÓN DE EUROS, A TU SALUD.



MARCA NECESITO UN CAMBIO DE LOOK

OTRA VEZ EN LLOO, TE PUEDE. CUANDO SALBAS NO TE RECONOCERAS NO TU

ME SÉ MUY LEJOS, PERO PROMETO VOLVER



MÍRAME, HERMANO, AHORA SOY LIBRE.

CAMBIO DE IDENTIDAD, INCLUIDO PASAPORTE.



¡SÍ, PAPÁ!

¡TE ODO NICO! TE ENCONTRARÉ AUNQUE ME VAYA LA VIDA EN ELLO

IDANI, ERES UN INÚTIL! LO TENÍAS TODO EN BANDEJA. SI NO RECUPERAS MI DINERO EN TRES SEMANAS, TE DESHEREDARÉ.

GUIÓN Y DIBUJO: BEATRIZ MATARREDONA GARCÍA.

ESTE PEQUEÑO CAPÍTULO TENDRÁ CONTINUACIÓN. SI QUIERES SABER MÁS ACERCA DE ÉL O DE OTROS DE MIS TRABAJOS PUEDES ESCRIBIRME A: [Kimera07@gmail.com](mailto:Kimera07@gmail.com)

**Para mi AMOR virtu@l**  
OSCAR MARS

TODO EMPÉRO EL DÍA QUE NO FUIE ENTRAR AL CHAT, HABÍA CONOCIDO A UNA CHICA EN UN MEDIO VIRTUAL Y SENTÍA TODO POR ELLA. PERO CUANDO MI EQUIPO CHAFEO, PERDÍ TODA LA COMUNICACION. Y SOLO ME QUEDABA UN ÚLTIMO RECURSO PARA NO PERDERLA Y DEMOSTRARLE MI INTERÉS MAS ALLA DE CUALQUIER COSA:

ESCRIBIRLE UNA CARTA

PARA UNA CARTA, NADA MEJOR QUE UNA PLUMA FUENTE. RECOMENDÓ MI ABUELO.

SENTÍ MIEDO SOLO DE VERLA, CON ESA SALUDICÁN A FLOTAR MIS GRANDES FALLAS

COMO QUE TENGO UNA LETRA ESPANTOSA.

QUE AUNQUE NO CONSIDERO TENER MALA ORTOGRAFÍA PUES ME LLAMO LOS ACENTOS...

REALMENTE ERO ME HACE TENER MALA ORTOGRAFÍA

SIN EL

Corrector ortográfico

SIN PODER UTILIZAR

Control Z

Y SIN UNA GRAN VARIEDAD DE

Fuentes tipográficas

ME SENTÍA TOTALMENTE PERDIDO

PERO NO, NO PODÍA CLAVAR, TENÍA QUE CONFRONTAR MIS LIMITACIONES. ASÍ QUE MONTÉ EN LA PODEROSA YORAGINE DE LAS LETRAS Y FORMÉ LAS PALABRAS QUE CONSIDERO ADECUADAS PARA APELAR A SUS SENTIMIENTOS.



FUE ASÍ COMO LOGRE ALGO QUE SE PODÍA VER, OLER Y TOCAR. SOLO QUEDABA ENVIARLA ...Y ESPERAR.

PARA MI @m@r Electrónico ME VIVE EN UN ELÍFICIO EN UNA BARRIOBA EN UNA AVENIDA

Y TENÍA QUE SER RÁPIDO. HABÍA OTROS QUE LA ACEBARRAN EN EL MUNDO VIRTUAL

FINALMENTE LA CARTA LLEGO A SUS MANOS AUNQUE NO TAN BIEN COMO QUERÍA, YA QUE HABÍA OLVIDADO DEJAR SELAR LA TINTA. POR SUERTE NO NOTÓ MI ESPANTOSA LETRA...

PERO SI NOTC., QUE NO HABIA OJIGARDO ACENTUAR CORAZON.

FIN

**turispain**  
-com

el turismo en internet

hoteles  
turismo rural  
balnearios  
parques temáticos  
turismo activo  
gastronomía  
bodegas  
restaurante  
vinos  
artesanía  
productos típicos  
viajes  
deportes  
aventura

# elAnuario.net

## Guía de teléfonos Empresas, Profesionales y Servicios

